

923
COR

00604

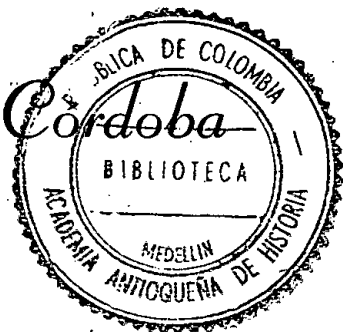
DR. HUMBERTO BRONX

*El Combate de
El Santuario*

y

Asesinato de

Córdoba



986.126
B869

ACA
495

INTRODUCCION

Hace ciento cincuenta años, José María Córdoba, en una hora de desesperación, al verse suplantado en el Ejército del Libertador por un personaje inferior a él, a quien había humillado por cobarde y quien minó su reputación ante Bolívar, con la astucia de un paranoico, organizó revolución en Antioquia y en ella sucumbió, asesinado.

Muchos historiadores han hecho esfuerzos manifiestos por probar que Córdoba tuvo una conciencia plena de libertad y su único objetivo en esa revolución fue desencadenar a Colombia, aherrojada por la coyunda degradante de la Dictadura de Bolívar, y por un consejo de ministros indigno, influido poderosamente por militares Venezolanos.

La historiografía insiste siempre en buscar y rebuscar fuentes, documentos inéditos, convencida de que sin labor de archivos y sin consultar en ellos documentos desconocidos, nada se logra.

Otros, insisten hoy en interpretar esos documentos, ya copiados por otros estudiosos de los archivos y espigando en las numerosas colecciones de documentos copiados y publicados, interpretar el pensamiento, las ideas, estados de ánimo, influencias psicológicas, situaciones que dan a entender la razón de ser de muchos hechos históricos. Desentrañando de esos textos, cartas, y situaciones vividas, el pensamiento, la idea que movió a la acción se llega a comprender mejor. No hay duda que es de la región de las ideas de donde salen las normas de acción. Pero

tampoco puede olvidarse que, la mente humana, interesada, busca en la región de las ideas justificantes de una conducta equivocada, y que el hombre obra no sólo por ideas sino también, por amores, por odios y por impulsos.

Yo estoy convencido de que Córdoba obró por odio, que antes fue amor, hacia Bolívar el Libertador, cuando lanzó a una muerte segura a unos pobres reclutas de Antioquia hace ciento cincuenta años. Y todavía mejor: creo que fueron celos profundos de un amor menospreciado por Bolívar y suplantado por Mosquera.

Con lo que si no estoy de acuerdo es con la tesis de Carbonell, según el cual, Córdoba sufría epilepsia síquica, causada por la caída del caballo en Rionegro, cuando tenía 20 años y que lo tuvo como loco durante 15 días.

En siquiatria todavía hay muchas lagunas; esta ciencia, hábil para describir síntomas y calificarlos no siempre con precisa y concluyente verdad, es muy propensa a lanzar como verdades, meras suposiciones.

Con motivo del sesquicentenario del "COMBATE DE EL SANTUARIO" y de la REVOLUCION DE CÓRDOBA, la Academia Antioqueña de Historia publica este folleto en memoria del HEROE DE AYACUCHO y como un homenaje sencillo a Rionegro, Concepción y El Santuario, lugares donde se conserva el recuerdo del guerrero indomable, del joven e imberbe Gobernador Militar de Antioquia, en la florida y vibrante edad de los 20 años y del Héroe que inspira patriotismo y valor por la patria y la nacionalidad.

A varios historiadores de Popayán he oído la afirmación de que Córdoba le dió varios golpes con

el sable de plano o sea que "aplanchó", según el lenguaje vulgar actual para calificar esta acción, a Tomás Cipriano de Mosquera, cuando se encontró con él derrotado tristemente, sin haber hecho el esfuerzo mayor a que estaba obligado. Y que a esa acción, supremamente humillante, añadió el insulto de cuartel y las palabras denigrantes. Y debido a esto, un hombre de mente un poco desequilibrada y verdadero paranoico como suponen muchos que fue Mosquera, dadas sus actuaciones posteriores, hasta la muerte, se sintió ya con odio interior desencadenado que logró arrancar del corazón de Bolívar o por lo menos de su mente y de su confianza, a su efestión, el Héroe de Ayacucho.

Sicológicamente sabemos muy bien que hay en el interior del hombre tempestades que se forman, pero tardan en estallar: aguas represadas de ira y de venganza que demoran en manifestarse con violencia, pero finalmente saltan o rompen barreras de disciplina y de reserva. Mosquera, humillado, despreciado y golpeado por un joven General de División, siendo así que él era aristócrata, orgulloso sobremanera de sus ancestros y su celeberrima familia y repleto de ambición, organizó con astucia certera y con inteligencia su labor de oculta venganza que llevó a Bolívar a obrar en contra de Córdoba. Los documentos que analizo en esta obrita, publicados por personajes que conocieron a Córdoba y a Mosquera; las huellas del pensamiento y de la idea, dejadas en tantos documentos por Córdoba y por Bolívar, permiten claramente expresar la conclusión que Córdoba se perdió para la patria en hora infausta. Que su revolución fue injusta porque siempre se ha dicho que vale más sufrir un poder arbitrario que encender guerras civiles; que estas matanzas estériles, eliminan en pocos minutos centenares de jóvenes vigorosos, como sucedió en El Santuario hace ciento cincuenta años, sin reportar beneficio.

Si en este folleto sólo se atiende al hecho de la Revolución de 1829 en Antioquia y a su desenlace lastimoso en El Santuario, es para recordar cómo es de frágil el corazón humano. Pero también para comprender que la gloria purísima de Córdoba como héroe de la Independencia y como uno de los grandes de esa epopeya, perdura y por eso estos pueblos del Oriente han organizado tan suntuosos actos conmemorativos de ese trágico momento, que precipitó a nuestro gran Córdoba en la desgracia y lo lanzó a la muerte atroz que sufrió en la casa hospital de El Santuario.

Cuando yo era estudiante, y tenía mi frente dorada por el sol reverberante de la adolescencia escribí ésto, que rememoro al entregar este Bol-silibro a los lectores:

**El suelo de mi tierra en sangre fue bañado,
la tarde aquella aciaga de Córdoba, inmortal
perínclito guerrero de glorias coronado
que aquí regó su sangre en hora tan fatal.**

**La frente altiva siempre de Córdoba en la lucha
la grieta aleve ostenta del pérfido traidor.
pero le grita, gloria, al alma que la escucha
Y la ocasión nos brinda para rendirle honor.**

**Pasaron esos días de guerras y quebrantos
donde templó mi raza su acero de titán
pero se escucha siempre el eco de esos cantos
traído por los vientos, oído con afán.**

CAPITULO I

CORDOBA PREPARA LA REVOLUCION PRELIMINARES DE EL SANTUARIO

Por numerosas razones, especialmente por el afecto, respeto y profunda admiración que Antioquia tenía por el Libertador y también por la manifiesta locura que fue considerada la revolución de Córdoba, éste no tuvo simpatía para su aventura. Al contrario, muchos hicieron cuanto pudieron para que él no pudiera lograr el triunfo. En Medellín, ante todo preocupados por los azares y tremendos sufrimientos de una revolución, resolvieron aconsejar a Urdaneta la entrega. Si hubieran resistido a Córdoba, habrían evitado mayores males. Y lo habrían podido lograr porque varios centenares de soldados tenía Urdaneta, mientras que Córdoba llegó con un grupo apenas.

Manifiesto de Córdoba. El 16 de septiembre se publicó el famoso Manifiesto de Córdoba a los colombianos y que en sus partes principales dice así: "Al presentaros esta rápida ojeada sobre los acontecimientos y la infortunada suerte de mi cara patria, quiero que la Nueva Granada, Venezuela, Colombia toda y el mundo entero se persuadan de mis sentimientos y que si en mil combates expuse gustoso mi vida, no fue sino por la Libertad, por una constitución que abriera las puertas a la felicidad y en que las leyes y no los hombres, mandaran.

"Desgraciadamente ha desaparecido esta perspectiva encantadora y un hombre, un hombre solo, profanando el Santuario de las leyes, ultrajando los derechos del ciudadano, abusando de la confianza de los pueblos y despedazando sagrados pactos se ha elevado al absolutismo

por una escala de que he apartado la vista con horror.

“Vuelvo al suelo que me vió nacer, para manifestar a mis caros compatriotas, los procedimientos del General Bolívar. Todas sus miras son de ceñirse una diadema y rodearse de algunos millones de esclavos. Es preciso oponeros aún contra el torrente y volar al combate para salvar la patria.

“Empecemos por los hechos: el triunfo de Ayacucho, que asegura la Libertad de toda América del Sur, lisonjea las miras del Presidente, quien cree que Colombia, Bolivia y el Perú son de su pertenencia y que la suerte le ha asegurado ese bello patrimonio; resuelve encadenarlas y cambiando la guirnalda nacional por la corona de los reyes, delira con el imperio y da la Constitución de Bolivia. Así rasgó el velo que le tenía oculto; se erige presidente vitalicio, proscribe hasta la religión de la tierra, la deja en el cielo y según su sistema, él, será el sol que dará calor y vida al nuevo mundo. Llega a la capital del Perú, disuelve el Congreso y recibe por medio de la intriga el mismo título y las mismas facultades extraordinarias. Guzmán, en esta época, viene en comisión al Istmo y a Cartagena y realiza los planes que nadie ignora, con poderes absolutos y oficiales. Toca también en Guayaquil, Maracaibo y Venezuela y llena su comisión de un modo que no deja duda. El Presidente vuelve a Colombia y cuando los pueblos se hallaban en la mayor desesperación, cuando por todas partes bamboleaba la libertad, las esperanzas renacen de repente; y la gran convención se reúne en Ocaña; cien hombres virtuosos van resueltos a hacer el código de la felicidad. Estos dignos representantes de la nación deponen las pasiones y se revisten de un heroí-

co patriotismo; sólo se trata de restablecer el orden, de crear un gobierno sólido y depositar en manos de los ciudadanos el libro Santo de las leyes. Todos nos engañamos; el General se presenta en Bucaramanga, amenaza con su presencia, mueve algunos cuerpos de tropa y pone un sitio disimulado; nada de esto intimida; algunos serviles luchan con el partido liberal; pero menores en número y luces desertan como único medio para disolver la representación y frustrar de un modo indecoroso los más bellos proyectos. El General Bolívar, viendo que sus ideas se han desvanecido a fuerza de entusiasmo y resolución, medita aterrar con las bayonetas, compromete a las municipalidades a hacer actas proclamándolo dictador y luego las destruye.

“Colombianos: ésta ha sido la conducta de aquel hombre de prestigio que por tanto tiempo nos ha fascinado. ¿No es razonable que sacudamos este yugo ignominioso y que combatamos por la gloria, tantas veces mancillada? ¿No es justo que detengamos los progresos del absolutismo y que consultando a nuestro propio honor y a nuestros intereses, formemos una barrera al torrente de desgracias que hoy nos amenaza? Yo ya desenvainé la espada y no la volveré a su lugar hasta que no vea reconquistada la Libertad.

“No nos cansemos amigos: es preciso vencer o morir: ¡Oh patria mía! los destinos te abren una carrera inmensa de gloria. Síguela y justifica la admiración que te tributa el mundo.

“Venezolanos, granadinos, habitantes del Ecuador. A todos vosotros os convido; todos sois colombianos. Rompamos las cadenas, espongamus nuestras vidas, renunciemos por unos momentos a los placeres que la sociedad nos brinda; no perdamos los sacrificios de 19 años. Una

causa santa nos reúne; un solo sentimiento nos debe animar: conquistar el poder para ponerlo bajo la salvaguardia de las leyes. Yo cuento con vuestros esfuerzos; si me abandonáis, seré víctima del honor, de mi deber, de mis sentimientos; marcharé al cadalso con la impavidez con que mil veces me he presentado al enemigo: moriré, sí, pero la historia dirá que el General Córdoba ha hecho el sacrificio de su vida antes que faltar a los juramentos, antes que faltar a su firmeza y antes que ser el instrumento de la esclavitud. (1)

Medellín, septiembre 16 de 1829.

El General José María Córdoba”

El 18 de septiembre le envió al General José Antonio Páez otra carta, en la cual repite las acusaciones del manifiesto, ya con términos más duros y con mayor obnubilación del sentido patriótico y le invita a que se una a él, para combatir contra el Libertador. Con las siguientes palabras termina la carta: “Yo acabo mi carta suplicando a V. E. que oiga el clamor de los pueblos que imploran nuestra protección y que poniéndose de acuerdo conmigo, les prestemos nuestro brazo para sacudir las cadenas de la esclavitud; que V. E. deseche de su lado esos hombres que el General Bolívar ha comprado para

(1) El 14 de septiembre había publicado en Medellín una proclama en que manifiesta: “Desde ayer está de hecho desconocido el gobierno del General Bolívar. El fuego de la libertad encendido en esta provincia, se comunicará como la electricidad hasta Pasto, y luego a toda la república”. Esta proclama fue enviada con nota remisa al Gobernador de Antioquia, entonces en Rionegro y allí dice: “han quedado en mi poder todas las armas y elementos de guerra que hay en esta capital y doscientos buenos soldados resueltos a seguirme”.

tenerlo siempre rodeado, porque conociendo el corazón de V. E. teme a cada instante que, puesto a la cabeza de los republicanos de Venezuela, le dé en tierra con su tiranía.....”.

Carta a Bolívar. El 21 de septiembre le escribe desde Medellín al Libertador una carta para explicarle los móviles de su conducta rebelde y en ella vuelve a repetir en forma más insistente y pormenorizada, los mismos argumentos de las dos anteriores.

La manera como está redactada en el principio la carta, nos da una idea del título que se había dado a sí mismo. Córdoba:

“República de Colombia.

Comandancia en jefe del Ejército de la Libertad.

Excelentísimo Señor Libertador, Simón Bolívar:

“Largo tiempo combatido mi espíritu por ideas contrarias, que chocándose entre sí mantenían mi juicio en suspenso; yo me dejaba arrastrar del torrente de las circunstancias, esperando a que el curso de los hechos, ilustrando mi razón, descubriese la senda por donde el deber me ordenaba dirigir mis pasos. Lleno mi corazón de gratitud hacia el primero de los Libertadores de mi patria; entusiasta admirador del mérito; idólatra de la libertad del pueblo y sincero defensor de los principios; yo he sufrido Señor excelentísimo, un largo y penoso conflicto para decidirme en la materia más importante que hoy puede presentarse a un colombiano.

“Yo examino las protestas y los juramentos de V. E. solemnemente prestados en los congresos de Guayana y Cúcuta, las opiniones expresadas en sus escritos, sus manifestaciones de desapego al mando, y las repetidas renunciaciones de la primera magistratura; y no hallo en todo esto

sino el modelo de un perfecto republicano; amor y respeto a los principios; una veneración religiosa por las leyes y un odio decidido contra el gobierno monárquico. Los procedimientos de V. E. en la primera época de mi carrera política, que yo cuento hasta su dictadura en el Perú no parecen desmentir sus fundamentos. Esta conducta, que cautivó la admiración y el afecto no sólo de Colombia, sino de la América y del mundo entero, no permitía ni aún a los más desconfiados sospechar cosa alguna de las ideas republicanas de V. E.; ella había hecho tal impresión sobre mi espíritu, que cuando los hechos posteriores de V. E. alarmaron a los republicanos celosos, que clamaban con ardor para que volviese al camino de la ley que parecía abandonar, mi corazón se resistía a escucharlos y buscaba razones para disculpar la conducta de V. E. Mucho tiempo batallaron en mi espíritu las razones que persuadían que V. E. estaría siempre por los principios que profesan los hombres libres de Colombia; y que sostendría un gobierno popular, representativo, alternativo y electivo; y los hechos conducen a que V. E. ha abandonado sus primeras ideas y se propone darnos monarquía disimulada, envuelta en exterioridades republicanas”.

Los apartes hasta aquí transcritos de esta carta al Libertador, nos descubren claramente, como si influyeron poderosamente en el ánimo de Córdoba, lo que ya escribimos: sus conversaciones y el ambiente bogotano, cuando estuvo allá, por la época de su sonado proceso.

El poder de la palabra y el filtro mágico de una inteligencia que sabe dorar con frases de libertad, de amor a la patria, de odio a la tiranía, los resentimientos, hicieron impacto tremendo

en el cerebro de Córdoba y desde entonces empezó a flaquear su amor y su admiración al Libertador.

Comprendemos cómo en las cartas a Páez, en ésta a Bolívar, y en el mismo Manifiesto a los Colombianos, todo escrito en Medellín, como Comandante en Jefe del Ejército de la Libertad, título que se dió, antes de morir, se perciben muy claramente las ideas de los santanderistas y liberales a quienes escuchó él en Bogotá una y muchas veces. ¿Qué hablaría Córdoba con el Doctor Vicente Azuero, el furibundo conspirador, que escribió su defensa? ¿Qué escucharía en la famosa reunión, durante la cual, él, después de desmontarse de su caballo en la plaza de Bolívar y entrarse con florete en mano, defendió agresivamente a Bolívar? ¿Qué oiría de labios de Obando, aquel General de nuestra historia, cuya conciencia y cuyos procedimientos siguen siendo un enigma formidable?

Creemos que todas esas conversaciones, todos esos discursos, y el mismo proceso seguido a los conspiradores septembrinos fueron semilla maldita sembrada en su cerebro y en su corazón, que sólo necesitaron de un procedimiento tan intempestivo e imprudente como el del Libertador, de nombrarlo Ministro de Marina, para que reventara, germinara y tuviera la floración desastrosa que tuvo. Así como en su infancia y primera adolescencia figuraron como inspiradores de lo más grande y de lo más noble en el ánimo de Córdoba, hombres como el Sabio Caldas, Don Juan del Corral, ahora, ya en las postrimerías de su vida y en el momento de lanzarse a la rebeldía y al desastre, aparecen las figuras tremendistas y las conciencias oscuras y tenebrosas de Mosquera y Obando; Páez, Azuero y Carmona sobre todo.

La carta de Córdoba a Bolívar, encierra, en todo su contenido, a pesar de su franqueza, un oculto afecto todavía y es respetuosa y noble, a pesar de todo. En ella se encuentra una exégesis especial de los actos del Libertador, pero todo basado en falsos informes, en exageraciones y en imprudencias. Ya era inminente la reunión del Congreso Constituyente de Bogotá, convocado por el mismo Libertador, para el cual había sido nombrado el propio Córdoba. Debíó haber aguardado a estar allá presente para expresar de viva voz sus proyectos y deseos.

Así termina la famosa carta de Córdoba a Bolívar:

“Cuando obedeciendo a las órdenes imperiosas de mi honor, he abrazado la resolución que acabo de manifestar a V. E.; yo me he hallado en la situación más amarga; la estimación, el afecto y los particulares favores que V. E. me ha dispensado siempre; el respeto y este sincero amor que me animan hacia la persona de V. E. han combatido fuertemente mi pecho. Mas, ¿qué sentimiento habrá que no calle a la voz del patriotismo que habla a un corazón inflamado por el fuego santo de la libertad? Bruto en el Senado, condenando a muerte a sus dos hijos, por salvar la libertad de Roma, puede ofrecer a V. E. una imagen de lo que mi espíritu ha sufrido al empuñar la espada para contener la marcha con que V. E. se apresura a encadenar mi patria”. (2)

Manifiesto a los antioqueños. El manifiesto a los antioqueños es el siguiente:

(2) Espina había quedado preso en Bogotá por sospechas de haber traído cartas de Córdoba, desde Popayán. En Honda, intervino J. Posada G. para que las respuestas a esas cartas, fueran destruidas y salvar a familiares de Montoya y otros antioqueños, de las iras del Consejo de Ministros.

“Antioqueños: El enemigo de nuestra libertad, el voraz de nuestros encantos se presenta a las fronteras de nuestra provincia. El viene a robarnos nuestro honor, nuestras riquezas, nuestros hombres y la pureza de nuestra moral. Antioqueños: ¿lo permitiréis? No, no,

El fuego santo de la libertad que incendiaba el pecho de los soberbios romanos y de los fieros espartanos, este mismo fuego inflama el pecho de los antioqueños. Partamos al campo y hagamos ver al tirano que no impunemente se atraviesan nuestras fronteras, que para los antioqueños, el día de más placer y de mayor alegría es el día que combaten por la libertad. El cobarde, que se sepulte en los montes, que huya; él no merece sino vivir con las bestias; la infamia, la pena y el tormento incendiarán constantemente su miserable pecho y si acaso le queda algún resto de sentimiento, la vista de los laureles que adornarán a sus compatriotas le será una doble aflicción. Sí; venceremos porque llevamos al combate la justicia, nuestros derechos y la fuerza. En Tenerife, Pichincha, y Ayacucho fui el terror de los españoles; ahora seré en todas partes el espanto de los tiranos. Confiad absolutamente en vuestro paisano,

José María Córdoba”.

Por qué perdió Córdoba. Expedición de O’Leary. (3) Todos los acontecimientos, suce-

- (3) Daniel F. O’Leary, llegó a América en 1818 atraído, como muchos de sus paisanos por la aventura y la lucha por destruir el prestigio de España. Incorporado en un cuerpo de caballería con Páez, se disgustó con éste y pasó a Angostura donde se incorporó directamente al ejército libertador comandado por Bolívar. Fue herido en la Batalla del Pantano de Vargas, pero levemente y asistió a la de Boyacá. Hizo campaña en Venezuela en 1821 y estuvo en Carabobo y en Pichincha donde combatió heroicamente.

didados en forma impresionantemente rápida, desde la llegada de Córdoba a Rionegro, fueron conocidos en Bogotá, con motivo de la información pormenorizada de Urdaneta.

El General Posada Gutiérrez, dice: "el hecho de haber dejado venir Córdoba al General Urdaneta, lo perdió".

El 12 de septiembre se tomó Córdoba a Medellín y se hizo cargo del gobierno de la Provincia, cosa a la que accedió Urdaneta con la condición de que le diera salvoconducto. Y el 21, a los 9 días, ya Urdaneta escribió desde Nare al Señor Ministro de Guerra:

"Excmo. Sr. Ministro: Desde la Villa de Medellín, con fecha 14 de los corrientes y por el correo ordinario, di cuenta a V. E. por mi posta del resultado de mi alarma en las 24 horas del día 11 al 12, consiguientes en todo con lo que dije a V. E. por mi posta del 10 del corriente. Empecé a contener la revolución que el General Córdoba iba a hacer en la provincia aunque mi situación de jefe de cuartel sin responsabilidad alguna, sin mando y lo que es más, sin un soldado, no me garantizaban un buen suceso".

Luego narra la toma de Medellín.

"El General Córdoba no ha encontrado en el pueblo bajo, un hombre decidido a su favor; 40 o 50 hombres de Medellín entre ellos muchos jóvenes, muy pocos de Rionegro que a sí mismos se llaman Liberales; he aquí el partido que le acompaña y el único que acompañará al General Córdoba a su vanguardia, quizá por causa de algún resentimiento. El 15, día en que salí de Medellín tenía acuartelados cuarenta y tres hombres, habiendo devuelto a Rionegro los que trajo para atacar a Medellín y a quienes gratificó con cuatro pesos por cabeza, cantidad que

hizo sacar del tesoro. El General Córdoba dice que cuenta para su revolución con los pueblos del Valle del Cauca, Popayán y aun de Bogotá. Para los primeros he visto dirigir a más de veinticinco personas, entre ellas a jefes y oficiales del ejército, cartas, y proclamas del mismo General.

“Los hombres asustados y despavoridos salían a mi encuentro a suplicarme mi pronta vuelta y a demostrarme mis deseos de tranquilidad. Unos me ofrecen su colaboración personal y otros raciones o lo que estuviere a su alcance. Yo he comprometido mi palabra de volverles la tranquilidad perdida no dudando que V. E. poniendo a mi disposición 200 o 300 veteranos con 30 o 40 de caballería, me dispensará el honor de volver al orden la provincia de mi vecindad y de mi afecto”.

Sale de Bogotá O'Leary a sofocar la Revolución. Inmediatamente se organizó en Bogotá la partida de una fuerza respetable, 900 veteranos, muchos de ellos antiguos subalternos de Córdoba, a dominarlo en Antioquia. En los últimos días de septiembre, Córdoba que habitaba en una casa de su mamá, Doña Pascuala Muñoz, cerca de San Juan de Dios, en Medellín, supo que dos capitanes de la fuerza que él había podido organizar, se habían insurreccionado contra él. Inmediatamente lo supo, en cabeza y a pie, mientras al rato lo seguía su hermano, Córdoba al llegar al lugar de la guardia le intimó rendición con su voz imponente y colérica. Inmediatamente le obedeció y le dió paso. Herrera y Vélez, los capitanes insurreccionados quedaron en capilla y al siguiente día, después de recibir auxilios espirituales, marcharon al cadalso y fueron fusilados en lo que hoy es la Plazuela de San Ignacio.

“Los primeros catorce días del mes de octubre los destinó Córdoba a disciplinar su tropa. El 14 del mismo mes tuvo noticia de la aproximación de O’Leary y el 15 marchó a su encuentro con su fuerza por la vía de Rionegro. A las cinco de la tarde llegó a su ciudad y ocupó como cuartel el edificio del Hospital. Allí recibió todavía muchos consejos para que desistiera de su empresa alocada y el General Córdoba los escuchó pacientemente, pero ya estaba empecinado y no quiso atenderlos. Fray Antonio María Gutiérrez, en hoja especial impresa en Rionegro en noviembre siguiente, después de la muerte infortunada de Córdoba, dice:

“Yo no me avergüenzo ni me avergonzaré de confesar que el General Córdoba, en los últimos días de su existencia, me favoreció con el título de amigo; que escuchó con paciencia algunas observaciones que le hice sobre el estado de la guerra y las ventajas que le proporcionaba las proposiciones de paz, que él mismo me indicó le habían hecho de parte del General Comandante de la columna de operaciones. Al despedirse la tercera y última vez que nos vimos, el 15 de octubre, me dijo estas palabras, importantes para la historia: **“tengo 500 hombres que, aunque reclutas, yo sabré hacerlos pelear: tengo oficiales muy buenos y ya no me queda otro camino que la victoria o la muerte: dentro de 4 días, o vencedor o mordiéndolo tierra en el campo de batalla.....”**”.

El Cantón de Marinilla y la revolución de Córdoba. Marinilla no sólo no se opuso sino que hizo mucho para que O’Leary llegara en buenas condiciones y rápidamente a batir a Córdoba y también para que fueran desobedecidas muchas de sus providencias guerreras.

Para prueba de esa fuerte oposición de Marinilla a la revolución de Córdoba transcribo algunos apartes del Pbro. Dr. Gabriel Ma. Gómez, contemporáneo de Córdoba y que a su vez transcribe el Pbro. Ulpiano Ramírez en su obra "Marinilla y el Señor Jiménez" (Medellín 1918, páginas 52 y 53):

"Llegó el año de 1829, de infortunio para Antioquia, en el que un hijo suyo, prevalido de su valor, de su prestigio i esperando siempre en los sucesos prósperos de una fortuna que creyó inmutable, pretendió despojar de la autoridad lejítima a aquel héroe a quien el pueblo la había confiado i Marinilla que le acompañó en su empresa justa, tuvo el dolor i la osadía de oponerse sin rodeos a sus últimos intentos. Hasta aquella época nuestra provincia fue la morada feliz de la paz. Las familias se amaban mutuamente i se unían con los vínculos más tiernos sin conocer el monstruo de la discordia. El jeneral Córdoba nos invitó a la revolución i un nó de firmeza fue la contestación que se le dió. Esto lo atribuyó a falta de urbanidad, a ignorancia i lo hizo publicar por la prensa, aunque no en términos tan claros, sí de un modo fácil de entenderse. No prestarse el hombre a las miras de quien pretende un bien particular, porque con su aquiescencia cooperaría a un mal público, no es ignorancia, ni torpeza sino prudencia. El jeneral Bolívar estaba autorizado por el pueblo para mandar: su autoridad era lejítima aunque en opinión de algunos despótica i ningún particular podía quitársela sin establecer el principio desorganizador en nuestra república. El pueblo i sólo el pueblo era el único que reasumiendo su soberanía en un pleno congreso podía despojar de la omnipotente investidura del poder al Libertador de la patria. Tales eran las ideas

de este pueblo en aquella época i todavía nos gloriamos de haberlos adoptado i sostenido en cumplimiento de nuestro juramento”.

“La conducta franca y leal de este pueblo, le atrajo todo el odio, animadversión de un jeneral que mimado de la fortuna, se creía invulnerable. Tales amenazas de muerte a sus hijos, las contribuciones escorbitantes, los anuncios, los amagos de venganza, las irrisiones, las calumnias, todo manifestaba el alto desprecio que hacía de unos enemigos que él miraba como impotentes, pero que cooperaron eficazmente a sofocar aquella revolución. En prueba de esta verdad diremos que este lugar (Marinilla) quedó casi desierto i sus habitantes se retiraron a los montes, en donde un número de casi 300 hombres hacían un espionaje activo i bien regularizado, interceptaban pliegos, sorprendían postas, quitaban reclutas i se echaban sobre piquetes que los aprehendían i los conducían, de manera que puede decirse que el jeneral Córdoba sacó muy pocos recursos de este Cantón; aunque por otra parte lo hizo sacrificar porque se puso en pugna con sus principios proclamados, pues fue necesario hacerle toda la oposición que nuestras débiles fuerzas nos permitían i esto a costa de injentes sumas pecuniarias. El consumo de víveres para mantener jente armada, para postas, armas i municiones, vagajes, carne, pan, para sacar 900 hombres que traía O’Leary, i de lo que no se pagó nada o casi nada, decimos, había de preparar la ruina y desolación de un pueblo que ha pertenecido a la patria de todos modos. En El Santuario sorprendieron los patriotas que allí estaban reunidos a un piquete de catorce a diez y seis hombres armados de fusiles que traían cerca de ocho reclutas a Córdoba. Desde allí se le mandó al jeneral O’Leary una comisión compuesta de

los SS Joaquín Zuluaga, Nepomuceno Jiménez, Juan Duque i otros para que le informasen de las fuerzas de Córdoba, de sus preparativos, de sus medidas i de los riesgos que debían evitar..... Los comisionados fueron hasta cerca de Balseadero i condujeron al batallón que traía O'Leary por la vía de Sn Carlos, proporcionándole cuantos recursos eran posibles i todo a costa de los patriotas señores doctor Jorge Ramón de Posada, doctor Francisco Javier Gómez, Leandro Gómez, Juan de la Cruz Ramírez, el Pbro. Ramón Gómez, Joaquín Gómez, Agustín Duque, etc., etc. De todos estos sacrificios no sacamos más fruto que el más pronto olvido de ellos. Así tuvo la franqueza y libertad de decírselo al jeneral O'Leary el respetable Dr. Posada cuando aquel regresaba para Bogotá i llegó a despedirse de éste último: "U., le dijo, ya no es el O'Leary que pasó por esta villa el 17 de octubre". Esta fuerte y justísima reconvencción recaía sobre las promesas que no hizo i que no podría cumplir según que nada se realizó. No era posible, no que un Cantón sin comercio, sin población i sin fortunas, haciendo tan grandes i continuados sacrificios, dejase de venir al estado de postración en que hoy se encuentra mayormente cuando una mano diestra supo quitarle un inmenso territorio que la justicia i la posesión pacífica de más de cien años, le habían señalado por límites". (4)

Se queja aquí el P. Gabriel Ma. Gómez Coadjutor de Marinilla de la miseria del Cantón, desde 1824. El P. Ulpiano cita el Legajo 15 del Archivo de Marinilla y el documento, "Testimonio y diligencias sobre los padecimientos del ve-

(4) Pbro. Dr. Gabriel Ma. Gómez. "Representación firmada por 300 Marinillos en 1841". Cita de Ulpiano Ramírez Urrea en "Marinilla y el Sr. Jiménez", 1918 p. 52.

cindario” con amplio interrogatorio llevado a Rionegro y Medellín, con preguntas como éstas: digan si es cierto que el Cantón de Marinilla está en notable decadencia y si son muy pocos los pudientes y los que tienen comercio se han acercado en otros lugares; si las tiendas que hay pasan de 5. Además se quejan del despojo que hizo el Dr. José Manuel Restrepo de los límites, pues muchos quedaron de la jurisdicción de Rionegro.

El Cura de Marinilla. El Pbro. Dr. Jorge Ramón de Posada, Párroco de Marinilla, que prácticamente abarcaba toda la región oriental, de Rionegro hacia el Río Magdalena, junto con todo el Cantón se opuso abiertamente a la revolución de Córdoba. Dn. Abraham Moreno relata lo que oyó contar al Dr. Jesús Ma. Gómez, quien lo oyó a su vez de su padre Dn. Antonio Gómez contemporáneo de Córdoba y su íntimo amigo: “En 1829 el general Córdoba quiso que su amigo íntimo el Dr. Posada patrocinara la revolución contra Bolívar. Al final de una larga entrevista que tuvieron en Marinilla, le dijo a Córdoba: “ahijado (así lo llamaba familiarmente) no sólo no le ayudo en su empresa ni aún con mis oraciones, sino que desde hoy voy a trabajar con todo mi influjo y mis fuerzas para contrariar sus propósitos y únicamente pediré a Dios que lo vuelva a Ud. al camino del deber y que la Patria vea a su hijo predilecto defendiendo al Padre de la Patria que es su Libertador”.

Dn. Ramón Correa, en la Biografía que escribió del Pbro. Jorge Ramón de Posada, cuenta la anécdota del encuentro de Córdoba, en esos días de la revolución por uno de los caminos de su parroquia, con el Párroco y tras saludo ceremonioso, impetuoso y de enormes exabruptos violentos se dirigió a él y le dijo: si sabe que perdí,

repique las campanas de su Iglesia; pero si triunfo que doblen. Esta amenaza, dice el primer biógrafo del Párroco de Marinilla, lo enardeció más y más y entonces animó a sus feligreses para que facilitasen al general O'Leary toda clase de recursos y se opusieran por cuantos medios pudieran a la aventura loca de Córdoba.

Celeridad con que Córdoba actuó. Como Córdoba, desde Popayán y sobre todo desde que se vino para Antioquia, a todo mundo habló de su propósito y escribió cartas a una y otra parte, sobre el particular, el Consejo de Ministros actuó con gran rapidez. Y el general también trabajó febrilmente como se colige de esta carta, enviada desde Medellín el 9 de octubre a su hermano Salvador (en el original se advierte que fue escrita a las 12 de la noche):

“Mi querido Salvador:

Acabo de recibir comunicación de Sonsón. Los peones que fueron a llevar cartas a Mariquita y Honda han regresado con la noticia de que el general Urdaneta estaba en Honda con trescientos hombres preparando champanes y balsas con la mayor actividad para expedicionar contra esta Provincia que aguardaba una Columna de Bogotá para el efecto. **Esto es muy natural; es un movimiento militar; atacarme en mi infancia dirán ellos, para no dejarme robustecer. ¡Tontos! Veremos si ya tengo fuerza para andar por sí solo y despedazarlos.** Nos atacarán muy pronto, es muy natural. Dé Vmd las órdenes convenientes para preparar ganado en La Ceja y otros víveres”

La carta termina diciéndole: “haga prodigios como acostumbra. El triunfo es nuestro si nos atacan, aunque sea mañana”.

En otra carta a su hermano, fechada en Medellín el 10 de octubre, le dice: “El enemigo sin

duda se apoderará de Juntas y hará escala allí para reunirse y prepararse para atravesar la montaña. Debe encontrar un millón de dificultades y difícil que antes de seis días que permanezca allí pueda alistarse. Mayores serán sus trabajos, si todos los habitantes de Canoas y demás del tránsito se retiran a los montes con cuanto tengan; y para que lo hagan así, ordéneselo Ud. en el momento, imponiendo pena de la vida a la familia y hombres que no lo hagan, no dejando en sus casas ni una olla ni una totuma; que marche el oficial Alzate a llevar esta orden a aquellos habitantes. Mande U. también orden al Subteniente Calle, que no se retire sino a la vista del enemigo; que mande parte de toda novedad que haya; y que precisamente haga retirar a los montes a derecha e izquierda aquellas familias, amenazándolas con pena de la vida si auxiliasen con una papa, con un grano de maiz al enemigo. Estos pobres diablos se los va a llevar el diablo en esa montaña tan cruda y cuando se vayan acercando a La Ceja pasaremos revista de ellos sin novedad. Mande U. volando tales órdenes y con mucha firmeza. Dios guarde U. José Ma. Córdoba”.

Y en otra carta, también a su hermano, desde Medellín el 10 le dice: “Con ésta he escrito a Vmd hoy cuatro. En el momento de despachar la 3a. hace un cuarto de hora (son las 7 de la noche) he recibido la carta de Vmd en que me habla de las medidas que propone para matarlos de hambre y prevengo a Vmd que haga conocer mi proclama a todo el mundo, que imponga pena de la vida a los Milicianos que se escondan y no se presenten a defender la Patria. Que mande a Bernal con Alzate y la fuerza de esas milicias que pueda reunir a defender el punto de las Peñitas. Que le mande víveres para que lo pueda hacer. Que mande tumbar todos los puentes más acá del Bal-

seadero, pequeños y grandes. Que prepare carne, sal y pan, cuanto se pueda para nosotros en La Ceja y que fusile algún canalla para que no sean cobardes. Que preparen raciones para 500 hombres que llevo el lunes y que tome cuantas medidas crea convenientes. Dejándolos pasar el Balseadero y tumbándoles los puentes de más acá, se los lleva el diablo. Así que pasen el Balseadero veremos cómo se los tumbamos”.

En otra del 13 le dice: “Le mando las cincuenta balas que Vmd me pidió. Los 25 muchachos que le han ido son escogidos. A José Manuel lo dejará U pasar, pero que venga con Pineda. Diga Vmd a José Manuel que tengo quinientos hombres muy resueltos y que no pase del Peñol; que allí me aguarde con Pineda. Le mando papel y obleas. Permanezca en el Bijagual; hagan llegar ganado de La Ceja a donde llegará hoy alguno y si no llega, llevan las vacas del Cura o sus gallinas. Mate a alguno para que obedezcan todos y hágase temblar. Su Hermano José Ma.”.

Y de Rionegro, el 15 de octubre, dos días antes de su muerte, le escribe: “Ordene Vmd la avanzada de Bijagual que al ver al enemigo y retirarse como he ordenado, precisamente bajo toda responsabilidad, peguen fuego a la casa del pie de la Cuesta y a la de Bijagual para que los enemigos no tengan en donde dormir y aguanten agua; porque es muy natural que esos caballeros traten de dormir para madrugar a trepar a su sepulcro. Vencer o morir. J. M. Córdoba”.

Estas cartas están tomadas de. “Archivo y otros documentos del Coronel Salvador Córdoba” (Tomo I. Imprenta Departamental Tunja 1955. Páginas 148 y siguientes).

Por todo lo anterior se ve claramente que el General Córdoba, concedor de toda la montaña, de sus dificultades, de sus puntos más peligrosos,

organizó de tal manera la defensa que estuvo seguro de impedir la entrada de O'Leary al centro de la Provincia ya que se gastaban ordinariamente ocho o diez días en el camino del Nare al Peñol y el único sendero para llegar era el que descendía por el Páramo, cerca de La Ceja de Guatapé.

Salvador Córdoba obedeció y en tal forma, que el punto de defensa sobre el Páramo de La Ceja de Guatapé quedó fortificado tan bien que O'Leary, cuando regresaba a Bogotá por ese lugar exclamó: "ni los pájaros hubieran pasado por aquí". Pero como los habitantes de Marinilla conocían muy bien los vericuetos de la montaña, sus senderos más ocultos, auxiliaron muy bien a O'Leary y con sus organizaciones de espías, le avisaron para que se desviara y siguiera más bien por otros senderos. El 6 de octubre pasó por Buenavista y desde el Guarumo, despachó al Capitán Alzate, muy práctico en esos lugares, para sorprender al Comandante Francisco Giraldo, de las fuerzas de Córdoba, lo que consiguió un poco más abajo de la hacienda de **Soplaviento**, escapando unos pocos soldados que tomaron una trocha para salir a Juntas. El 7 desembarcó la expedición de O'Leary en Nare y en la misma tarde partió el Capitán Alzate a apoderarse del puente del Balseadero a fin de asegurar el paso del río y el avance de sus tropas por la montaña. Desde ese momento flaqueó el plan de Córdoba por culpa de los que habían organizado la defensa del puerto de Nare. O'Leary llegó hasta Canoas con el Coronel Montoya. Aquí atendió el consejo que le dieron de seguir por Sn. Carlos. Este fue enviado a conversar con Córdoba tras la respuesta que dió el General a las comunicaciones que desde Nare y El Balseadero le habían enviado O'Leary y Montoya. Córdoba contestó a esas dos comunicaciones y terminaba: "si lo que U me viene a

proponer es que la constitución recuperará su imperio y la ley su marcha, entonces abrazaré gustoso a usted; si ésta no es la base de la comisión, vamos al campo". Montoya recibió esta comunicación en Bijagual y resolvió ir hasta El Peñol, a donde le había dado cita. El 14 se entrevistaron allí pero Córdoba fue inflexible en manifestar como única fórmula de arreglo "volver al régimen constitucional, aplicar leal y honradamente la Constitución de Cúcuta". Montoya nada podía conceder en esto. Como quedaba una última esperanza para convencer a Córdoba; influir ante él con sus familiares en Rionegro para que desistiera de su empeño, siguió a Rionegro con su beneplácito. Aquí fue donde, ya sin esperanzas de lograr nada, le dijo: "Dadas las fuerzas y recursos del Gobierno nacional, es imposible vencer mi General". "Sí, pero no es imposible morir", fue la respuesta seca de Córdoba. (5)

Proposiciones de Paz. - Las proposiciones de Paz a que se refiere el Padre Gutiérrez, son las siguientes:

En la noche del 15 de octubre llegó a Rionegro el Coronel José Manuel Montoya, enviado expresamente por el gobierno de Bogotá, al influjo de varios amigos de Córdoba, a proponerle la paz. Este Coronel era íntimo amigo de Córdoba, hijo de Rionegro y compañero suyo en la campaña de Antioquia y en el sitio de Cartagena.

Previa audiencia, el mensajero dijo al Coronel: Traigo instrucciones del Gobierno de la Nación para recabar su sometimiento; al depone Ud. las armas quedará en completa libertad y podrá elegir el puesto que le convenga, bien en la República o bien como Cónsul de ella; su desistimiento debe fundarse en que no será da-

(5) "Córdoba", Botero Saldarriaga, páginas 625 y ss.

ble resistir una fuerza tan preponderante como la de la "Columna de Occidente", que Usía conoce muy bien como que sus soldados pelearon con Ud. en los campos de Ayacucho".

"La resolución de Córdoba, irrevocable como era, de no someterse sino por las armas, la manifestó a su excelente amigo.

Finalmente el Coronel Montoya le observó a Córdoba: General, es imposible vencer en esta ocasión.

"Pero no es imposible morir, y así debe suceder en cumplimiento del deber", contestó el General. (6)

Luchas Internas de Bolívar. - El ofrecimiento que le hizo el Coronel Montoya está basado en los consejos urgentes que dió el Libertador Bolívar desde Babahoyo, a Estanislao Vergara, con fecha 28 de septiembre de 1829.

"Mi estimado amigo:

El General Urdaneta presentará al Consejo una queja contra el General Córdoba. El verá este asunto con juicio. Si todavía es tiempo de emplear a este sujeto en Holanda, Ud. puede hacerlo pero volando, sin perder un momen-

(6) Al ver en Rionegro que Córdoba se negaba a estas proposiciones de paz, formaron una diputación compuesta por los señores Antonio Uribe y Juan Crisóstomo Campuzano. Se les confiaron amplios poderes, con el objeto de acercarse al General Córdoba y expresarle que se clamaba por la paz y que su empresa era contraria a la opinión y sentimiento general. El juez político de este cantón, creyendo dar a la comisión un aspecto de más importancia pidió al Sr. Obispo que su secretario le acompañara. Pero cuando trataron de convidarlo, les dijeron que ya iba adelante y no cumplieron la misión ante Córdoba..... Sin embargo, después de vencer dificultades numerosas los citados Uribe y Campuzano llegaron al campo de El Santuario, cuando ya estaba avanzado el combate.

to. No se pare Ud. por firmas ni por formas. Yo mando....

Debe tener presente que si no admite Córdoba y mañana se le acusa, él alegará esta oferta como prueba de inocencia y de confianza de parte del gobierno. El caso es delicado y puede empeorarse. Sin embargo, no podemos descuidar una medida conciliatoria, aunque **está probado que Córdoba no se arrepiente ni se cura.**

Yo estoy loco con la locura de estos señores. ¿Qué más quiere? Dígalo. ¿Separación o dominio? Fuera Bolívar, que es venezolano y tiene alguna autoridad. Sería bueno entregar el mando para que se contenten. Pero Ud. y otros no quieren. ¿Qué haremos pues? Soy de Ud. de todo corazón

Bolívar”.

En otra carta, escrita desde ese mismo lugar, y en esa misma fecha dice el Libertador:

“¿Qué haremos con estos Generales conspiradores? Si los contengo soy tirano y si espero que delincan para castigarlos soy cruel, asesino. ¿Qué haremos? Ud. verá lo que hay con respecto a Córdoba y Popayán. Debemos sin embargo impedir el mal que luego sea mayor. El Consejo hará lo que tenga por más conveniente.

“Yo no se si todavía es dable mandar en misión a Córdoba. Si fuese posible emplearlo en Europa haría menos mal, sin dejar fomentar las conspiraciones. Lo peor es que cuantos jefes haya en la Nueva Granada harán lo mismo si se creen con partido; y éste no les faltará por su fe de Bautismo. Yo tendré que ser víctima y tirano juntamente, al fin de todo. Esto es horrible. Yo no sé cómo conducirme para dar gusto a estos señores. Si hago mucho abuso y si no, están quejosos”...

Bolívar y Córdoba, muy distantes el uno del otro, como podemos colegir por los hechos y estas cartas, mutuamente se temen y respetan, pero también mutuamente se hostilizan. Sin embargo, en honor a la verdad, aquí, ya para terminar su vida, Córdoba desempeña un papel ingrato y de rebeldía inexcusable, a no ser por la influencia formidable que tuvieron en su mente y en su corazón los consejos y argumentos de los mayores enemigos de Bolívar. Este, en cambio, se encuentra en una lucha interior tremenda, al ver cómo empieza a desmoronarse la Gran Colombia y la manera hostil como obran algunos de sus mejores Generales. (7)

(7) Bolívar, después de las indiscreciones que provocaron la ira de Córdoba, apartó del Ejército a Espinar. Los contemporáneos de Córdoba dicen que no podía ser un revolucionario por carácter y por educación ya que le faltaban, agilidad, reserva, ductilidad y disimulo. Basta conocer las muchas veces que le aconsejaron más reserva y moderación, algunos de sus amigos.

CAPITULO II

RESOLUCION ULTIMA DE CORDOBA

BATALLA DE EL SANTUARIO

El 12 de octubre de 1829, había contestado Córdoba a Montoya, una carta de éste, en la cual le proponía la paz a nombre de O'Leary. En su parte esencial, Córdoba, altivamente le manifiesta:

“Me alegraré mucho de encontrarme pronto con esas fuerzas con que se trata de aniquilarme, para probar al mundo que soy siempre el mismo. Desconozco la nacionalidad del Gobierno que hay en Bogotá; estoy bien persuadido que es todo lo contrario, que es un gobierno que la nación detesta y al que está sujeto por las bayonetas. No hay transacción con la tiranía; que continúe el señor General de quien Ud. depende, ufano del triunfo, que el campo de batalla lo decidirá. Si lo que Ud. me viene a proponer es que la constitución recuperará su imperio y la ley su marcha, entonces abrazaré gustoso a Ud.; si esta no es la base de su comisión, vamos al campo.

Dios guarde a Ud. José María Córdoba.

Y el 15 de octubre, ya desilusionado completamente Montoya, a pesar de la entrevista personal con Córdoba, le escribe:

Señor General: No estando en la esfera de las facultades que me ha conferido el Señor General Comandante en Jefe de la División de operaciones sobre Antioquia, entrar en una ne-

gociación, cuyas bases sean el establecimiento de la Constitución de Cúcuta, condición sin la cual Ud. no se prestará a transacción alguna, según su nota fecha 12 del corriente, Ud. debe mirar como terminada mi comisión y la suerte de Ud. librada a los azares de la guerra. Dios guarde a Ud.

José Manuel Montoya”.

Vísperas de la Batalla de El Santuario. - “El 16 hizo mover su fuerza, muy pequeña y de reclutas que apenas habían tenido unos pocos días de entrenamiento, hacia El Peñol, porque el orgullo le impidió preguntar al Coronel Montoya, cuál era el camino que traían las fuerzas de O’Leary. Antes de salir, visitó al Ilustrísimo Sr. Mariano Garnica, quien vivía muy cerca a la casa en que se encontraba hospedado. A las siete de la mañana se trasladó a la habitación del prelado, llevando su cabeza descubierta. Muchos suponen que se confesó, porque Córdoba era católico y creyente, aún cuando poco practicante, debido a los azares de la guerra en que le tocó vivir desde la adolescencia.

“A las diez de la mañana, después de haber dado adiós de despedida a todos sus familiares y amigos, partió Córdoba de Rionegro hacia El Peñol. En Marinilla, era Párroco el ilustre Dr. Jorge Ramón de Posada, que tenía un aprecio inmenso por Córdoba y le había ayudado, en toda forma, en épocas gloriosas, diez años antes, cuando vino de Bogotá como Gobernador de Antioquia.

Pero en esta empresa de la revolución, le manifestó claramente a su amigo y gran admirador, que no podía en manera alguna ayudarle en nada porque estaba convencido de la inutilidad de sus actuaciones. (8)

A las 5 de la tarde llegaron al Peñol.

De acuerdo con la carta del General Montoya a O'Leary, fechada en Rionegro el 18 de octubre, Córdoba ya había estado en el Peñol el 14 anterior, para una entrevista con él, así dice en un aparte la carta:

"El 14, a las doce del día, tuvo lugar la entrevista propuesta por el pueblo de El Peñol, y después una larga conferencia, en la cual me empuñé fuertemente por inclinarle a una transacción, haciendo palpar lo desesperado de su empresa, me dió por única y terminante contestación que en todo debía atenerse a su comunicación de fecha 12 en la que establece por bases el restablecimiento de la constitución de Cúcuta"...

"Debido a la manera como obró toda la provincia de Oriente, adversa en forma franca a las ideas de Córdoba, éste encontró enormes dificultades para su campaña y todo contribuyó, por una parte, a favorecer a O'Leary y por otra a perjudicarlo a él. Sus soldados tuvieron que hacer jornadas muy continuas, precisamen-

(8) Es famosa la siguiente carta de Córdoba, fechada en Rionegro el 13 de octubre y que demuestra la cólera que sintió cuando supo que en Marinilla, no lo secundaban y al contrario, le hacían la guerra. República de Colombia. Comandancia en Jefe del ejército de la Libertad. Cuartel General de Rionegro.

A los Señores Cura de Marinilla y Coadjutor; Celedonio Trujillo, Ramón Gómez y Andrés Alzate. Ustedes han hecho armas contra mí y me están haciendo la guerra; veremos quien la sabe hacer mejor, si Uds. o yo. Si esta noche, a las cinco de la mañana del día 14, no se me presentan ustedes, a las 6 de la mañana le pego fuego a la ciudad de Marinilla. Dios guarde a la República y los enemigos sean aniquilados.

José María Córdoba.

te pocos días antes de la batalla. El hecho de haberse dirigido a El Peñol porque esperaba ataque por Guatapé, que era la vía corriente de Nare hacia el centro de Antioquia, perjudicó todos sus planes. O'Leary escogió la vía de San Carlos y siguió hacia Granada, a donde llegó cuando Córdoba ocupaba el Peñol.

“Córdoba había procurado mantener espías y postas, desde “El Balseadero” en Nare, hasta casi la entrada de Guatapé. Pero no tuvo éxito por cuanto nadie en esas regiones estaba con él, y rechazaba de plano sus pretensiones.

Anselmo Pineda. - El Coronel Anselmo Pineda, fundador de la Biblioteca Nacional y que obtuvo fama en el campo de la cultura por la colección que formó de todos los escritos dados por la prensa, desde los primeros días de la emancipación, se entusiasmó con las ideas de Córdoba y prestó al Héroe, servicios decisivos en los últimos días de la revolución. (9)

Transcribimos textualmente lo que dice a este respecto, Don José María Arango, de quien hemos tomado muchos de estos apuntes sobre la revolución de Córdoba, y quien se unió al puñado de soldados que regaron con su sangre el campo de El Santuario y estuvo al lado del Héroe hasta el último momento de la batalla. Dice así, Don José María Arango, testigo ocular:

Anselmo Pineda era miembro de noble y patriarcal familia, residente en la fracción del Santuario. Su padre, el venerable anciano Don Pedro Pineda, recibió dolorosa sorpresa, cuando su hijo, con ardor, solicitó su permiso para

(9) Botero Saldarriaga, prueba que Córdoba tuvo muchos cómplices de alta graduación militar que faltaron a sus compromisos; pero la nobleza de su hermana Mercedes, al incinerar después de la muerte del héroe todos sus papeles, los salvó de la publicidad.

afiliarse en la fuerza del General. Inspirado ya, como lo estaba el anciano, en ideas contrarias al movimiento iniciado, se opuso seriamente a las pretensiones de su hijo y como quiera que éste insistiese, fue contenido en encierro, pero logró fugarse para unirse a Córdoba, de quien recibió el grado de Capitán de una compañía.

“Al dirigirse al Peñol el General, lo hizo porque ignoraba qué camino traía la fuerza enemiga; pues su orgullo no le consintió inquirir del Coronel Montoya, en donde la había dejado. El sendero que traía y que el General desconocía totalmente, no era otro que el entonces intransitable de San Carlos, así que no podía tener lugar encuentro en el páramo de Guatapé, como el General lo aguardaba.

Antes de la partida de Rionegro, el General, con alguna precaución, había dispuesto que el Capitán Pineda marchase por la vía de El Santuario para que, con toda diligencia, investigara todo lo relativo a la expedición de O’Leary.

El mismo día, muy temprano, llegó Pineda al Santuario, donde sólo había dos casas: una de éstas, la mejor, pertenecía a Don Juan Antonio Gómez quien estaba desocupándola, con motivo, según lo dijo a Pineda, de que la fuerza que venía de Bogotá y que ya se encontraba en Vahos (Granada) debía llegar a ese punto al día siguiente...

Habiase apenas retirado Pineda de la casa del Sr. Gómez cuando tropezó con un amigo íntimo suyo, compañero de infancia: Manuel Antonio Gómez. “¿Qué hay por esos lados?”, le preguntó Pineda. “Vengo de los Vahos, (Granada) a donde había ido a ver la fuerza que viene de Bogotá que mañana ocupará a Marinilla. Acabo de pasar junto a los soldados y por aquí cerca están ya algunos”. Pineda impuso luego a su amigo de la comisión que llevaba y de

que el General Córdoba debía encontrarse a esas horas con su fuerza en El Peñol.

—“Van perdidos”, dijo Gómez.

—Pero no lo estarán si tu te atreves a hacer un sacrificio por tu amigo, el cual no es otro que ir esta misma tarde cerca del General a imponerle de lo que ocurre. Así lo prometó dijo Gómez y marchó llevando una boleta que con lápiz escribió Pineda para el General y que decía: “Dé Usía. crédito a cuanto el portador le diga. Dentro de pocas horas hablaremos”.

Pineda tenía confianza plena en la fidelidad de Gómez.

“Incontinenti se dirigió éste joven a la casa de su padre, situada en un paraje llamado “Trojes” o “Montañita” a poca distancia de El Santuario. Cuando hubo llegado, asumió ficticiamente la calidad de desertor y cual hijo pródigo le manifestó a su padre que había abandonado las filas de Córdoba. “Hizo Ud. muy bien, hijo; mañana llega una gran fuerza que hoy está en los Vahos, ya tres compañías están muy próximas a ésta...”.

“Este anciano era Don Pedro Pineda, de aquellos patriarcas que dormían tranquilos en su lecho desde que el sol empezaba a ocultar sus rayos. Así lo hacía aquella noche, aguardando la aurora del siguiente para concurrir a presenciar la llegada del ejército de O’Leary, del cual tenía noticias exactas por haber coadyuvado a su arribo.

“El joven Pineda, tipo de lealtad y fervoroso admirador de Córdoba, bien impuesto ya de cuanto necesitaba saber, marchó desde el principio de la noche, según lo había ofrecido a su General y llegó al Peñol como a las ocho de la misma. Confirmó sus noticias anticipadas

y se colocó de guía de la fuerza, que ya empezaba a moverse hacia el Santuario.

“Como Córdoba desde un principio sospechase que la fuerza expedicionaria buscarse salida por la vía de San Carlos, envió oportunamente a un Señor Miguel Ramírez de Rionegro a destruir el puente del Balseadero; pero ya sea porque Ramírez no tuviera buena voluntad en ejecutar la destrucción, o por la proximidad del ejército, desistiese, por miedo, es la verdad que el General quedó completamente burlado y que sus planes fracasaron. Ramírez se unió al enemigo y protegió su marcha. De aquí la decepción del General y el desacierto de su marcha hacia el Peñol.

“Peones y cargueros transportaron en la fragosa montaña a O’Leary y a sus principales jefes, lo mismo que los elementos de guerra. Así lograron aquellos veteranos arribar hambreados y casi desnudos, a la población de Vahos el día 16.

Después del verídico informe que obtuvo el General a su llegada al Peñol, confirmado por el Capitán Pineda, no vaciló en ordenar la marcha de su fuerza.

“No podemos olvidar aquella marcha sombría. Considérese, lo que es una noche de octubre, oscura y lluviosa, en las montañas antioqueñas y la tenebrosa senda, apenas marcada, que debía recorrerse desde el Peñol hasta El Santuario. Agréguese a eso el cansancio y desfallecimiento de aquellos pobres soldados que marchaban uno a uno por la estrechez; pero a tan sublimes esfuerzos que no había peligro que no fuese despreciado.

“Una vez que el gallardo Capitán Pineda ingresó en la fuerza, muy conocedor de la fragosa vereda, ofreció al General y así lo hizo, servir de guía y verificar la travesía en toda

aquella aterradora noche. Se extraviaron y tuvieron que pernoctar cerca de un salto llamado hoy de la Cerámica, porque éste les impidió seguir. De lo contrario habrían llegado a la media noche a El Santuario. A las seis y media de la mañana del día 17 de octubre empezó la desmantelada tropa a llegar al punto designado; es decir a la pequeña planicie de El Santuario. Allí, cada soldado retorció su vestido para desalojar el agua y lodo recogidos en el tránsito, en medio de la tenebrosa noche.

“Eran las ocho de la mañana y las municiones de guerra aun no habían llegado al campamento. No se divisaba al enemigo ni se tenía noticia de él. Los moradores de aquel terruño ocultaron su aproximación. En tanto, la insignificante fuerza iba a recibir alguna carne, único alimento que se halló. Una hora después regresaba un espía que el General había enviado hacia la parte por donde esperaban al enemigo y sin que llegara empezó a ordenar la fuerza. Ese espía dió noticia de la aproximación de soldados enemigos.

Batalla de El Santuario. - Seguimos transcribiendo el relato de un testigo ocular como Don José María Arango que nos parece el mejor y el más digno de tenerse en cuenta, por cuanto hay muchas contradicciones y diferencias, entre los relatados por varios historiadores.

“El General Córdoba organizó rápidamente su fuerza, dividiéndola en tres grupos formados en masa: el de la derecha, expuesto a mayor peligro, al mando del segundo jefe, Comandante Benedicto González y del bravo Capitán Escalante; el de la izquierda, encabezado por el Coronel Salvador Córdoba y el Capitán Anselmo Pineda; y el del centro, constante de la mitad de la fuerza, al lado del General. Una

parte de este grupo central, donde nos encontrábamos al lado del General y éste mismo, quedaron al frente del enemigo visible; y la otra, inspeccionada por el Edecán de Córdoba, Don Francisco Giraldo y por el famoso Capitán Braulio Henao, permaneció por algunos momentos oculta tras la casa que allí había.

Un momento después alguno de los encargados de correr la campaña le avisó al General que sobre la altura de enfrente, en ambos extremos, se habían presentado soldados; y él con su anteójo, observó que el enemigo empezaba a ocupar la colina oriental.

“Tuvimos luego ocasión de ver los altos y negros morriones de vaqueta sobre las cabezas de aquellos veteranos, cuyos vestidos desgarrados y sucios, denunciaban las peripecias del tránsito; nada menos habían sido los días, las noches, las fatigas y el hambre de aquellos abnegados hombres, acostumbrados a toda clase de penalidades. (10)

(10) La proclama de O'Leary en El Santuario, fue la siguiente:

Daniel Florencio O'Leary, General de Brigada, primer Edecán de S. E. el Libertador y Comandante en Jefe de la División de Operaciones, a los habitantes de la provincia

ANTIOQUENOS:

Vuestra provincia fue la morada de reposo, de la dicha y de la prosperidad; aquí las leyes fueron obedecidas y el gobierno respetado, hasta que el General Córdoba levantó en medio de vosotros el estandarte de la rebelión. Traidor a su patria, traidor a sus deberes y traidor a su bienhechor; el General Córdoba ha hollado cuanto hay de respetable en el orden social; y para hacer más execrable su atentado, escogió por teatro de sus crímenes el lugar santo en donde reposan las cenizas de sus padres. La Providencia siempre justa, hoy ha querido castigar tantos delitos y aplacar la vindicta nacional, con la sangre del rebelde.

“Antes de entrar en la lid, descollaron tres militares en la altura, quienes, después de unos instantes de curiosa observación, descendieron un poco, en tanto que al toque de las cornetas se iba cubriendo la altura de guerrillas, con el mayor orden.

Encontrándose O’Leary con sus dos edecanes, a distancia de poder hacer oír su voz, se oyeron en la mayor parte del campamento estas palabras: “Córdoba; entrégate; no sacrifiques a esos pocos reclutas”.

El General con voz sonora y fuerte que sellaba su irrevocable resolución, le contestó:

“Córdoba no se entrega a un vil extranjero, mercenario y asalariado; primero sucumbe”.

O’Leary tornó a su puesto.

Cubierta la colina por aquella bien organizada fuerza y obedeciendo al toque de corneta respectivo, rompióse súbitamente en todas las filas un fuego graneado, tan activo y tan nutrido, que la granizada de plomo y la negra nube formada por el humo de la pólvora, ofrecieron el espectáculo de la más horrorosa tempestad, pues efectivamente venían de lo alto las descargas.

“Algunos que no presenciaron aquella infausta tragedia, han manifestado que la batalla duró tres horas. Esto puede ser aceptable, si el tiempo se computa hasta la completa ocupación del campo; mas para el destrozo y para decidirse, tres cuartos de hora bastaron. Véanse si no las órdenes que transmitió Córdoba al romperse el fuego.

Antioqueños: Vosotros no sois culpables. El gobierno que me ha mandado a protegeros es justo y clemente. Nada debéis temer.

Cuartel General de EL SANTUARIO, a 17 de octubre de 1829.

Daniel F. O’Leary.

Al Capitán Braulio Henao le ordenó ocupar, a la cabeza de su compañía, la altura que dominaba el enemigo y al resto de la fuerza que sostuviese su puesto a pie firme.

“El cumplimiento de estas órdenes fue imposible. Los soldados del intrépido cuanto valeroso Capitán Henao, rodaban, muertos unos y heridos otros por la pendiente, en su pretendido ascenso; y no sabemos, ello es un misterio, por qué designio de la Providencia se salvaron el expresado Capitán, su Teniente Don Gregorio Naranjo, Don Juan M. Hernández y unos pocos soldados, siendo así que el primero de éstos iba a la cabeza de su compañía.

“No hay para qué hacer mérito de la bravura de Córdoba. Era imposible que no estuviese a la altura de su fama, aunque viese seguro su término, así como presenciaba el de sus soldados, que caían a cada paso muertos a su lado. En presencia de aquel espantoso cuadro, un soldado pretendió salvarse huyendo: la lanza del General lo atravesó.

“A su turno el General recibió una bala cerca al pecho; pero continuó la lucha. Su segundo jefe, Benedicto González, joven bellísimo, de la más elegante figura y gracioso rostro, recibió mortal herida en el vientre y quedó tendido en el campo.

“El Capitán Escalante expiró y expiraron también más de cuatro quintas partes de su compañía, en las márgenes de un arroyo, (la quebrada “Bodegas”) donde pretendieron detener al enemigo.

El Enemigo. - De la carta enviada desde Rionegro, por el General O'Leary, el 18 de octubre, al Sr. Ministro Secretario de Estado en el departamento de la Guerra, destacamos lo siguiente, que nos da idea de la situación y manera de actuar del enemigo de Córdoba.

Excmo. Sr.: En mi último despacho, desde "Canoas", avisé a V. E. que me hallaba indeciso sobre la ruta que tomaría para penetrar en esta provincia; más el día 13, al llegar a la Aguada, donde se dividen los dos caminos de San Carlos y La Ceja (Guatapé), me informé que el General Córdoba se hallaba atrincherado en el Alto del Páramo, que conduce a este pueblo y que estaba cegando los pasos más difíciles; supe también que este General había mandado comisionados para destruir el puente de Caldera y que sus órdenes fueron mal ejecutadas.

Al momento dispuse que el Teniente Co- rrea marchase con una partida por el camino de la Ceja hasta el Arenal, con instrucciones de permanecer allí tres días, con el objeto de llamar la atención del enemigo; y al mismo tiempo ordené al Capitán Alzate que, con la segunda de "flanqueadores" hiciese marchas forzadas hasta ocupar el puente de Caldera, lo que se ejecutó sin oposición. El 14, la división entró en San Carlos. Aquí recibí al primer Coman- dante José Manuel Montoya, que como antes indiqué a V. E., había comisionado, cerca del General Córdoba, la comunicación y documen- tos que en copia bajo los números 1, 2 y 3, tengo el honor de acompañar. La insolencia de la nota del General faccioso a mi comisionado y, posteriormente su criminal obstinación, en de- negarse a admitir las condiciones muy mode- radas que le hice, con el objeto de ahorrar la sangre antioqueña, me resolvieron a librar el destino de esta provincia a la suerte del com- bate. El 15 establecí en Caldera mi Cuartel Ge- neral. El 16 la división reunida hizo una mar- cha forzada y llegó a Vahos. Ayer a las dos de la mañana fui avisado por los espías que el Ge- neral Córdoba informado de mi movimiento, de-

masiado tarde, para molestarnos al desembarcar de la montaña, se dirigía sobre El Santuario. A las 6 de la mañana levanté el campamento y marché sobre el mismo punto. A las 8 del día me encontré con el enemigo, situado en fuertes posiciones.

Inmediatamente dispuse que el Capitán Alzate con la segunda de "Flanqueadores" atacase bruscamente a las avanzadas, que querían disputarnos el paso, e impedirnos formar en una especie de esplanada que se hallaba al desembarcar del desfiladero. Nuestros flanqueadores forzaron el paso y la división pudo formarse. Durante esta operación el General Córdoba se retiró hasta la capilla de El Santuario, donde tomó posiciones, dejando una compañía desplegada en guerrillas para defender una quebrada que nos era forzoso pasar. La posición del enemigo era excelente. Formó una columna, con su derecha apoyada contra la capilla y su izquierda sostenida por un pelotón de caballería. Tras de una casa contigua, tenía colocada su reserva. Yo dividí la columna de "Cazadores de Occidente" en tres secciones: la primera compuesta de la segunda de Flanqueadores, segunda tercera y quinta de Cazadores al mando del segundo comandante Luzón. Recibió órdenes de marchar de frente, forzar la quebrada y atacar el centro del enemigo. La segunda, compuesta de la primera, cuarta y sexta de Cazadores, bajo la inmediata dirección del Coronel Castelli, debía amenazar la izquierda del enemigo y atraerle de la Capilla por medio de una retirada falsa. La primera de Flanqueadores y el piquete de caballería a las órdenes del Coronel Crofton, quedó en reserva. Apenas se empezó el combate cuando el General Córdoba me reconoció y adelantándose, me llamó por mi nombre: yo hice cesar el fuego para pregun-

tar al General su objeto. De su parte hizo lo mismo y dirigiéndose a mí me convidó a salvar la república. Persuadiéndome que el General Córdoba me hablaba de buena fe, le contesté que nada deseaba con más sinceridad que hacerlo y ahorrar por medios amigables el derramamiento de sangre. Entonces el General tuvo el arrojo de hacerme algunas propuestas indecorosas que rechacé con indignación. En seguida nos retiramos a nuestros respectivos puestos e inmediatamente di la bien conocida señal de combate y victoria: ¡Viva el Libertador! ¡Viva el Libertador!; tres veces la repitieron las tropas de mi mando, que, echando el guante a la muerte misma, avanzaron con el entusiasmo y serenidad que inspira la justicia de una buena causa.

“Por nuestra derecha, la primera de Cazadores, según mis instrucciones, cedió terreno y el General Córdoba ufano con lo que suponía un seguro presagio de triunfo, la persiguió con loca precipitación, e hizo avanzar hasta su reserva: desde luego la acción se hizo general.

Los facciosos, queriendo imitar el indómito y espléndido coraje de su caudillo, pelearon como unos desesperados. Ya el combate había durado dos horas, cuando mandé al Coronel Castelli y al Comandante Luzón, cargar a la bayoneta y al Coronel Crofton que avanzase a rienda suelta con su caballería. Estos bravos jefes, dando insignes pruebas de valor, arrollaron cuantos obstáculos se les opusieron. Desde entonces fueron vanos los esfuerzos de Córdoba, que después de disputar palmo a palmo el terreno y viéndolo todo perdido, se retiró a una casa de teja, acompañado de algunos oficiales y veinte infantes. Hasta aquí nuestras tropas la persiguieron y se continuó un vivo fuego de ambas partes. Hice cesar las hostilida-

des de nuestras tropas, pero el enemigo obstinado hasta lo último, no quiso imitar mi ejemplo. Algunos soldados y los caballos de los jefes y oficiales que me acompañaban fueron heridos y muertos. No me quedó alternativa; di órdenes al comandante Castelli y al segundo Comandante de Caballería Hand, de forzar la casa y no dar cuartel a los que resistiesen...”.

Hasta aquí, parte del informe de O'Leary y que nos da idea de la manera como obró y como preparó el combate con unos 800 veteranos. (Otros historiadores dicen que 900). (11)

-
- (11) O'Leary nació en 1800. Era pues 1 año mayor que Córdoba. Casó en Caracas con Soledad Soubllette, hermana menor del Gral Carlos Soubllette. Cuando la Convención de Ocaña ya había contraído matrimonio y por los días del Combate de El Santuario, hacia poco había tenido a su primogénita. Tuvo 9 hijos: Simón Bolívar, quien publicó las "Memorias" de su padre; Teresa, Carlos, Ana, Carolina, Arturo, Daniel y Oscar. De una carta enviada a su esposa desde Medellín, el 31 de octubre, poco después del asesinato de Córdoba son estos apartes tétricos y realmente muy poco cristianos y caballerosos en su final: "Mi querida Sola: El día de San Simón hubo en Medellín un convite. Se dieron unos 20.000 brindis por mí; se propuso colocar mi nombre en cada ciudad de la Provincia en letras de oro, como el más ilustre de los vencedores, el virtuoso Padre de Antioquia. Hasta Alejandro Vélez era de los brindadores. Va ésta carta del Coronel Córdoba para que leas a Chepita y tenga ella el gusto de llorar dos o tres días. Pero es preciso que le digas: Oh Chepita: aunque Córdoba era un mal súbdito ha sido el mejor de los hijos. Su madre anciana fue consolada por él. Véale lavando con sus lágrimas sus heridas y con sus blancos cabellos secarías. Véala Chepita ya en la última desesperación culpar a Dios y a los hombres y al fin, calmada por su propio dolor, invocar la Omnipotencia a salvar siquiera su alma. Vea Chepita a esta desdichada madre deseando sepultarse con su hijo. Y... últimamente Chepita: esto es chanza". "Diego Carbonell" "O'Leary Intimo". Caracas 1937 pp. 218 y 219.

Del relato de Don José María Arango seguimos transcribiendo los siguientes apartes que nos dan idea del término de la batalla, en el campo de los soldados de Córdoba. Algunos dicen que el caballo de Córdoba se atascó en un pantano, cercano al lugar que hoy ocupa el Colegio de las Salesianas y quedó ya peleando a pie. Arango dice: Durante la tempestad permanecimos al lado del General cumpliendo sus órdenes. Niño, su ordenanza, también. Este fiel servidor observando que la muerte de su jefe era ya inevitable (había recibido un balazo en el hombro) se apresuró a prestarle la bestia que allí mismo estaba, destinada a su servicio y dirigiéndose a él le dijo: "monte usía y sálvese; vamos a quedar encerrados". Efectivamente, el Coronel Alzate empezaba a cerrar el paso a la fuerza vencida que huía.

"Sálvense ustedes cobardes", respondió. Las manchas de sangre de su vestido, evidenciaban su herida. De allí a la casa hospital habría seis pasos de distancia. Córdoba, exangüe, se dirigió a ésta y entró. Mientras tanto su caballería recibió un balazo en el pescuezo.

Todo había concluído. El sol de la libertad iba a extinguirse. En aquel pavoroso campo sembrado de cadáveres y heridos nadie se movía...

La grave situación del General, la dominante fatiga de aquellos momentos, la persistencia de la tempestad, la lluvia de balas que hería la tierra con violencia, nos determinaron a huir, juntamente con Niño, sobre la bestia herida.

Al trepar a una colina (muy cerca a lo que llamamos hoy "Alto de El Santuario", don de está el Calvario), encontramos tendido, en la mitad del camino, al Capitán Pineda con cuatro heridas, acompañado del Coronel Córdoba,

quien arrostrando el peligro, no lo abandonó.
El paréntesis es mío.

Por disposición del Coronel, nos desmontamos y montamos en nuestro lugar a Pineda cuya sangre empapaba todo.

No quiso que se le condujese a la morada de su padre, que quedaba en "Montañita", ni cerca de sus parientes y amigos. Sigilosamente fue llevado a la casa del Coronel Córdoba en la ciudad de Rionegro, donde permaneció oculto por tres meses y donde fue asistido y acompañado por nosotros (habla aquí José María Arango todavía, quien afirma que tuvo ocasión de hablar con él, sobre los puntos de esta memoria del combate). "El Santuario", folleto publicado en 1898 en Medellín, Tipografía Central, cuyo autor el Sr. Arango, fue testigo. Cita completa de Eduardo Posada en la obra citada, página 389 y sgtes.

CAPITULO III

ASESINATO DE CORDOBA

Reuno aquí relatos diversos de historiadores y todos dejan dudas.

Eduardo Posada en la célebre Biografía de Córdoba que hemos citado muchas veces dice sobre Ruperto Hand: "Hand llegó a la tierra americana en la primera expedición que salió de Inglaterra en 1818 contratada por López Méndez.

"En el archivo de la corte suprema de justicia hallamos su hoja de servicios hasta 1824 y dice: Ruperto Hand, de Dublin, Irlanda, veintiocho años, capitán 3 de abril de 1819, teniente coronel 6 mayo 1823. En las campañas de Barcelona y Cumana en los años 19 y 20; en las de Apure en el 21 bajo las órdenes de Páez; en la Expedición de Santa Marta bajo las órdenes del general Clemente, en una campaña en Coro en 1822 en la cual sufrió una herida hernia serotál; en las de Güaira, bajo órdenes de Montilla y Gómez; contra Maracaibo en 1823 y en la defensa de esta plaza en 1822; en Carabobo, en 1821 bajo las órdenes del señor presidente, por la que goza un escudo de distinción; en el sitio de Puerto Cabello, en 1823. Está condecorado con la orden de libertadores de Venezuela. Se le concedió orden de retiro el 4 de septiembre de 1824. Valor, tiene, Aplicación regular. Capacidad muy buena. Conducta buena, Estado, soltero"... (página 453).

El proceso que se le siguió da a entender que tenía bigotes rubios, usaba sombrero forrado de verde y tocaba flauta. En el año 1824 pasó a Mérida y allí se le siguió causa por un robo, del que fue absuelto, en segunda instancia en 1827 y en Bogotá ya, donde entonces se encontraba.

No se le vuelve a ver hasta que asesina al General José María Córdoba en El Santuario.

Del proceso a Ruperto Hand, han tomado los historiadores los datos para referir la manera como Hand ejecutó su crimen. Veamos:

Declaración del Coronel Tomás Murray. - El Coronel Murray dijo, después de habersele tomado el juramento: "Que se halló en la acción del Santuario de jefe del estado mayor de la división de O'Leary y que después de cesado el fuego por el centro, el que declara, reparó que una sección de la tropa vencedora que trataba de ocupar una casa por la izquierda, lejos de atender a los toques repetidos, mantenía un fuerte tiroteo, se dirigió a este punto con el fin de averiguar su motivo y al llegar allí consiguió cesase el fuego, hizo abrir la puerta de la expresada casa; que en un cuarto encontró al difunto General José María Córdoba sentado en una cama con varios otros individuos que el declarante no conoció; que allí cumplió con su deber ofreciéndose a dicho General, quien únicamente le encargó buscarse quien le curase la herida de bala que había recibido en la coyuntura del hombro izquierdo; que después de haberlo colocado solo en otra cama, salió con el objeto de traer al cirujano y no de llamar al General O'Leary; que al salir encontró al edecán de éste jefe, Teniente O'Car a quien, en saliendo refirió la suerte del General Córdoba, cuando entró el Capitán, graduado de Primer Comandante, Ruperto Hand. Que éste pre-

guntó: ¿en dónde está Córdoba?; que el declarante le contestó que estaba en la casa herido y rendido. Que Hand entonces gritó: Por el Ser Supremo yo le quitaré la vida. Que el declarante entonces le preguntó: ¿es Ud. inglés y va a manchar sus manos con la sangre de un hombre rendido? Que Hand le dijo en contestación: sí, y con la del que se atreva a oponerse; que el Teniente O'Car, al oír, esta expresión, desenvainó su sable con el objeto de sostener al declarante; que Hand entonces dió un paso atrás y dijo en inglés: yo tengo orden de matarlo: que inmediatamente el que declara se dirigió hacia el General O'Leary, quien ya había llegado frente a la casa y le gritó en voz alta, delante de la tropa; General, allá está Hand asesinando al General Córdoba; que O' Leary le contestó con una exclamación grosera y se fue a caballo a otra parte; pero que después de un rato volvió a donde el declarante y le dijo en términos suaves: usted Murray, ha hecho muy mal en interponerse en este asunto; yo di la orden para matarlo; pero no hay que decirlo a nadie; que el que declara se dirigió de nuevo a la expresada casa y de nuevo encontró a Hand quien ya salía de ella: que al mismo tiempo llegó el Coronel Ricardo Crofton quien preguntó: en dónde estaba Córdoba; que entonces Hand le contestó: he aquí su sangre, alzando al mismo tiempo su sable, teñido de sangre desde la punta hasta la guarnición; que a consecuencia de este hecho el General O'Leary premió a Hand con el empleo de Primer Comandante efectivo. Que no tiene más que añadir, que lo dicho es la verdad so cargo de la palabra de honor que tiene dada”.

Ricardo Portocarrero, al referirse a esta declaración, dice textualmente: “En el año de 1831, después de muerto el Libertador, vino u-

na reacción en contra de su memoria y de sus amigos y en favor de sus adversarios de cualquiera naturaleza y época que éstos fueran. Esta reacción triunfante, tenía necesariamente que endiosar a Córdoba por su rebelión de 1829 (aún cuando él fuese antes el más grande enemigo de los adversarios de Bolívar) y había de esgrimir todas sus armas contra el General O'Leary y los demás amigos que habían sido leales al Libertador".

"El proceso del 25 de septiembre debía tener su contrapeso y con tal objeto se instruyó el proceso por el asesinato de Córdoba. No se trataba tanto de castigar el asesino cuanto de manchar la reputación de O'Leary y la de los demás adictos de Bolívar. Estas acciones y reacciones son frecuentes en nuestra historia. Tal parecen nuestros anales los platillos de una balanza que caen alternativamente cargados con el odio de uno y otro partido, sin detenerse en el verdadero fiel".

"Muchos autores presentan como prueba en contra del General O'Leary las declaraciones de Murray, Castelli y Urdaneta. Pero en ellas hay muchas contradicciones, y fueron arrancadas con fuerza mayor por la reacción triunfante en 1831. Al coronel Castelli se le siguieron aquí varios juicios cuando Obando llegó al poder. Primero se le acusó por calumnia, por haber dicho en un impreso que éste era autor del asesinato de Sucre y luego por su conducta como jefe de la provincia del Zulia. Se le hizo sufrir horriblemente. Conocemos una pieza de aquellos días en que consta que no podía moverse por estar con un enorme par de grillos. Luego, antes de concluirse el juicio, fue enviado al castillo de Bocachica. Allí se le arrancó la declaración contra O'Leary y poco después, puesto en libertad... El mismo Caste-

lli le escribió a Hand, también preso en aquella ciudad, aconsejándole declarara en cierto sentido, a fin de que cesaran sus padecimientos. Esta carta existe en el archivo de Roberto Suárez”.

“Murray también fue sugestionado por la reacción antiboliviana que instruyó ese sumario a Hand. La prueba es que este inglés pasó a las filas del nuevo gobierno”.

“A Urdaneta se le persiguió igualmente, y Salvador Córdoba lo llamó “asesino de su hermano”, en carta que posee el Sr. Suárez y en la cual no menciona a O’Leary. Sin duda, esas declaraciones, auténticas o adulteradas, le salvaron la vida a los tres declarantes.

“Triste es ver que nuestra historia se escribe siempre con pasión política. Parece que hubiese dos catecismos históricos: uno para los liberales y otro para los conservadores. A Córdoba se le trató muy mal por los enemigos de Bolívar, fundadores del liberalismo colombiano, cuando él era adicto al Libertador. Pueden leerse todos los periódicos de aquella época. Pero apenas se insubordinó contra el Padre de la patria, dejaron muchos de llamarlo asesino, para volverlo un ángel; ya no fue un hombre sin juicio, sino un ciudadano intachable; y entonces sus adversarios fueron los locos, los arrebatados, los asesinos. Córdoba ofreció en 1828 en una junta en Bogotá, echarle látigo a quien hablara contra el Libertador, firmó todas las sentencias de muerte cuando la conspiración septembrina: se sublevó contra el Libertador y sus enemigos olvidaron esto y lo declararon inmaculado, y asesino a O’Leary, único que pudo vencerlo” (Ricardo Portocarrero, en artículos publicados en “El Heraldó” en 1899. Cita de Eduardo Posada).

OTROS TESTIGOS DEL ASESINATO DE CORDOBA

Junto con el testimonio del General Francisco Giraldo, testigo presencial del asesinato del "Héroe de Ayacucho", es muy pródigo en luces sobre el crimen, el capitán Escalante, oficial de Córdoba en la "Batalla de El Santuario", porque tiene atestaciones claras, lo recomienda su hoja de servicios y fue testigo también del asesinato.

"Dice, al ser interrogado, que conoce a Rupert Hand como Comandante de los ejércitos de la república de Colombia, que ha oído decir que está preso en Cartagena por enemigo del gobierno legítimo y por el asesinato cometido en la persona del benemérito General de División José María Córdoba, después de concluida la acción del Santuario, en el departamento de Antioquia. Luego dice que Murray después de ver inválido y rendido al general Córdoba, salió por encargo de éste acompañado de cuatro soldados a llamar al general O'Leary para una entrevista con el jefe vencido. "Que inmediatamente entró otro oficial a quien tampoco conoció; que este oficial preguntó cuál era el General Córdoba; que el mismo señor General que se hallaba recostado sobre una cama respondió: "Yo soy el General Córdoba, aquí me tiene Ud."; que enseguida aquel oficial le contestó con palabras groseras e insultantes, descargándole al mismo tiempo, con el sable que llevaba desnudo en la mano, un golpe en la cabeza, estando su señoría descuidado y muy ajeno a este suceso, pues tanto dicho señor, como los demás que estábamos con su señoría, nos hallábamos desarmados por juzgarnos prisioneros; que con el golpe que recibió en la cabeza volvió a mirar con desembarazo al oficial

que lo hería, a tiempo que éste descargaba el segundo golpe, el que el señor General trató de evitar con la mano derecha, pero que éste fue con tanta furia que le cortó los tres primeros dedos de aquella mano; que enseguida le dio un tercer golpe, tan fuerte que no solamente le partió el cráneo, sino que también se enterró el sable como cuatro dedos en la pared a la cual estaba inmediato el señor General; que el declarante supuso que con este último golpe había quedado enteramente muerto dicho señor General, sin embargo de que los golpes anteriores no fueron de menor gravedad, porque al recibir este golpe cayó de la cama al suelo echando borbotones de sangre por las heridas; que aquel oficial luego que ejecutó cuanto lleva dicho se dirigió a él, que estaba inmediato al benemérito señor General Córdoba y le preguntó quién era; que él contestó: "soy el teniente Francisco Escalante", que en este estado se retiró el referido oficial y enseguida entró otro que tampoco conoció; que a éste dijo le presentase al señor General O'Leary; que al salir de la pieza en que se hallaba el que declara, tuvo que pasar por encima del cuerpo del señor General Córdoba que creía ya muerto. Que al declarante lo incorporaron entre la fila de los vencedores y deseoso de saber cómo se llamaba aquel oficial que a su presencia cometió el horrible atentado en la persona del benemérito señor General Córdoba, preguntó con disimulo al oficial Salom, señalándole al mismo asesino que a la sazón pasaba inmediato; que el oficial Salom le dijo que era el Comandante Rupert Hand; que todo esto sucedió el día 17 de octubre del año 1829 como a las dos de la tarde, poco más o menos. Preguntado si sabe que entre el señor General y el Comandante Hand hubiese algún resentimiento, así en aquella o-

casión o anteriormente, y si el Comandante Hand ejecutó el asesinato por sí solo o por mandato de algún jefe superior, dijo que ignora que entre los dos hubiesen tenido ninguna desavenencia; que al mismo tiempo que Hand asesinó al benemérito señor General, lo insultaba como lleva dicho y que el señor General no le dijo la más pequeña cosa de que se pudiera agravarse el Comandante Hand; que ignora que dicho Comandante fuese mandado por otro superior para cometer aquel hecho; que lo cierto es que el Comandante Hand lo asesinó como lleva declarado, sin que le quede duda alguna. Preguntado si vio muerto al General Córdoba, contestó que habiendo vuelto el declarante prisionero a la misma casa en que se hallaba el señor General, aunque en distinto cuarto oyó que el señor General llamaba alguno de sus compañeros; que el declarante pidió permiso al oficial de guardia para ir a atender a dicho señor, el cual concedido se aproximó y lo sentó, por haberlo así pedido su señoría; y que a ese tiempo suplicaba dicho señor al que declaraba lo hiciese acabar de matar; que su señoría pidió un poco de agua y que habiéndola tomado le sobrevino un desmayo con que pareció haber ya muerto; que en ese estado el declarante volvió a su prisión, que a poco rato volvió a oír hablar a dicho señor General y habiendo segunda vez pedido licencia, se acercó a dicho General, oyó que decía con una voz débil: "Avancen cornetas, toquen paso de ataque. Muchachos, a la bayoneta, que los enemigos son pocos y cobardes. ¡¡Viva la Libertad!! Que hablando de este modo exhaló el último suspiro, que inmediatamente entraron algunos oficiales de la tropa vencedora a ver el cadáver de aquel benemérito General".... Este testimonio coincide tan admirablemente con el del General

Francisco Giraldo, testigo también presencial, que se muestra como el más fiel, impresionante y equilibrado. Es bueno saber que Escalante, según consta en las "Memorias de José Hilario López" fue enviado por éste desde Popayán y con rapidez, dejando su oficio de comerciante, al saber la manera como se expresaba Córdoba en su camino hacia Antioquia, para manifestarle que él (José Hilario López) no le ayudaría en su intento; que no emprendiese por entonces nada hasta ver el resultado del congreso Constituyente, próximo a reunirse. Escalante llegó a Rionegro, inclusive con una esquila de López y le anunció el objeto de su misión a lo que Córdoba contestó: "Ya es tarde, la revolución está hecha y es necesario hacerla marchar" y colocó a Escalante entre sus oficiales.

La declaración de José Gabriel Salom, que estaba bajo las órdenes de O'Leary, coincide con la de Escalante, porque fue testigo presencial del asesinato, ya que se encontraba en la casa donde estaba el General herido tratando de poner orden en un motín de soldados de su compañía. Cerca de cuatro horas permaneció junto al lecho donde se revolvía en cruel tortura el agonizante Córdoba. Y también afirma que ignora del todo si el Comandante Hand fue mandado por otra persona a cometer el crimen.

Las declaraciones de Juan Antonio Montoya y Pedro Sáenz, de Rionegro, que solamente dijeron lo que habían oído de vencedores y vencidos, a los pocos días en su propia tierra, afirman solamente, que todos señalaban a Hand como asesino de Córdoba, y que el lugar que citaban todos era una casa que había en ese lugar.

El General Francisco Giraldo Arias, Edecán de Córdoba, en declaración de 26 de septiembre de 1831, a raíz de este proceso declaró que en cuanto cruzaron algunas palabras el Co-

ronel Murray y el General Córdoba, en el lugar donde éste se encontraba con una herida que lo puso fuera de combate, el General Córdoba le suplicó al Coronel Murray que le llamase al General O'Leary, pues quería hablar con él. El Coronel Murray le preguntó al General Córdoba si se declaraba rendido, a lo cual contestó afirmativamente el General Córdoba. En vista de ésta respuesta, el Coronel Murray le prometió que iría a llamar al General O'Leary, marchándose al efecto... Antonio Navarro declara lo mismo que Giraldo. Aguilera, que estudia muy detenidamente este proceso, dice que con las solas declaraciones de Francisco Giraldo y Escalante, habría habido méritos suficientes para sacrificar sumariamente a Hand... Pero era menester agotar los trámites hasta hacerle atmósfera al embuste demoledor del prestigio de O'Leary. Además, los abogados de Cartagena se excusaron de prestar su contingente en la asesoría de tan bochornosa causa, tal vez, porque no querían ser el grano de arena en el ojo vendado de la justicia.

Hand echa, naturalmente, todo el peso de la responsabilidad sobre los hombros de O'Leary, al informar el 23 de agosto de 1831, al cónsul británico sobre el suceso, pues dice allí textualmente: "At this moment I met O'Leary. Way that house, Sir, said he, and if Córdoba is there, kill him". (Valla a esa casa, señor, y si Córdoba está, mátelo). Aún creyendo esto, O'Leary no sabía ciertamente si Córdoba estaba allí. Después, en la indagatoria, aconsejado tal vez por algún abogado, manifestó: "O'Leary del modo más imperioso me ordenó: Córdoba está allí; acométale y mátelo al momento". Hay pues contradicción entre lo narrado por Hand al cónsul inglés y lo referido al instructor.

CRITICA Y JUICIO HISTORICOS, AL PROCESO CONTRA O'LEARY

Por oficio número 61 de septiembre 9 de 1831, el General José Ma. Obando, Ministro entonces de Guerra y Marina, dictó las instrucciones reservadas para el comandante general del Magdalena, José Manuel Montoya, para el proceso por el asesinato del General José María Córdoba. El encomendó la instrucción del proceso al Sargento mayor de la plaza de Cartagena, don Fernando Losada, venezolano y antiboliviano.

Diez y seis declararon y con los dos primeros habría sido suficiente motivo para dictar fallo condenatorio contra el Comandante Ruperto Hand, dice don Miguel de Aguilera, en su folleto "Clave Política de un ruidoso proceso", en el que analiza en toda forma las cosas, hasta concluir que el haber lanzado contra Daniel Florencio O'Leary la culpabilidad de haber dado orden de matar a Córdoba, es calumnia.

Y que todas aquellas frases en inglés que estamos acostumbrados a leer en la "Biografía de Córdoba" por Botero Saldarriaga, están basadas con el testimonio gravemente vulnerado de parcialidad y de invento, de dos europeos y un uruguayo.

Los testigos que declararon contra O'Leary y lanzaron contra él ese estigma han sido hallados vengativos y rencorosos unos, y otros influidos tristemente contra O'Leary, por Bolivariano, o simplemente para defenderse personalmente de castigos próximos a caer sobre ellos, como es el caso de Castelli.

Los tres testimonios que han dado lugar a la defensa del asesino de Córdoba son del general Francisco Urdaneta, Tomás Murray y Carlos Castelli.

Urdaneta, apenas un niño empezó la carrera de las armas en Guayaquil, bajo las banderas del rey de España y vino a Bogotá poco antes de 1810. Al sonar el grito de libertad, Urdaneta de 19 años se inscribió en las filas de los emancipadores. Prestó muy buenos servicios a la causa de la independencia. Pero ya vimos que cuando Córdoba entró a Antioquia, Urdaneta que desempeñaba el cargo de jefe militar de la provincia, cometió dos imprudencias: primero, atender precipitadamente insinuaciones de falsos amigos de Córdoba para enviar a Rionegro a cogerlo preso. Esto desesperó al gran antioqueño y entonces ya no quiso atender insinuaciones de nadie. Y segundó, entregarle a Córdoba la plaza de Medellín, sin combate.

Castelli había sido aprehendido poco antes del proceso, en Antioquia, y llevado a Bogotá sometido a seguridad de cadenas en los pies, acusado por Obando de haber ratificado en un artículo publicado en "El Baluarte" de Bogotá, la sospecha difundida entonces de que Obando había sido el instigador del asesinato del Mariscal Antonio José de Sucre. Los militares nombrados para juzgarle, preocupados por liasonjear a Obando, apresuraron un consejo de guerra sumario y verbal al que fue llevado como defensor el General Posada y Gutiérrez. En sus memorias, éste General cuenta los pormenores de este incidente y termina diciendo que se negó a defender a Castelli verbalmente y pidió se le entregase el proceso para defenderlo por escrito y se le negó esa petición. Que entonces él se dirigió al consejo de guerra reunido, mientras Castelli sentado en un banco sin espaldar, extenuado, sostenía un papel, que había acabado de leer y era su defensa personal: "no señores, yo no puedo defender al coronel

Castelli, pero quiero defenderos a vosotros; esto es, quiero impedir que derramáis sobre vuestra cabeza la sangre de un hombre a quien se os ha llamado a sacrificar, no porque fuera conspirador como lo fue Piñeres, a quien acabo de ver y como lo fui yo. No, señores...: el coronel Castelli no se encuentra sentado en ese banco por conspirador, sino porque publicó un artículo en un periódico en el que acusaba a los generales Obando y López de asesinos del gran mariscal de Ayacucho... Posada y Gutiérrez, dice que al terminar estas palabras, la casa tembló bajo los aplausos del público y gritaron algunos del consejo: al orden, al orden... Aquí no hay orden que guardar, replicó Posada: todo es desorden. Vosotros no estáis constituidos en consejo de guerra, sois una junta de hombres escogidos, no para dictar una sentencia con arreglo a las leyes, sino para autorizar con vuestra firma el más odioso de los asesinatos: el asesinato disfrazado con el ropaje de justicia”.

El testimonio de Murray ha sido estudiado a la luz de las actuaciones que tuvo en su vida y muchas manifestaciones de su carácter, para concluir que está manchado de falsedad y que él no era equilibrado, porque sus excen-tricidades rondaban por los vericuetos de la megalomanía o exaltación del yo”, como afirma Miguel Aguilera, en el folleto que citamos.

Aguilera prueba que ese testimonio de Murray adolece de vicios que lo hacen considerar como tachable en los tres elementos técnicos de su exposición: sujeto, forma y contenido. Los motivos para glosar de parcialidad en el sujeto son: 1) necesidad de disculpar, el testigo Murray, su incapacidad para proteger la persona del indefenso herido. 2) El deseo de aparecer a los ojos de la familia Córdoba como solícito en curar la herida del ilustre gue-

rrero, haciendo presente que mientras salía a requerir por fuera los servicios de un cirujano, Ruperto Hand ultimaba al General Córdoba. 3) El temor de perder la mano de la señorita Dolores Estrada Córdoba, sobrina del héroe, si se limitaba a declarar que por falta de valor o por consideraciones con su compatriota, había dejado asesinar a aquél. 4) El propósito de complacer políticamente a los ministros y jefes que en esos momentos estaban obsesionados con la sombra de Bolívar y sus amigos entre los cuales ocupaba O'Leary puesto importante. 5) La voluntad de no perder las ventajosas posiciones burocráticas adquiridas. Si Murray descarga un golpe certero sobre el brazo armado de Hand, éste no consuma su crimen; si en vez de salir a llamar al cirujano regresa a la pieza donde el héroe yacía desangrándose, Hand no habría penetrado o habría tenido resistencia; si aprovecha la cooperación de O'Carr quien había desnudado su sable para castigar a Hand, el muerto habría sido éste último y no Córdoba. Murray era novio y prometido de una sobrina de Córdoba y por lo tanto lo habría despreciado si hubiese sabido que estando en su poder la salvación de su tío, no había ensayado ningún esfuerzo.

La manera como describe Murray el secreto de O'Leary, hombre de exquisita cultura, que hacía muy poco lo conocía, da a entender que es casi imposible no poseyera otros recursos para dar a conocer esa criminal resolución. Cuando leemos causas contra gentes del hampa, apenas encontramos atestaciones tan crudas y pesadas para comprometer a un rival, a un competidor, como éstas de Murray contra O'Leary.

En el testimonio de Murray hay animosidad cuando presenta a O'Leary como sujeto

soez y humillado, y cuando explica con el asesinato de Córdoba el nombramiento de primer comandante afectivo a favor de Hand. Hay afectación en el tacto que despliega para narrar las circunstancias, de suerte que su posición personal, frente al héroe vencido, no se comprometa con el dictado de felonía o complacencia vil. Hay identidad preparada por la manera de curarse en salud contra los dichos de aquellos tres testigos a quienes les consta que Murray abandonó al General Córdoba para atender a la ocupación de llamar al General O'Leary... Luego los dos elementos esenciales de toda exposición testimonial, sujeto y forma, son malos en este caso de Murray.

Consecuente Murray con la finalidad política del proceso, o sea, con el propósito de causar el mayor mal a la reputación del muy ilustre General O'Leary y de todos los amigos del Libertador, y siendo la orden alegada por Hand el secreto para toda la conjura, era menester llevar adelante y probar todos los recursos a fin de poner de relieve el criminal mandato. Dos años antes que Murray, a raíz de la acción del Santuario, el Dr. Vicente Azuero había sugerido a Santander, desde la ciudad de Kingston, que el asesinato de Córdoba fue ordenado por O'Leary. De 1829 a 1831, nadie, fuera de Azuero hizo la imputación... Al promoverse la formación del sumario contra Hand, apareció en Cartagena, la infame versión, desconocida en absoluto en Rionegro y Medellín. Azuero y Murray trabajaban en oficinas distantes pocos metros entre sí, por la época del testimonio. Luego no era posible que la suposición hecha por Azuero sobre O'Leary, fuese mera expresión sin sentido. Y mucho menos que el Ministro de Guerra y Marina, General José Ma. Obando, no ejercitase el derecho de

la retaliación contra el "calumniador" O'Leary, quien le había llamado asesino de Sucre... Era preciso crear el amuleto mágico de la orden. En el sumario existía la prueba de oídas dada por algunos oficiales y soldados residentes en Cartagena y la exposición en inglés hecha por Hand al Cónsul de la Gran Bretaña, en la que aparecía que O'Leary le había dicho en el campo de batalla al Comandante de caballería: **way that house, Sir, and if Córdoba is there, kill him"**

Murray quiso comprometer tan puerilmente a O'Leary que puso en sus labios las siguientes palabras de tonto: "Ud. Murray, ha hecho muy mal en interponerse en éste asunto; yo dí orden a Hand para matarlo, pero no hay que decirlo a nadie"...

Ya se sabe que el "interponerse en este asunto", fué dejar asesinar a Córdoba, con gran cobardía y con aviso notificado, siendo el guardián de la persona del Héroe de Ayacucho.

"El contenido del testimonio examinado, es tan absurdo y desgraciado, como absurda y desgraciada fue la excusa que dio el declarante para permitir que el fiero Hand rematase la bella existencia de Córdoba. De ese malventurado contenido se desprenden dos terribles verdades: que el ingénuo Murray creyó que con mentarle a Hand su prosapia inglesa, depondría el acero ensoberbecido; y que si Hand cumplía implacablemente su villano propósito, lo más útil y decoroso era salir a buscar a O'Leary para darle la queja de lo que dentro de la casa estaría ocurriendo. Total: ese testimonio de Murray resultó arma de dos filos que dañó al que la esgrimió, y al que la sugirió como disolvente político. El único que deriva provecho moral es el joven teniente irlandés O'Carr, de quien el testigo refiere que al oír a Hand que

iba a matar a Córdoba, desenvainó su sable para impedir el crimen". (Miguel Aguilera, obra citada, página 45 y stes.).

Nadie hizo al general O'Leary el cargo de haber ordenado el asesinato de Córdoba en los días que siguieron al combate del Santuario. Fue varios años después, y con motivo del proceso por el asesinato de Córdoba.

De una carta de O'Leary a su esposa, se conocen éstos apartes: "Aquí dicen que soy muy bueno, muy suave y muy amable. Hasta la familia de Córdoba dice que me quiere. He perdonado a todos los oficiales de Córdoba. He devuelto hoy a su familia su espada y sombrero"...

Suerte de Hand. - A Hand se le condenó: primero por el Alcalde de Cartagena a diez años de presidio y luego en segunda instancia, por el Tribunal del Magdalena a la pena de muerte. Esta sentencia tiene fecha del 8 de agosto de 1833. Antes de que se le notificara la sentencia, se fugó de la cárcel de Cartagena y se refugió en Venezuela. (12)

(12) En la carta de Hand al Cónsul de Inglaterra se lee una vez describe su caída del caballo que había sido muerto de un disparo: yo me levanté y corrí hacia el cuerpo de tropa más inmediato con mi sable desnudo, determinado a buscar venganza, sin estar cierto de que no estaba herido. En este momento encontré a O'Leary quien me dijo: vaya ud. a esa casa y si Córdoba está allí, mátele. Obedecí como un relámpago y encontré un oficial en la puerta que me hizo alguna resistencia. Esta me enfureció. Yo entré y había mucha confusión; se disparaban tiros detrás; apenas me recuerdo de lo que pasó. Alguna persona, como queriendo escapar de mí, dijo: este es Córdoba, este es Córdoba. Creo que él estaba detrás de una pila de morrales colocados como para protegerlo de las balas que pudiesen entrar por la ventana. Al descubrirlo con la vista vi claramente que sacaba una pistola del bolsillo de

El General Joaquín Posada Gutiérrez, también defiende a O'Leary y descarga toda la responsabilidad del vil asesinato perpetrado en la persona del gran Héroe de Ayacucho, ya mortalmente herido y sin alientos. Así dice: "Hand era un hombre de la ínfima plebe de Irlanda y es sabido que todas las canallas son iguales. Perteneciente a uno de los cuerpos de voluntarios auxiliares que vinieron de Europa en 1818. Había ascendido porque era valiente y había servido: hombre ignorantísimo, se disculpaba diciendo que había hecho aquello maquinalmente, para que el herido no penara más, terminando su agonía, cuya idea es muy común en la clase de gente a que por su nacimiento y educación pertenecía Hand". (Posada Gutiérrez, obra citada, Tomo II, pág. 72).

En Mérida, en 1924 se le siguió juicio por un robo en que estuvo demasiado comprometido por numerosos indicios, ya que resultó muy adinerado de la noche a la mañana. Según esos indicios, robó el dinero de la oficina que servía de tesorería. **Fué absuelto como sucedía frecuentemente en esa época, cuando se trataba de oficiales al servicio de la libertad.** Después del asesinato de Córdoba, también se le consideró inune de castigo y ocupó varios puestos, entre ellos: Comandante Militar de la base de Chagres,

sus pantalones con intención de tirarme. Yo rápidamente corrí encima de él y lo sableé e inmediatamente me retiré e informé a O'Leary. Algún tiempo después tuve la orden de seguir con la caballería y acompañar al Gral a Rionegro; a poco de haber salido, me dijo O'Leary: Vuélvase y diga al Jefe de Estado Mayor que tenga cuidado con Córdoba porque debe ser fusilado conforme a las órdenes que he leído. Yo dije: Sr, él no puede vivir media hora. Bien, dijo él: entonces, vaya Ud. sin embargo". En declaración del 3 de enero del 32, dijo algo distinto.

donde había presos numerosos. Pero en agosto de 1831, dos años escasos después de haberse manchado con la sangre del Héroe de Ayacucho, estalló en el castillo de Chagres una revolución, encabezada por Obaldía, en favor del gobierno y en contra de los amigos de Bolívar y Urdaneta. Hand fue reducido a prisión y conducido al fuerte, por voluntarios.

Dos días después se le remitió a Cartagena para ser juzgado allí por el asesinato de Córdoba. El ministro de guerra, General Obando, al saber en Bogotá aquella prisión, ordenó se le juzgara en Cartagena con la debida actividad.

Sus días de prisión fueron largos y duros. Primero se le condenó a diez años. El apeló y otro tribunal lo condenó a muerte, pero se aplazó la ejecución hasta que determinara sobre ella el tribunal ejecutivo, "en atención a que el delito cometido por Hand fue en circunstancias de haber salido de una acción de guerra en que había sufrido una caída de a caballo, y por consiguiente, por el acaloramiento en que se hallaba, es presumible que no estuviera en aptitud de reflexionar". Doña Pascuala Muñoz, madre de Córdoba, pidió clemencia para Hand el 16 de sept. de 1832 y suplicó no se le diera muerte.

Después, cuando le fueron a notificar la sentencia, había desaparecido de la cárcel y se había fugado hacia Venezuela. El gobierno colombiano solicitó su extradición, pero el venezolano se excusó de hacerlo diciendo que era ciudadano de Venezuela antes de la existencia política de Colombia. La Historia, de aquí en adelante, nada nos dice del asesino... (Cfr. Eduardo Posada, pág. 460).

Cómo murió Córdoba. - El Coronel Francisco Giraldo, en relato publicado en la Biografía de Córdoba de Eduardo Posada, citada va-

rias veces, en la pág. 388 dice: "Yo estaba tendido en una camita de palos redondos, algo así como las que usan los campesinos pobres, cuando Córdoba entró ya herido, a la casa del Santuario. No bien me vió, se dirigió a mí y se dejó caer en mi cama de modo que el cuerpo le quedó atravesado sobre mis piernas y la cabeza apoyada sobre mi brazo derecho: la sangre que brotaba de sus heridas chorreaba al suelo por los intersticios de la cama confundida con la mía; en esta posición lo encontró el asesino Hand. Como perro de presa que husmea, apareció éste, inopinadamente, en la puerta, armado de su sable: estaba beodo. Dirigiendo una mirada siniestra sobre los que allí estábamos, dijo: ¿Aquí está Córdoba? Enderezose éste al punto, como sacudido por conmoción eléctrica. ¿Qué quieres?, le respondió. Verlo el vil mercenario, arrojarse sobre él y abrirle la cabeza de un sablazo, todo fue uno. La víctima se llevó la mano a la herida para protegerla, y un segundo sablazo le voló los dedos; el tercero que sonó opaco, como embotado por la sangre, lo trajo a tierra". (13)

¿Y lo remató? le preguntamos al General (escribe esto Doña María Arango de Llano, hija de José María Arango, quien escribe como testigo presencial y le leyó al General Francisco Giraldo el relato de su padre, cuando ya era un anciano).

(13) Es digna de tenerse en cuenta la orden de Bolívar para separar a Hand de la División en que se encontraba, el 9 de marzo de 1830; "el que hirió a Córdoba después de herido y Crofton están execrados; por lo mismo sepárelos Ud. de su división y mándelos a Cartagena a las órdenes del Gral Montilla para que se libren de alguna atrocidad que comprometa este país con Inglaterra.

Así lo creí yo, porque todo quedó en silencio; al cabo de algún espacio de tiempo oí como un delirio en que se percibían estas palabras, entrecortadas por el estertor: "Ah cobardes... Ah cobardes... Medio me incorporé en el lecho, y entonces se me ofreció a la vista la cosa más horrorosa: por aquel suelo terroso y desigual, lleno de charcas de sangre, estaba tendido el General, ya agonizante, con los ojos empañados, el cabello hecho mechones sangrientos y cruzado por ríos de sangre medio congelada, aquel rostro tan hermoso y tan fresco como el de una niña de quince años.

¿Qué hora sería ésta General?

Serían entre las dos y las tres de la tarde. A poco lo levantaron de allí con otros heridos y los pasaron a otra pieza. Nada más vi.

Bien General: ¿Cómo se explica usted aquello de la caja sobre la cual se asegura que fue asesinado?

De ésto yo nada sé; me figuro que estaría a los pies de la cama y como ésta era corta, al enderezarse Córdoba se resbalaría hasta ella.

Bien General y por fin, ¿dónde murió Córdoba?

Tampoco sé; algunos dicen que cuando lo sacaron de la casa ya estaba muerto; otros aseguran y otros dicen que fue en un punto llamado Pantanillo. Yo sólo sé que su cadáver amaneció tirado en un zaguán en una casa de Marinilla. Es ésto lo que más me duele.

General, ¿cómo era Córdoba?

El General Córdoba, era el hombre más buen mozo que puede figurarse.

¿Cómo era?

Era así, así, ni alto ni bajo, tenía un porte marcial que no he visto en otro; al caminar cojeaba un poquito; el óvalo de la cara era hermoso, la tez blanca y sonrosada, ojos grandes

y rasgados que chispeaban; era lampiño. Tenía grande afición al baile, se enloquecía por las mujeres; con sus amigos era afable y complaciente, menos en las horas en que estaba sombrío. En el último tiempo de su vida se aficionó tanto al estudio que no soltaba el libro de sus manos: Bolívar le quiso como a la niña de sus ojos; alguna vez le oímos decir: "Es el único militar honrado que conozco". (14)

¿Se confesó Córdoba? - Consta que el General, la víspera de su muerte, muy de mañana, estuvo hablando con el Obispo de Antioquia, Monseñor Mariano Garnica, por espacio de muchos minutos en Rionegro. Es de presumirse que, sabedor de la batalla que se le esperaba, con una fuerza casi el triple de la suya, formada por veteranos, seguramente temía con razón que moriría en combate, y como era

-
- (14) Francisco Giraldo Arias, salió a servir a la Patria de un poco más de 10 años. Trató por primera vez a Córdoba en la Campaña del Ecuador. No sabía escribir y como era urgente aprender para ser Edecán de Córdoba el capitán Silva le enseñó. Fue condecorado con el escudo de Junín. En Ayacucho era Subteniente y llevó la bandera. Allí hizo prodigios de valor y la primera bandera que tremoló despedazada pero victoriosa en el Cunduncurca a cuyo pie Córdoba se bajó de su caballo y siguió a pie, fue la del Abanderado Giraldo Arias. Córdoba lo llamaba Catón, por lo severo de sus costumbres, aun cuando se dice que en el Cuzco, cuando estaba en florida juventud, tuvo amoríos con una bella mujer. Córdoba tenía tal confianza en Giraldo Arias, que casi siempre le confiaba las más delicadas operaciones. El es quien cuenta que, cuando Córdoba viajó a someterse a juicio por asesinato, en principios de 1827, en el trayecto de viaje en barco de Lima a Guayaquil, los acompañaba Manuelita Sáenz. Las impertinencias de ella y los desaires de parte de Córdoba contribuyeron a la enemistad que existió entre los dos y que fue funesta para el héroe de Ayacucho.

católico y creyente, es fácil que se haya confesado.

José María Arango, en el folleto publicado por él en 1898 en Medellín, tipografía Central dice al respecto lo siguiente:

“Persona de crédito que presencié la extinción de aquella nobilísima vida; se produjo así:

“Ya los ojos del General se habían cerrado, más su intelectualidad se conservaba, cuando un Sacerdote de Marinilla se acercó al moribundo a ofrecerle los auxilios espirituales en estos términos: “Pepillo, quieres confesarte? Córdoba abrió los ojos, se fijó y dijo: “no seas majadero”. y los cerró por última vez”.

Al señor Ignacio Giraldo, maestro de la niñez santuariana durante muchas decenas de años, amante de la historia y amigo de indagar con cuantos viejos conoció él en El Santuario, algunos de los cuales pudieron oír de testigos idóneos algunos de los relatos de la batalla del Santuario, le oí referir yo en mi infancia lo siguiente: El Coadjutor de Marinilla que le ofreció confesarlo fue el P. Francisco Javier Gómez, enemigo de la revolución y que luchó para que los marinillos no siguieran ni apoyaran a Córdoba.

Que debido a ésto, era natural que al ofrecerse oírle en confesión, aún cuando fuera en la última hora, lo hubiera rechazado. Pero que poco después el P. Modesto Hoyos, se acercó a él y lo confesó... Otros manifiestan que no se confesó ni podía hacerlo porque los sablazos fueron tan graves y mortales que su inteligencia se obnubiló y solamente pedía opio para calmar sus terribles dolores. Esto mismo afirma O'Leary en una carta enviada al Ministro Secretario de Estado en el departamento de guerra.

El relato de Federico Jaramillo Córdoba, (15) da una luz muy clara sobre el asunto, pues en la forma como lo relata, demuestra que sí pudo confesarse, y coincide con J. M. Arango en cuanto al rechazo que hizo a uno de los Coadjutores de Marinilla, enemigo suyo. Y además, sucedido antes de los sablazos de Hand.

Sobre esta Biografía de Córdoba por su sobrino, se ha dicho siempre que tiene numerosas inexactitudes; relatos y diálogos inventados; apasionamiento explicable; invectivas injustas y fue escrita como obra de fantasía, en muchos de sus apartes. Esa debe ser la causa por la cual es muy poco citada, generalmente. Yo cito aquí, lo relativo a la confesión de Córdoba, sobre la cual escribió también un sacerdote de Marinilla, contemporáneo de Córdoba y coincide en que se confesó con el Pbro. Modesto Hoyos, Coadjutor entonces, como el Pbro. Gómez, a quien rechazó el General.

“Al recibir la primera herida, pocos momentos antes de terminarse el combate, el Coronel Salvador Córdoba, que se sacrificaba por su hermano y lo amaba con toda su alma, voló hacia él, desmontó de su magnífico caballo y le dijo: “Hermano, hermano mío, sálvese usted, que aún es tiempo”. “No, mil veces no, le contestó el General; vaya usted a consolar a mi pobre madre, que morirá de dolor, parta usted a hacer mis veces, yo no puedo, no quiero” — Hermano por Dios, por nuestra madre, monte usted y sálvese, pero pronto”, le replicó el coronel — Nunca ¡Yo he jurado vencer o morir y muero! ¡Adiós!, parta usted Salvador y vaya a consolar a mi madre”.

(15) F. Jaramillo Córdoba, “Biografía del Benemérito General José Ma. Córdoba”, 1876. Reproducida íntegramente en “Boletín de Historia y Antigüedades”, Vol. LIX, 1972. Páginas 134 y ss.

“Fue reclinado en una barbacoa humilde de aquella humilde choza. Se cuenta que un sacerdote de Marinilla, llegó a ultrajarlo, con otro sujeto de Rionegro, gritándole con insolencia: “¡arrepíentete, arrepíentete hombre!”, a lo cual contestó él ilustre moribundo: “Retírate, miserable”. Después llegó otro digno ministro de Jesucristo, y su maestro, y lo confesó. Córdoba le dijo: “Absuélvame usted padre mío; soy católico, apostólico y romano y creo con toda mi alma en la santa doctrina que me enseñó mi padre”.

Por la manera como cuenta estos acontecimientos, Federico Jaramillo Córdoba, creo que realmente es preciso reconocer que son verídicos pues seguramente los tuvo de primera mano; es decir oyó muchos de estos acontecimientos de labios de su madre, hermana de Córdoba; de su tío Salvador Córdoba; de su padre, Manuel Antonio Jaramillo y de muchos otros testigos presenciales.

Por lo que otros historiadores han escrito, el “indigno sacerdote” que cita aquí como gritándole a Córdoba mal herido: arrepíentete, arrepíentete, fue el Pbro. Francisco Javier Gómez, Coadjutor de Marinilla y quien junto con el Pbro. Jorge Ramón de Posada y otros, luchó cuanto pudo porque no triunfara el General. Por eso, a pesar de estar mal herido, lo rechazó con indignación.

Varios otros historiadores afirman que se confesó con el Pbro. Modesto de Hoyos, Coadjutor también de Marinilla entonces, y quien era amigo de Córdoba, pues salió con él en 1814 hacia el sur del país, a luchar por la independencia. La esposa de este sacerdote, logró salvarlo de ser fusilado por Sámano y una vez muerta, se había ordenado.

Además, la manera como narra Jaramillo Córdoba, la confesión antes de llegar Ruperto Hand, a asesinarlo de tres sablazos, es perfectamente verídica. Y es de suponer que, al tratarse de un combate tan desigual; con cerca de 400 recultas, en su mayoría de la región oriental y sabedores los sacerdotes de Marinilla de los pormenores todos de los avances del ejército de O'Leary, hayan acudido rápidamente a El Santuario para auxiliar a los heridos y a confesarlos, pues es bien conocida que esa región, como el resto de Antioquia y aún mucho más es de una religiosidad acendrada y exigente. Teme y ama a Dios y piensa en llamar pecado al pecado para arrepentirse y pedir misericordia.

Las frases que Jaramillo Córdoba pone en labios del General José María Córdoba, primero para suplicar a su hermano Salvador que vaya a Rionegro rápidamente a consolar a su madre, rechazando enérgicamente ponerse a salvo, que alcanzó a realizarlo; como la que le dirige al Pbro. Modesto de Hoyos: "absuélvame usted; soy católico, apostólico y romano y creo con toda mi alma en la santa doctrina que me enseñó mi padre", parecen dictadas por labios de testigos presenciales y actores, como eran sus íntimos familiares.

Es digno de completa veracidad lo que cuenta Jaramillo Córdoba, como narrado a él por Juan Crisóstomo Campuzano testigo presencial, el gesto de O'Leary, una vez muerto Córdoba (o aparentemente muerto como han dicho otros) "O'Leary se acercó conmovido al cadáver, estremeciéndose; arregló su cabellera, puso el oído en su pecho, limpió su frente y cerró con aparente serenidad sus ojos, procurando llevar, como llevó consigo y enseñar como lo hi-

zo al señor Campuzano, su casaca militar, empapada en la sangre del General Córdoba”.

R. Botero Saldarriaga, hace esfuerzos grandes y manifiestos, en su obra famosa, “General José Ma. Córdoba”, por probar hasta la saciedad, en apariencia, que O’Leary, dió orden perentoria a Hand de matar a Córdoba. Y que a su vez, el Consejo de Ministros en reunión a la que no asistieron J. M. Restrepo, por tener gravemente enfermo a su padre ni Tanco, dió órdenes parecidas a O’Leary.”

Ya se sabe que aun cuando Córdoba hubiera ganado la Batalla de El Santuario, no habría podido enfrentarse por carencia de municiones, armas y soldados disciplinados, a las fuerzas que se pusieron en movimiento hacia Antioquia, tanto del Sur como del Norte del país. Las numerosas citas que hace no alcanzan a demostrar que el Consejo de Ministros dió la orden de fusilarlo. Y las pruebas que se aducen para probar que O’Leary dió orden a Hand de matar a Córdoba, están basadas en el proceso que se le siguió, varios años después, cuando había profundo interés en mostrar a O’Leary y al Consejo de Ministros, como directos responsables del asesinato.”

Las frases en inglés, están entresacadas de la declaración de Hand, en inglés, también para echar todo el peso de la responsabilidad sobre O’Leary. Pero son diversas las declaraciones de Hand, al cónsul inglés y al instructor. Al cónsul inglés manifestó “at this moment I met O’Leary. Way that house Sir, said he, and if Cordoba is there kill him. (En este momento, es decir cuando llegaba a la Casa en que estaba Córdoba herido me encontré con O’Leary. Vaya a esa casa señor, dijo él, y si Córdoba está ahí, mátelos). Luego O’Leary no sabía si Córdoba estaba allí. Hand, en la indagatoria, agregó, probablemen-

te aconsejado por algún abogado: O'Leary, del modo más perentorio me ordenó: Córdoba está allí; acométalo y mátelo al momento". Hay contradicción entre lo narrado al cónsul y al instructor.

Además, Hand calumnia al mismo Córdoba en esa declaración pues lo presenta como armado y sacando del bolsillo una pistola para dispararle en el acto. Luego, dice, me arrojé sobre él y lo herí con el sable. Cohonesta pues su crimen; primero arrojando toda la culpabilidad sobre el Comandante O'Leary, quien en forma imperiosa le ordenó matar a Córdoba. Y como para demostrar que tampoco estuvo dispuesto a cumplir una orden detestable y criminal, aun cuando impartida por O'Leary, calumnia también a Córdoba ya rendido, herido e incapacitado a quien presenta agrediéndolo, y él matándolo, para defenderse justamente. Y las declaraciones de esos testigos presenciales del asesinato, el Coronel Francisco Giraldo Arias y el Capitán Escalante, ambos del lado revolucionario de Córdoba, relatan los hechos en forma diversa a la de Hand y las frases textuales de Hand son: "As I glanced my eye upon him I saw him distinctly drawing a pistol from his breeches pocket with intent to shoot me. I rushed upon and instantly sabred him. (En cuanto le dirigí la mirada ví claramente que sacaba una pistola del bolsillo de sus pantalones con la intención de dispararme. Me arrojé sobre él y lo herí con el sable).

Además Botero Saldariaga, en el tono, en la reiteración permanente en los vocablos que emplea y en el esfuerzo muy notorio que hace por lanzar sobre el Consejo de Ministros y sobre El Intruso especialmente; sobre los Venezolanos muy particularmente, grandes responsabilidades y grandes y pavorosos desaciertos,

quiere llegar al móvil de sus almas y de esas voluntades colectivas del Consejo Ministerial, para probar lo que se propuso. Basta leer la cita que hace de Andrés Tardieu, en la página 616 que dice: "El historiador que no osa aventurarse más allá de los hechos conocidos hasta llegar al móvil de las almas y de las voluntades colectivas, falta a su deber como tal". Y la nota personal dice: "hemos penetrado sin vacilaciones pero con la verdad y la justicia como guías por entre las sombras y reservas de aquel conciliábulo a que Tanco y Restrepo lograron sustraerse y en que el General O'Leary recibió órdenes terminantes que debió ejecutar como soldado leal a una causa, disciplinado y obediente hasta el extremo. (16)

Así como en su obra "El Libertador Presidente", Botero Saldarriaga hace esfuerzos grandes y elocuentes; apasionados en veces e injustos para mostrar sólo maldad, malas intenciones, en cuanto hicieron, Bolívar de Dictador y después el Consejo de Ministros, y en forma muy particular el General Urdaneta a quien apellida en una forma y en otra "El Intruso"; Así como en esa obra hay una lucha de historiador, "aventurado más allá de los hechos conocidos hasta tratar de llegar al móvil de las almas y de las voluntades colectivas, para levantar a Santander del abismo en que se precipitó, equivocado, apasionado y envidioso, contra Bolívar", en esta de Córdoba hay parecido esfuerzo para mostrar a Córdoba, ya equivocado, apasionado, humillado, lleno de rencor y enloquecido por la desesperación, como absoluta y exclusivamente preocupado por ibertar a Colombia de las cadenas de la tiranía de Bolívar y del Trono de Borbón...

(16) R. Botero Saldarriaga. "Obra citada". Pág. 616.

Pero pasa por sobre numerosos documentos y cartas en que se prueba que esa pretensión de monarquía, estaba inevitablemente sometida a lo que dijeran Bolívar y el Congreso próximo a reunirse; que no era sinónimo de maldad y tiranía; que Bolívar la impugnó aun cuando todos aceptan que tardíamente.

EL CADAVER DE CORDOBA

“En ese día terrible de la muerte del General Córdoba, quedaron tendidos en el campo de El Santuario, varios jefes y oficiales de tropa, doscientos soldados muertos y un número demasiado considerable de heridos del ejército de Córdoba, y un oficial y doce soldados muertos y quince heridos, del ejército de O’Leary. Fosas comunes se abrieron para enterrar tanto cadáver. Una circunstancia muy especial coincidió para que el cadáver del General Córdoba no fuese arrastrado a las fosas comunes. Como aún palpitara su corazón y se viera que todavía no había muerto, hubo de ocultarse su cuerpo en atención a la crueldad. Algunos caritativos hijos de El Santuario, sabedores de la existencia de aquel resto de vida, lo colocaron, como cadáver de montaña, sobre dos leños con travesaños ligados con bejucos, así lo alzaron sobre sus hombros y se dirigieron con él a Marinilla.

“Hubo tiempo suficiente para el transporte a Rionegro, del cuerpo del General, al poder de su familia; pero aquellos generosos campesinos dieron por terminada su caritativa misión en Marinilla donde descargaron la improvisada parihuela. Algunos vecinos de esta ciudad completaron la obra; colocaron el cadáver ensangrentado en estrecho pasadizo de una de las ca-

lles de la población, distante media cuadra de la plaza. (17)

Era párroco de Marinilla, en ese entonces, el Dr. Jorge Ramón de Posada y su coadjutor el P. Javier Gómez. El primero era gran amigo del General y le había ayudado, en forma sorprendente, 10 años antes para la independencia. Pero ambos se declararon enemigos de la revolución. Marinilla toda, con pocas excepciones, también se declaró enemiga. Por eso las gentes andaban fugitivas en los campos y la ciudad estaba casi desierta. El Gral. Francisco Giraldo, contaba que cuando iban hacia el Peñol, Córdoba se encontró sorprendentemente con el Dr. Jorge Ramón de Posada y algunos feligreses fugitivos. Que a un ceremonioso saludo del sacerdote, Córdoba le contestó: Dr., si sabe que perdí, que repiquen las campanas de su iglesia; pero si sabe que gané, que doblen". Por miedo de la revolución y sobre todo por no participar en ella, cuando el cadáver del General Córdoba llegó ya de noche a Marinilla, en brazos de dos campesinos santuarianos que lo llevaron a órdenes de Don Sinforoso García, quien desde Rionegro acudió rápidamente al Santuario cuando supo la derrota y heridas de su amigo, no encontraron gente en las casas y tuvieron que depositarlo en un-zaguán. Más tarde se facilitó la casa de Dn. Pedro Ruiz para velarlo, porque Dn. Sinforoso no pudo continuar con ese cadáver hasta Rionegro debido a un fuerte aguacero. Al otro día amaneció el cadáver descompuesto y no pudieron seguir; entonces el doctor Jorge Ramón de Posada le hizo el entierro de primera clase y fue sepultado en el cementerio de Marinilla".

(17) "Estudios Históricas", por Laureano García Ortiz, Bogotá. 1938. pág. 112.

Pastoral del Obispo. - "Poco después de la batalla de El Santuario, el 30 de octubre de 1829, el Ilustrísimo Sr. Obispo de Antioquia, Fray Garnica, desde su Audiencia Episcopal de Rionegro, publicó una Carta Pastoral, de la cual extractamos los siguientes apartes:

"A los venerables curas y demás fieles de nuestra Diócesis, Salud y Bendición en N. S. J.

Quiera el cielo que los males que hemos sufrido desde el 12 de septiembre hasta el 17 del corriente, se tengan presentes en lo sucesivo. Las poblaciones desiertas, las gentes fugitivas por los montes; expuestas a toda clase de penalidades; tantas familias desamparadas, tantas violencias, tantas vejaciones, y tantos temores y sobresaltos, con el funesto eco de la guerra que por todas partes asomaba.

¿Y es poco lo que sufrió la religión en estos días de desorden y de anarquía? Interrumpida la celebración de los Divinos Misterios, por el horror y espanto que imponían las conscripciones militares; retraídos los fieles de asistir al Santo Sacrificio de la Misa, porque en los mismos templos eran asechados y perseguidos por los agentes de la desgraciada libertad; la casa de Dios, el lugar Santo en donde habita la Majestad Divina y en donde nos ha ofrecido que oirá nuestros ruegos con preferencia; la Iglesia, digo, la parroquial del Peñol profanada y convertida en cuartel y la Capilla de Chiquinquirá de El Santuario, hecha casi el campo de batalla. Qué ejemplo tan triste el ver allanada la casa de Dios y convertido en teatro de guerra el asilo de la reconciliación y de la paz.

Apartemos la vista del campo de El Santuario, cubierto de cadáveres y mucho más horroroso por los lamentos de los heridos, que claman por los últimos socorros de la Iglesia

y conocerán entonces su temeridad, en no haberse dispuesto para aquel lance decisivo para su suerte eterna. Apartemos la vista de un General esforzado y joven que era toda la esperanza de su familia y la honra de esta provincia, despedazado y anegado en su sangre, víctima de sus caprichos; y de sus conciudadanos y amigos que no supieron contenerle en sus arrebatos por la razón o por la fuerza y objeto de compasión y de lástima por todas las circunstancias de su muerte...

Por desgracia se apoderó la discordia de la imprenta y este vehículo precioso, por donde se difunde la ilustración y las luces, sólo se empleó en inmoralizar a los pueblos fomentando las rencillas y los odios, desorganizando el sistema de hacienda y llenando de injurias atroces al Padre y Libertador de Colombia y a los agentes del gobierno, paternal y benéfico, que él mismo estableció en los días de una completa disolución de la república”..... (18)

-
- (18) El Sr. Garnica, quien apenas había tomado posesión de la Silla Episcopal de Antioquia, como su primer Obispo, le escribió al Gobernador de la Provincia el 15 de sept.: “en esa misma capital he prestado el año pasado, un juramento solemne de sostener el actual gobierno, constituido por unanimidad absoluta de toda la república; y este acto simultáneo en todos los pueblos, produjo tan excelentes resultados, que la república se salvó de los horrores de la anarquía. Por otra parte, tengo relaciones muy interesantes con la silla apostólica, para el mejor régimen de esta iglesia que se me ha encomendado; y separado del gobierno, que hasta hoy es el único conducto de estas comunicaciones, yo faltaría al más sagrado de mis deberes. En conclusión, antes de someterme a un acto que esté en contradicción de cualquier manera con los principios, que llevo indicados, tenga la dignación de expedirme el correspondiente pasaporte para la capital de la república”. El Secretario del Sr. Obispo, Fray Antonio Ma. Gutiérrez, manifiesta que el Sr.

VICEVERSAS DE LA VIDA

Tremendas reflexiones nos trae a la memoria el final de casi todos los guerreros. El pedestal de su gloria se fabrica con los despojos, por así decirlo, de miles de enemigos. En su carrera de triunfos, celebran las fiestas de la victoria, en todas partes, a poco de las grandes batallas, por sobre centenares o miles de cadáveres, que se sepultan o se incineran y luego se arrojan a fosa común, los pobres huesos revueltos. Mientras los admiradores de todo guerrero, lo aclaman con vítores y músicas, con fiestas mundanas, con bailes y licores y placeres, en el mismo lugar de estos festivales, hay centenares o millares de hogares a donde llegan los ecos del festín de la victoria, a mezclarse con los sollozos, desesperaciones y lágrimas de la orfandad, la viudez o el desamparo de los seres queridos sacrificados. Toda victoria de las armas está cerrada en un paréntesis macabro: sangre humana, derramada a torrentes, lo abre, y luego lo cierra un río de lágrimas que empapa fríamente las párpados de los familiares de las víctimas.

Me he propuesto repasar la suerte final de todos los guerreros famosos de la historia: a unos los veo perecer cobardemente asesinados como a nuestro joven héroe, sin funerales, sin

Obispo le hizo a Córdoba, por escrito y de palabra numerosas propuestas de conciliación y de paz, desde el 16 de septiembre hasta el 14 de octubre y a todas hizo desaires el General. Mons. Fray Mariano Garnica y Dorjuela había sido preconizado Obispo de Antioquia en 1827; en 1828 tomó posesión y apenas en los primeros días de enero de 1829 había expedido el Decreto de ejecución de la Bula de erección de la Diócesis. El primer Obispo que tuvo Antioquia nació en Chiquinquirá en 1770.

cámara ardiente, sin familiares que ofrenden a sus despojos mortales el rito universal y sagrado de la tristeza y de las lágrimas, para luego recibir sepultura oscura en el cementerio de un pueblo que no lo quiere, a cuyas autoridades ha amenazado con incendio en un instante de arrebatado colérico un día antes, mientras a pocos kilómetros hay familiares y una ciudad que lo lloran y le idolatran.

Recordemos, no más los últimos dos años de la vida del Libertador; el odio profundo que lo acompaña, apenas acabada la obra emancipadora, por el fulgor de su espada victoriosa y el influjo potente de su inteligencia genial; el desmoronamiento catastrófico de las repúblicas que él formó de la nada; la insurrección de sus generales y oficiales, que meses antes lo aclamaban y llamaban "Mi adorado Presidente General"; una ciudad que lo idolatró y recibió como un dios terreno, Bogotá, lo despide con insultos de la plebe, cuando decepcionado y calumniado, enfermo y próximo a la muerte, de ella se despide; y otra ciudad, la que meció su cuna y también lo aclamó y vitoreó como a dios, le cierra las puertas, que él desea se le abran, para que se apague la lumbre de sus ojos, donde se abrieron a la libertad de la vida.

Sucre, el más amable, atrayente y noble de nuestros grandes guerreros de la independencia, se ve acribillado, en su último día por el deshonor y seguramente por los celos, causados a su alma diamantina por la mala mujer que no supo serle fiel para la hora del bélico descanso. Y muere a mansalva, traspasado su cerebro por balas disparadas desde la maraña y recibe sepultura también oscura.

Obando, el General contradictorio, como contradictoria ha sido su memoria, que a unos historiadores les merece calificativos semejan-

tes a los que ahora dedicamos a los bandoleros oscuros y a otros ditirambos y alabanzas desmedidas, muere mientras huye, despedazado su cuerpo a inúmeros lanzazos y arrebatado con violencia de su rostro el labio superior con el mostacho, como trofeo de una guerra.

Si fuera a emplear un criterio providencialista, diría que sobre la cabeza de todos los violentos del mundo, se cierne el espectro de la violencia, para arroparlos con manto tenebroso y lacerante, en los últimos días de su vida, en castigo de lo que hicieron sufrir, injustamente muchas veces.

Lo he visto y lo atestiguo: los superiores que han recibido el don de mando y al emplearlo, se exceden y hacen sufrir, pasar horas de amargura y de espanto, de dolor y de humillación y de desprecio a millares de sus súbditos, tarde o temprano reciben tratamiento igual de otros. Y una vez padecen la angustia, y casi siempre en la tarde de su vida, que muchas veces y a muchos de sus súbditos, poco simpáticos, hicieron padecer, con injusticia.

Los poderosos, poderosamente son atormentados; los violentos, con violencia son tratados cuando menos y de quien menos lo piensan; los injustos y amigos de denigrar y destrozarep reputaciones, antes de morir tienen que contemplar el pedestal de su fama, levantado con enormes sacrificios, destrozado también; los que gobiernan con petulancia y con orgullo se imponen a sus súbditos, encuentran, cuando no lo piensan, a un petulante y a un soberbio que se les impone a ellos y por fin sufren el efecto humillante de la petulancia, y del orgullo que emplearon tantas veces en su vida, para gobernar a los demás.

Córdoba se perdió cuando más lo necesitaba la patria, nacida con la ayuda decisiva de

su coraje y de su espada. El mismo estilo y redacción de sus proclamas, misivas, epístolas, nos demuestran que había logrado estudiar bastante, en los últimos años, como lo atestiguan varios amigos personales. Era un hombre sobremediano inteligente; de indómito valor, de arrojo militar poco común en la historia de los guerreros. Ya le iba a tocar el lugar al estadista, cuando entró en su alma el demonio del odio y lo arrojó a la aventura y en ella se eclipsó.

Hay una nota irónica y humillante en el final de nuestro héroe, y es el hecho de haber sido, casi todos los jefes del ejército que lo venció, extranjeros. Haber sido un extranjero, de ínfima categoría social, su asesino y haberse oído en el campo de El Santuario, en esa tarde melancólica, momentos antes de sentirse el golpe seco del sable homicida sobre la frente del Héroe de Ayacucho, el idioma inglés, mezclado a los reniegos de un borracho, enloquecido por la ira y sediento de venganza, en pleno fragor de la batalla. (19)

-
- (19) Cuando triunfó el movimiento del "Batallón Callao" en Bogotá y quedó como Jefe del Estado el General R. Urdaneta, Carlos Castelli vino a Antioquia como Comandante General y persiguió a Salvador Córdoba quien fue hecho prisionero a los tres días. Para escarmentar a la familia Córdoba, desterró al cuñado, Manuel Antonio Jaramillo y a su hermano Vicente; tomó prisioneras a Doña Pascuala Muñoz, ya anciana y a sus hijas. Pero como poco después triunfaron López y Obando en Palmira, Castelli determinó enviar a cárcel segura a Salvador Córdoba, a su Hermana Venencia (a quien se le permitió quedarse en Marinilla, debido a su enfermedad) y a varios otros. Pero Robledo, que dirigía la escolta, permitió que en San Bartolo, cerca a Berrio, se fugaran. El coronel Salvador, llegó al centro de Antioquia y organizó resistencia contra Castelli quien fue vencido en Abejorral el 14 de

Sobre la vida y la actuación del General Córdoba ya la historia ha dado su veredicto y lo ha entronizado en el pedestal que ella erige a los "Héroes Nacionales" a los grandes guerreros de la epopeya magna de nuestra libertad. Pero antes que ella, Dios, remunerador supremo y justo juez de las sentencias dio otro, de trascendencia eterna.

abril. El general Castell, piemontés, quien había estado en el Combate de El Santuario fue hecho prisionero y por azares de la vida en Rionegro fue alojado en casa de Ana María Muñoz, esposá del Coronel Salvador Córdoba. El 15 de abril el General Caicedo reasumió el mando, tras la caída del General R. Urdaneta y el 17 dió un decreto y por él nombró a Salvador Córdoba Comandante General de Armas de Antioquia. Entonces hubo un grito de triunfo en el país y fue cuando Manuel A. Arrubla le escribió a Salvador: "Ahora sí es tiempo de hacer los funerales a su ilustre hermano y de convidar a todos los amantes de la libertad a sentirlo y a derramar lágrimas de gratitud sobre su tumba.... Me regocijo con su familia que considero loca de contento. Y el General Obando: No sé como expresarle a ud. el gozo que sentí cuando supe que se había rescatado de ese mal extranjero Castelli que debe ud. fusilar en el acto. Fusile Ud. fusile Ud., fusile, fusile antes que el gobierno tenga lástimas".

CAPITULO IV

COMO RELATA JOSE MANUEL RESTREPO LA REVOLUCION DE CORDOBA

“Sordos rumores circulaban en 1829 de una explosión inminente a cuya cabeza se pondría el general José María Córdoba. Este militar valiente y ambicioso, enorgullecido con la gloria que justamente adquiriera en los campos de Pichincha y Ayacucho, se proponía ser el campeón de la Nueva Granada y mandarla aun en vida del Libertador. Olvidando, pues, todos los favores, ascensos y distinciones que debía a éste, se dedicó desde el mes de abril o antes - (primero con alguna reserva y después sin disfraz alguno, en Pasto donde mandaba) - soplar los celos entre éstos y los venezolanos y a desacreditar a los jefes del ejército del sur, incluso Bolívar, proclamando al mismo tiempo principios exagerados de libertad. Sin embargo, en un viaje que hiciera al cuartel general satisfizo al Libertador, diciendo: que el tenía sus planes que descubriría con su acostumbrada franqueza, los que eran para después de sus días. Bolívar no hizo novedad en la confianza que antes había manifestado.

“A pesar de esto, Córdoba a su regreso a Pasto continuó sus vociferaciones contra el mando del Libertador, ligándose con sus enemigos, jefes y autores de la última revolución de esta

provincia. Para sacarle de aquel teatro peligroso y que tuviera mejores consejeros, se le nombró ministro de Estado en el departamento de Marina; aceptó el destino pero dijo que era para ganarle que el Libertador le daba tan elevado puesto, cuyo negociado ignoraba enteramente. Pidió entonces licencia para ir a Antioquia a ver a su familia, cuya provincia le había elegido diputado al próximo congreso constituyente, de 1830. De paso, en Popayán y en el Valle del Cauca, continuó sus tramas revolucionarias con la mayor publicidad. Tanto el Libertador como el consejo de ministros supieron que iba a Antioquia con el objeto de hacer una revolución, apoderándose de las armas y municiones que allí existían; pero las distancias no permitieron que se pudiera impedir aquel proyecto.

“Efectivamente, desde el mismo día 8 de septiembre en que llegara a la ciudad de Rionegro, asistió por casualidad a un convite que se daba a los principales habitantes; allí pronunció algunos brindis excitando a derramar la sangre del Libertador. En seguida reunió juntas para atraerse partidarios y combinar la revolución.

“Córdoba tenía muchas ventajas para realizar este plan. Su hermano el coronel Salvador Córdoba era comandante de armas de la provincia; y gobernador, su cuñado Manuel Antonio Jaramillo, puestos obtenidos por el influjo del General. Así podía conspirar a todas sus anchas.

“Sólo existía en la capital de Medellín el coronel Francisco Urdaneta que pudiera oponérsele, aunque no tenía mando ni fuerza veterana. En efecto, luego que este supo los pasos revolucionarios de Córdoba, determinó ver si podía salvar la tranquilidad de la provincia aprehendien-

do al general, al coronel Córdoba y a Jaramillo, corifeos de la rebelión. Junta 20 hombres que envía a Rionegro mandados por el capitán Manuel Herrera buen oficial| Mas se traspira la operación y Córdoba recibe avisos del riesgo que le amenaza. Armóse con algunos pocos de su familia y con otros que le eran adictos. A las dos de la mañana llegó el capitán Herrera a los arrabales de Rionegro y creyendo a una mujer que le dijo había mucha gente armada en la plaza, regresó a Medellín sin dar ningún otro paso.

Córdoba viene a Medellín. "El general Córdoba reunió como cuarenta milicianos y diez jóvenes de a caballo y a las siete de la mañana del día siguiente marcha a ocupar a Medellín, ciudad distante seis leguas de Rionegro. El Coronel Urdaneta había hecho en aquella ciudad muchos esfuerzos y tocado la generala para alarmar la población; pero en vano. Sólo pudo juntar cuarenta hombres que no sabían cargar los fusiles. Sin embargo, salió a oponerse a Córdoba. Mas los principales vecinos de Medellín se interesaron con Urdaneta para que hubiese una transacción y no se derramara sangre. Este, que no confiaba en sus milicianos, accedió a entrar en conferencias habiendo ofrecido Córdoba una completa garantía de las vidas y propiedades de sus contrarios. Cesó toda resistencia y a las seis ocupó la capital, donde existían cerca de dos mil fusiles, bastantes municiones y otras armas.

"Desde aquel aciago día Córdoba dispuso a su arbitrio de las rentas públicas, de las vidas y propiedades de los moradores de Antioquia, bajo el título que él mismo se diera de "Comandante en jefe del ejército de la libertad". En seguida manda desconocer al gobierno de Colom-

bia por órdenes terminantes que dirige a todos los cantones de la provincia, los que al efecto celebran actas: él declara subsistente la constitución de Cúcuta para tener un pendón que fuera la enseña de su partido; él envía a todas partes emisarios y proclamas incendiarias asegurando que el Libertador aspira a la monarquía y a mandar sin constitución ni leyes para quitar a los ciudadanos todas sus garantías; él ofrece restablecerlas, declarándose a sí mismo el adalid de la libertad.

Cómo respondió a Córdoba Antioquia. “Para realizar sus proyectos Córdoba trabaja con infatigable actividad y energía disponiendo que se hiciera un reclutamiento general: mas los antioqueños, que no participaban de sus pasiones, huyeron a los bosques según su costumbre, para no ser soldados. Tampoco halló cooperación en los hombres influyentes de la provincia; muy pocos se decidieron a tomar parte en una revolución que juzgaban mal combinada y que no podía tener éxito favorable contra los grandes recursos de tropas y de otros elementos de que disponía el gobierno del Libertador. Su mando y autoridad eran preferidos a los fermentados ofrecimientos de libertad que hacía Córdoba.

“El virtuoso obispo de Antioquia Fray Mariano Garnica le negó también la ayuda de su influjo. Muchas personas abandonaron sus domicilios para no mezclarse en la revolución y casi todas las poblaciones le opusieron una gran fuerza de inercia.

“Hubo quienes pretendieron oponerse a la rebelión. Los oficiales Herrera y Vélez trataron de apoderarse de un cuartel y matar al corifeo de la revolución. Este los puso en capilla en el acto mismo de aprehenderlos y en seguida los mandó fusilar sin

proceso alguno. ¡Prueba elocuente de las garantías que iban a gozar los antioqueños bajo el mando absoluto de Córdoba!

“Fuera del terror, Córdoba procuró sostener su alzamiento con proclamas, manifiestos y cartas seductoras a varios jefes; con otra al Libertador, supuesta o verdadera y con emisarios para alborotar a los pueblos. En dichos documentos anunciaba Córdoba que pronto la revolución se extendería a Popayán y Pasto, así como a Bogotá, pues había dejado minadas aquellas provincias y tenía partidarios numerosos en la capital de la república.

“Esto era probable porque el partido exaltado hacía tiempo que buscaba con ansia un jefe. Era pues muy verosímil que hiciera los mayores esfuerzos para promover dondequiera los designios de Córdoba, jefe militar de tanta nombradía”.

Efectos de la revolución en Bogotá. El Consejo de Ministros tuvo el mayor cuidado, luego que recibió el 26 de septiembre la noticia que ya esperaba, de la insurrección de Córdoba. Dedicáronse todos sus miembros a dictar las providencias para sofocarla tan pronto como fuera posible y antes de que estallara en otros puntos.

En la capital existía la columna del occidente de Venezuela, compuesta de excelentes soldados. El ministro de la guerra, General Urdaneta, la hizo preparar el mismo día y confirmó su mando al general de Brigada Daniel Florencio O' Leary. Ochocientos veteranos marcharon hacia Honda al día siguiente con todo lo necesario, celeridad que acreditará siempre la energía del General Urdaneta.

“No fué solo. Para asegurar la capital de las maquinaciones de algunos, cuando solamente quedaba guarnecida por milicias, dedicóse el gobierno con empeño a descubrir el origen y los autores de aquellos. Averiguó en efecto que Torrens el encargado de negocios en Méjico, que Henderson, el

cónsul general británico, que el general Harrison y su antiguo secretario, con otras personas particulares, sabían la rebelión de Córdoba desde antes que estallara; que algunos tenían correspondencia con él y concurrían a juntas clandestinas, en que se declamaba fuertemente contra el Libertador y su gobierno. Habiendo adquirido el consejo datos suficientes para defender y sincerar en todos los tiempos los pasos que diera, determinó con acuerdo de los enviados de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos que salieran fuera de Colombia y dentro de un breve término, el cónsul Henderson y el general Harrison; también expidió sus pasaportes a Torrens, dirigiendo a sus gobiernos las correspondientes explicaciones y documentos.

“Otra de las providencias fue declarar a Urdaneta, secretario de guerra, jefe superior de los departamentos de Cundinamarca, Boyacá y Cauca.

“El mismo Urdaneta marchó a Honda con el objeto de activar el embarque de la expedición contra Córdoba. Se deseaba cogerlo desprevenido y no darle tiempo de reclutar y disciplinar tropas. Bien pronto estaban navegando por el río Magdalena. En Nare sorprendieron un destacamento de los disidentes y la expedición entró en la fragosa montaña de Juntas, que tiene quince leguas de bosques. No la detuvieron las lluvias continuas ni otros fuertes impedimentos que oponía la naturaleza, hasta ocupar el paso el Balseadero o Guatapé. O’Leary llamó entonces la atención de Córdoba, por el camino del Páramo y la expedición marchó entera por San Carlos, ruta más poblada y menos difícil.

“El general O’Leary mandó desde la montaña al comandante José Manuel Montoya amigo de Córdoba, a fin de persuadirle que se sometiera al gobierno y no hiciera derramar inútilmente la sangre de sus compatriotas, en una lucha desigual; para este caso le ofrecía garantías. Halló a Córdoba si-

tuado en el Peñol y en la Ceja de Guatapé a la salida de la montaña, con cerca de cuatrocientos hombres, todos reclutas. Montoya nada pudo hacer para atraerlo a una honrosa capitulación. Siempre se creía invencible y contestaba con las bravatas de su última y ridícula proclama”.

El combate en el Santuario. Entretanto la expedición avanzaba por San Carlos a salir a los Vahos, donde llegó el 16 de octubre. Allí supo O'Leary que Córdoba le aguardaba en la hacienda de El Santuario, ya fuera de la montaña. En esta inteligencia, la división se puso en marcha a las seis de la mañana siguiente y a las once halló las fuerzas revolucionarias formadas cerca de la capilla de El Santuario, con su reserva situada detrás de la casa de teja de la hacienda. O'Leary dió inmediatamente sus disposiciones de ataque las que fueron bien ejecutadas por el coronel Carlos Castelli y por los demás oficiales; en breve la acción vino a ser general. La retirada prevenida a una compañía hizo creer a Córdoba que cedían las tropas del gobierno; avanzó pues, con imprudencia, comprometiéndolo todas sus fuerzas. Sus soldados, aunque reclutas, iban guiados por antiguos y valientes oficiales; así combatieron con mucha firmeza, excitados también por el ejemplo del jefe. No hay que repetir que éste fué siempre el mismo que en Ayacuch y disputó palmo a palmo el terreno. Pero al cabo de dos horas de combate sus oficiales y soldados quedaron muertos, prisioneros o dispersos. Viéndolo todo perdido el general, previene a su hermano Salvador que huya y él se coloca a la puerta de la casa de teja con algunos soldados y oficiales, desde donde hace un fuego muy vivo. Entonces O'Leary manda al coronel Castelli y al segundo comandante de caballería Ruperto Hand, que ataquen la casa y no den cuartel a los que resistan. Córdoba, ya herido, se retira al interior, donde le halla Hand; ase-

gúrase haberle dicho Córdoba que estaba rendido y que sin embargo le hirió con el sable en una mano y en la cabeza, herida que le parte el cráneo y es mortal. Poco tardó en morir, después que O'Leary y los demás oficiales le dieron los auxilios que pudieron en aquellas circunstancias. La misma suerte cupo en breve al capitán Benedicto González, herido también, salvándose, Giraldo, edecán de Córdoba, cuyas heridas no resultaron mortales.

“Cerca de doscientos soldados y oficiales de Córdoba quedaron muertos en aquel obstinado y lamentable combate, bastantes heridos y casi todo el resto prisioneros. La pérdida del gobierno fué de dos soldados muertos y quince heridos”.

Opinión de Restrepo sobre el asesinato de Córdoba. Improbamos el modo cruel como quitaron la vida a Córdoba cuando estaba rendido. Fue una fatalidad lamentable que este valiente jefe, que tantos servicios había prestado a la causa de la independencia de Colombia, se precipitara en una revolución que sólo produjo males a la patria. Si deseaba tan ardientemente la terminación de la dictadura, debía aguardar a lo menos la reunión del congreso, del que iba a ser miembro y combatir allí las ideas antiliberales. En caso de no conseguir que las instituciones republicanas se fundaran sobre bases sólidas, hubiera tenido entonces algún fundamento para sacar su espada y cortar los impedimentos que se opusieran al restablecimiento de la libertad. Observando esta conducta juiciosa y prudente, es probable que habría sobrevivido Córdoba largos años y hecho distinguidos servicios a la Nueva Granada, pues era muy joven cuando murió.

“Con la derrota y muerte de Córdoba toda la provincia de Antioquia quedó pacificada. Amigos sus habitantes de la tranquilidad y del orden, aborrecían la revolución, a la que opusieron cuando menos la fuerza de la inercia. Los cantones de Marini-

lla, de Antioquia y del nordeste, hicieron algo más. El de Antioquia proclamó la contrarrevolución el 16 de octubre y los hijos de Marinilla se mostraron hostiles a Córdoba. Entusiastas a favor del gobierno del Libertador y dirigidos por su respetable cura y vicario doctor Jorge Ramón de Posada se pusieron en comunicación con el General O'Leary a quien dieron peones para conducir los pertrechos y equipajes, víveres para la tropa, bagajes y caballos. Sin estos oportunos auxilios y sin los avisos que le dirigían, hubiera sido hartó difícil vencer la aspereza de la montaña de Juntas y que tuviera la expedición feliz resultado.

“Contribuyó a éste que la revolución de Córdoba no tuvo séquito en el Valle del Cauca, en Popayán, en Pasto y en Bogotá; suceso contrario a las esperanzas del caudillo y a las promesas de algunos que abrigaban sus mismos designios.

“El gobierno del Libertador obró con mucha energía a la vez que discreción y prudencia. Disponía también de una fuerza a la cual no podía resistir Córdoba y sus partidarios”.

“De Cartagena marchaban hacia Antioquia dos batallones con mil doscientos soldados y el mismo General Montilla se había situado en Mompós. Bolívar, desde que supo los pasos revolucionarios que daba Córdoba en su viaje a Antioquia pensó que era inevitable un trastorno del orden público. Mandó pues, que marcharan tropas de Popayán a Cartago reemplazándolas por otras situadas en escalones; estos cuerpos disciplinarios se pusieron a las órdenes del general Laurencio Silva y estaban prontas a caer sobre Antioquia al primer aviso. Por consiguiente, aun cuando Córdoba hubiera triunfado en la primera refriega, habría tenido que lidiar en breve con dos mil veteranos de Colombia a los que no podrían resistir sus reclutas, por excelentes que sean los soldados antioqueños para la infantería.

“O’Leary restableció el orden y expidió indultos a todos los comprometidos con pocas excepciones, como el cuñado de Córdoba y el hermano: Manuel Antonio Jaramillo y Salvador Córdoba. Pero *el Libertador los perdonó enteramente a los pocos meses*”.

En el Chocó Por sugerencias del gobernador y primer comandante Fermín Vargas, Quibdó hizo un acta semejante a las dictadas por Córdoba en Antioquia, desconociendo el gobierno del Libertador y declarando establecida la constitución de Cúcuta. Luego O’Leary lo intimó al anunciar la derrota y muerte de Córdoba. Vargas no aceptó, pero los vecinos de Quibdó con el jefe político José M. Díaz y el extranjero Guillermo Coutin se apoderaron del cuartel con todo lo que allí existía; aprisionaron a Vargas (octubre 31) y proclamaron de nuevo la obediencia al Libertador. De esta manera quedó terminada enteramente la rebelión de Córdoba que pudo causar un incendio formidable en la república.

“Las noticias que anticipadamente recibió el Libertador de los pasos que Córdoba daba en Pasto y Popayán para hacer una revolución contra su gobierno, le causaron la más profunda impresión. Si un hombre a quien había elevado tanto, manifestándole confianza y amistad, a pesar de sus beneficios le volvía la espalda y hacía revoluciones para usurpar el mando supremo, ¿qué no harían otros militares que no estaban ligados por los mismos vínculos?. Esta consideración desesperaba a Bolívar y no sabía qué partido tomar para mantener el orden entre sus generales.

“El Libertador supo en Pasto con el mayor alborozo el restablecimiento de la tranquilidad; él había estado muy cuidadoso por la rebelión de Córdoba, temiendo que el renombre militar del jefe le die-

ra partidarios; pero se los quitó su poco juicio y la inoportunidad de su movimiento.

Ninguno de los historiadores, contemporáneos de Córdoba, vió en su revolución, sentimientos nobles y valederos para promoverla. Todos lo tachaban de ingrato con Bolívar, de alocado en su proceder y de inoportuno, cuando faltaban apenas escasos meses para la reunión del Congreso Constituyente. al cual él había sido elegido por Antioquia”.

CAPITULO V

SEPULCRO Y GLORIA DEL GENERAL JOSE MARIA CORDOBA

Poco antes de los cuatro años de haber enterrado el cadáver de Córdoba, en una noche de mayo de 1833, el coronel Salvador Córdoba, su hermano; Don Manuel A. Jaramillo, su cuñado; Francisco Bernal y el comandante José María Botero, amigos del General, junto con dos pajes y José María Arango, soldado sobreviviente en la Batalla de El Santuario, entraron al Cementerio de Marinilla a exhumar los restos del héroe de Ayacucho. Descubierta el cráneo notaron en él algunas roturas que recordaron los sablazos de Hand. Con cuidado se examinaron los huesos de la mano derecha y se encontró otra señal que se buscaba: debían faltarle los dedos cordial, anular y meñique, confundidos con la sangre, en el polvo de la casa de Santuario, y en efecto, le faltaban.

Llevados los restos a Rionegro, fueron expuestos en la Casa de su madre, Doña Pascuala Muñoz, para que los Rionegreros le rindieran homenaje y oraran por el descanso eterno del alma del General.

Luego fueron conducidos a la capilla de Jesús, de la misma ciudad y hasta las 11 de la noche continuaron desfilando los habitantes ante sus despojos mortales. Al día siguiente, a las 9 de la mañana, se hicieron en el templo Parroquial exequias solemnes a las cuales asistieron todos los notables de Rionegro. Luego,

en desfile fúnebre, se condujeron al cementerio Parroquial y allí, en la capilla del mismo y provisionalmente fueron sepultados en una bóveda. (20)

El Congreso Constitucional dictó la ley de 27 de junio de 1898 en la que se dispuso la erección de un monumento, a la memoria del General Córdoba. Erigido el pedestal por Rionegro, el monumento de mármol donado por el Congreso que remata en una urna preciosa, guarda definitivamente los restos del Bravo León de Ayacucho.

El monumento se encuentra a la entrada del cementerio de Rionegro y al terminar una pequeña colina que a él conduce. En la cara del frente se lee, grabado en mármol, lo siguiente:

A CORDOBA EL VENCEDOR DE AYACUCHO

1799 — 1829

EL CONGRESO DE COLOMBIA 1898

En placas de mármol están estampados los nombres de las principales batallas, en que estuvo durante su vida, así: El Palo, Cachirí, El Corral, Los Toros,.... A la derecha; Sombreros, Cojedes, Paipa, Vargas, Gómez. En la cara del frente, mirando a la ciudad de Rionegro, en la parte de abajo tiene grabadas estas dos inscripciones:

“A JOSE MARIA CORDOBA
HIJO DISTINGUIDO DE ANTIOQUIA
EL CONGRESO DE COLOMBIA”.

(20) “El Constitucional” Medellín, N° 1 de abril 22 de 1832.

Debajo, esta otra:

RIONEGRO A JOSE MARIA CORDOBA

Y en la parte alta, cerca a la urna de mármol que contiene los restos, están estampados los nombres de estas otras batallas en que se cubrió de gloria: A la izquierda: BOYACA, CHORROS BLANCOS, ZARAGOZA, MAJAGUAL, MOMPOX, y a la derecha: TENERIFE, CARTAGENA, PICHINCHA, JUNIN, AYACUCHO.

Con motivo del centenario de su muerte, fueron exhumados los restos y expuestos en distintos lugares de Rionegro en una preciosa urna, de madera, fabricada y donada por A. Orrego. En 1954, cuando reformaron y arreglaron el monumento, que estaba deteriorado, nuevamente expusieron los restos en la misma urna.

CORDOBA, IDOLO DE RIONEGRO

Rionegro y sus gentes, durante los años que han transcurrido desde que la vida de Córdoba fue apagada violentamente en "El Santuario", tras la aventura atrevida y loca, con cuyo éxito soñó, no han cesado de tributarle honor, gloria, y fama.

Córdoba consideró siempre a Rionegro como su tierra y la amó entrañablemente; allí pasó los años de la infancia y primera adolescencia; allí recibió instrucción y lecciones de hombres, gigantes de la Patria, como Caldas y Juan del Corral: a ella llegó lleno de gloria en la edad vibrante de los 20 años, poco después de la batalla de Boyacá y como jefe supremo de Antioquia; allí estuvo nuevamente, todavía con los laureles frescos de Ayacucho

sobre su frente; allí vivieron sus padres y allí murieron y en su cementerio reposan sus restos, cerca a los suyos; a esta ciudad amada vino, embriagado por el anhelo imposible de destronar a Bolívar, y allí organizó la toma de Medellín y la revolución y finalmente de allí partió al encuentro de O'Leary la víspera del Combate de El Santuario, donde murió a manos de Hand, tras lucha feroz en que se batió como un león soberbio, resuelto a vencer o a morir.

En el centro del Parque principal de la Plaza de Rionegro, estuvo donde tantas veces instruyó y arengó soldados, la estatua de Córdoba, en actitud reposada, como para recordar las horas dulces y amables que pasó al lado de su madre en el pueblo de sus afectos, con una placa que dice:

A CORDOBA
EL VENCEDOR DE AYACUCHO

1799 — 1829

EL CONGRESO DE COLOMBIA 1898

Esta estatua se trasladó a "San Antonio", corregimiento de Rionegro.

En la Casa de la Constitución de Rionegro guardan muchos objetos y cartas de José María Córdoba y se encuentran dos óleos distintos del Héroe de Ayacucho, la urna de madera artísticamente tallada por A. Orrego, en la cual han estado por dos ocasiones y durante varios días, expuestos a los honores de la ciudad, los restos; un óleo del Capitán Francisco Villa, edecán, el catalejo o antejo de larga vista empleado por él en el Combate de El Santuario, un retrato de Doña Pascuala Muñoz, su madre, la proclama a los Antioque-

ños cuando se declaró jefe supremo del ejército de la Libertad, pocos días antes de morir, y distintas proposiciones laudatorias en edición de lujo, y de distintas entidades, para honra del General.

Una de esas proposiciones, bellamente enmarcada, es la del Senado de 1929, con motivo del centenario de la muerte de Córdoba y que dice:

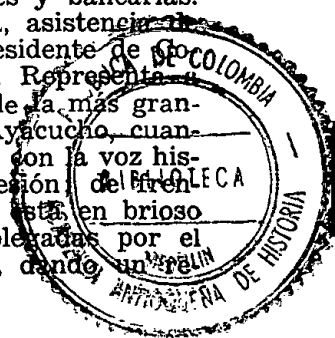
“El Senado de la República consagra en esta fecha un recuerdo a la ilustre memoria del General José María Córdoba, con motivo del Primer Centenario de su muerte y recomienda su constante amor a la libertad como digno del más alto ejemplo. Su muerte misma no fue sino la consecuencia de su adhesión a las normas constitucionales de la República naciente, a cuya creación había contribuido como el más bravo de los Generales de Colombia”.

Bogotá, octubre 16 de 1929.

ESTATUA ACTUAL EN LA PLAZA DE RIONEGRO

En 1964 se inauguró el llamado “Córdoba de Arenas Betancur”.

Este Monumento fue erigido por insinuación de varios notables de Rionegro, y costado por diversas empresas industriales y bancarias. Fue inaugurado con gran pompa, asistencia de personalidades y discurso del Presidente de Colombia Guillermo León Valencia. Representa a Córdoba en el instante decisivo de la más grande de las batallas de América, Ayacucho, cuando hizo invencibles a sus soldados, con la voz histórica: Soldados: armas a discreción del frente, paso de vencedores. El héroe está en brioso corcel de guerra de crines desplegadas por el viento, sin bridas y sin estribos, dando un relin



lincho al lanzarse en galope victorioso. Córdoba apoya sobre el cuello del caballo su diestra que empuña vigorosamente una espada desnuda, mientras el brazo izquierdo se levanta en arco y su rostro, vuelto hacia la izquierda, da con la fuerza de sus pulmones juveniles el grito. Los lanceros que semejan el pegaso de la mitología, empujan hacia adelante con la izquierda una bandera, mientras sostienen vigorosamente una lanza.

Monseñor Carrasquilla dice: "A los hombres mediocres, que brillan un instante, es preciso tributarles pronto los póstumos honores, antes que se borren de la memoria de las gentes. Los varones inmortales pueden aguardar siglos la justicia de la Historia y la gratitud del género humano".

Un poco antes de los ciento treinta años de haber muerto oscuramente el General Córdoba, una porción considerable, rica y floreciente del Departamento de Bolívar, fue hecha Departamento, el número diez y seis, y tomó el nombre del Héroe de Ayacucho. Y recibió de Antioquia, el Departamento donde nació y murió, la imagen en bronce del joven y valiente guerrero de la Independencia. Me parece admirable la coincidencia de haberse formado éste departamento, con territorio del departamento de Bolívar. Al fin y al cabo, estos dos hombres se amaron demasiado, aún cuando se odiaron para morir.

En Concepción, donde se mecía su cuna, está también la estatua de su hijo más preclaro. Y Medellín, en la plaza del Sufragio, tiene desde hace ya muchos años un monumento hermoso, con un león herido a las plantas, sobre el cual se empina en actitud de gritar: "Soldados: armas a discreción, de frente, paso de vencedores"; la figura blanca del héroe, tira el pie de-

recho hacia atrás con elegancia, levanta con la izquierda la espada envainada y grita mientras levanta en actitud erguida el brazo derecho. Es obra de Marco Tobón Mejía.

Los historiadores han investigado hasta el último pormenor de aquella vida tormentosa y han dicho y probado con los hechos de toda su vida, cuánto amó a su patria y cuántos sacrificios realizó por ella.

El Santuario, suelo bañado con la sangre del héroe de Ayacucho y con la de más de doscientos hijos de Oriente, en aquella aventura del militar, que en una hora equivocada de su vida gloriosa, que por desgracia fue la última, guarda con respeto y veneración la memoria de esa batalla y conserva, en pequeño Museo algunos recuerdos del General José María Córdoba. En el parque principal de esta ciudad, hay un pedestal blanco que sostiene el busto del Héroe de Ayacucho, obra del inmortal escultor Tobón Mejía. Es una reproducción de la efigie veraz del General, pero el artista supo imprimir a ese rostro de bronce, la melancolía y angustias supremas de su hora postrimera, cuando precisamente por el punto en donde está el monumento, pasó en su caballo de guerra, ya derrotado, herido en el brazo y derramando sangre en abundancia, hacia la casa de teja donde fue asesinado villanamente.

CAPITULO VI

AMORES DE CORDOBA

Cuando Córdoba vino a Rionegro como gobernante, en la edad vibrante de los veintiún años, envanecido con juventud gloriosa, respetado y temido, admirado y tenido en cuenta para acciones grandes, por el Libertador, prendió en su corazón la llama de un amor que casi le arrebatara la corona brillante de "Héroe de Ayacucho", con que aparece glorificado en nuestra historia. La joven de apellido Morales, sobrina del prócer Salazar, rindió completamente su inteligencia, su corazón y su voluntad y le hizo saborear por algún tiempo el jugo que el fruto hermoso y convidante del amor humano guarda dentro de su corteza. El nombre de esa joven era Manuelita. En todo caso en muchas de las cartas a sus familiares la saluda con mucho cariño.

Los siguientes apartes de algunas cartas son bastante elocuentes. No se malogró el "Héroe de Ayacucho" porque Santander y Restrepo supieron disuadir a Córdoba ...

Cuando hacía la campaña del Magdalena se encontraba enamorado locamente como puede comprobarse por estos apartes de unas cartas suyas que se conservan en el "Archivo Santander".

En una, fechada en mayo 26 en Zaragoza, le dice a Santander:

Mi General (permítame usted) sigo triste (pero sin ajar un momento mi orgullo militar), por la muchacha más bella que para mi gusto he visto; ella domina mi pasión amorosa; vaya, no molestaré su aten-

ción con un asunto que nada le importa y sin tener cara de tía, pero aunque no sea, contésteme usted”.

En julio del mismo año le vuelve a hablar del asunto, desde Barranca, con estas palabras:

“Por Dios, mi general, busque un motivo capaz de llamarme de esta provincia y llámeme, que estoy desesperado. Yo iré con mucho gusto al sur; esta provincia es el infierno mismo. Tal vez será (permítame usted mi general) esa niñita-antioqueña que me tiene loco; por fin ya me atrevo . . . Algunas veces he estado movido a hacerlo; permítame usted muy silenciosamente que disfrute de ella. Me admiro de haber hecho semejante petición a usted, pero, en fin”.

Seguramente Santander no accedió a esta petición, porque en marzo, José Manuel Restrepo había añadido a una carta que le envió manifestándole que Córdoba tenía perdida la memoria y por eso había inconvenientes en la administración, lo siguiente:

“Creo que Córdoba piensa casarse o está muy enamorado de una señorita Morales. Ella es preciosa y nada desmerece; pero es lástima que tan joven ponga una traba tan terrible a su carrera, como el matrimonio. Ojalá Usted lo disuada, sin que se conozca partió de mí la noticia”.

Santander algo hizo por disuadirlo porque en carta que de Turbaco le envía Córdoba con fecha 20 de septiembre de 1820, entre otras cosas le dice:

“Si he de ser comandante general de provincia, ¿para qué quitarme mi pensada Antioquia? Por Dios, mi General, si por fin después de ayudar a la toma de esta plaza (Cartagena) yo he de ir a la de Santamarta, le suplico me mande siempre a las grandes campañas y de no ser así, a Antioquia mi provincia libertada por mí. No crea que a mí me distrae una mujer: Venus no teme nunca presentarse delante de Marte; primero es mi deber, primero es mi gloria”..

Ya en marzo de ese mismo año, en una carta que le envía a José Manuel Restrepo, le cuenta Santander:

“Córdoba en su carta me habla de casamiento pero dice que no lo verificará hasta que no sea coronel. También me dice del trastorno de su cabeza que es una lástima porque este joven nos podría ser muy útil”.

En la nota número 41 de la Biografía de Córdoba por Eduardo Posada afirma él: “se nos ha informado que, en 1.823 estuvo comprometido a casarse en Bogotá con una distinguida dama de esta ciudad y que con motivo del acontecimiento de Popayán, se desbarató el matrimonio y le fueron devueltos regalos”.

Tal vez, el último amor de Córdoba fué el de Fanny Henderson, hija del cónsul británico, de quien se sospechó como auxiliar de Córdoba en su revolución y cuya separación fué pedida por el gobierno. En “El Demócrata”, periódico de esa época, hay este párrafo: “este caballero es muy desgraciado por ser el padre de una amable hija, a quien se decía que el General Córdoba, cuando estuvo en Bogotá, había estado dirigiendo sus atenciones. (Julio 20 de 1.830).

El amor que tuvo por Fanny Henderson, en Bogotá logró también entusiasmar grandemente a Córdoba; como se colige de cartas íntimas y confidencias del General. En Abril de 1.828, en carta a Salvador su hermano dice:

“Cada día me gusta más Fanny, porque a medida que crece se pone más hermosa. Casi todos los días voy a la Quinta de noche a tomar el té; sus padres jamás disminuyen el aprecio y las atenciones con que desde el principio me han tratado. Pero creo que ella no me quiere a pesar de que a veces encuentro aceptación a mis miradas y conversaciones; hay un misterio que me parece penetro con

desconfianza. Yo estoy inquieto; no me puedo conformar con perderla y para una feliz posesión hay muchos inconvenientes". En otra carta dice:

"Tu hermano que te quiere tanto como a mi Fanny. "Todavía en julio de 1829, desde Popayán, advierte que está atormentado con la incertidumbre de su patria y de su amada.

En carta desde Popayán, a Salvador, de julio 8 de 1829 en la que ya se muestra dispuesto absolutamente a lanzarse a la rebelión, le dice:

"Sólo he recibido una carta de Manuel Antonio (Jaramillo), la primera en que habla del General Bolívar con entusiasmo; lo que es no estar bien en los asuntos; yo se la contesto punto por punto con razones poderosas y tengo la esperanza de convencer a Vmd nuevamente. Se cree que para desembarazarnos del mando del General Bolívar será muy difícil y yo lo creo muy fácil, dando yo el grito siquiera con 500 antioqueños al principio; muy pronto me seguirá la mayor parte de la Nueva Granada; con el resto yo me compondré.

"Si, pienso mucho, mucho en Fanny; mucho, mucho. Ella está inquietando mi imaginación desde que la conozco, y esta Patria y esta pobreza. Quién sabe qué será"...

Cuando fue enviado a Bogotá por el Libertador con el nombramiento de secretario en el Ministerio de la Marina, le manifestó que le convenía "*para dedicarse a descansar y amar*".

El amor grande y profundo de nuestros héroes de la emancipación, fue la gloria militar, y la libertad. Amaron a la mujer, pero de paso y a la carrera, como agitados y ansiosos, casi como un entretenimiento de las pocas épocas de descanso de que pudieron disfrutar.

CAPITULO VII

TEMPERAMENTO DE CORDOBA

Todos los que describen algunos rasgos característicos de Córdoba, nos lo presentan fogoso, colérico y arrojado. La misma figura o estampa del héroe y las descripciones que se nos hacen de él, revelan al joven vigoroso, de prontitud corporal para la acción. Tronco erguido, columna vertebral recta, hombros echados hacia atrás, pecho dilatado, abdomen contraído y los músculos de la cara resueltos, como listos para la agresión. Boca pequeña, labios finos, nariz recta, rostro muy blanco y ovalado, cabellos rubios, ojos negros, frente amplia y sonrisa franca,

En la conversación empleaba gestos vigorosos de la cabeza y las manos, especialmente cuando se encontraba algo alterado. Al caminar se movía vigorosamente con un típico y enfático movimiento del brazo hacia atrás, aun cuando después de la caída que tuvo en Rionegro de un caballo brioso, con motivo de una corrida de toros y poco después de Boyacá, conservó una "cojera" característica.

Tenía afición por la aventura física y un auténtico placer en participar en empresas peligrosas y agotadoras. Era lampiño y un algo corto de vista.

En Córdoba existía un profundo y constante deseo de ser importante en el mundo, de ejercer poder sobre otras criaturas y sobre el ambiente.

Rasgo especial del carácter de nuestro héroe fué el anhelo de prestigio y de ser importante; consumada voluntad de asumir responsabilidades, de so-

meter; en pocas palabras, tenía una sicología de "raza superior". Modales directos y osados; mirada directa y firme a la persona a la que se dirigía; sin vacilación en el acercamiento, sin rodeos, sin cortesía exagerada ni zalamería, sin furtividad. De una asombrosa franqueza, ni siquiera al Libertador, a quien amaba intensamente como a hombre superior, digno de todo elogio y de toda sumisión, dejó de manifestarle sus pensamientos claros, como es el caso de la carta que le envió cuando en la "Quinta" de Bogotá fué fusilado en efígie Francisco de Paula Santander; la que escribió cuando fué acusado de conspirar en el sur, y la última, de una franqueza esencial e indiscutible. Era a veces truculentamente combativo, de empuje e ímpetus que lo llevaban siempre a ponerse a la cabeza. Libre de inhibiciones, restricciones o tanteos, tomaba sin vacilar la iniciativa para lograr lo que quería. No se avergonzaba con facilidad ni vacilaba preguntar.

Amaba la vida, era expresivo, generoso, amante de sus padres por quienes siempre se preocupó hasta airarse cuando se les demoraban auxilios a que tenía derecho por servicios a la guerra.

De una resistencia al dolor físico, extraordinaria; de risa explosiva y tendencia al grito y a los insultos y bravuconadas propias del cuartel, como lo atestiguan muchos de los que lo conocieron.

De mente objetiva, extravertida; tomaba sus decisiones en forma inmediata y concebía vastas empresas y aventuras que trataba de poner en ejecución de manera rápida y temeraria. Tal su actuación en Ayacucho, con la subsiguiente carga suicida de su infantería, que lo elevó al pináculo de la gloria militar en la más grande batalla que ha visto ni tal vez volverá a ver América. La revolución final que llevó a sus últimas consecuencias, sin importarle el fracaso y la muerte, no obstante serias y ponderadas reconvenciones, consejos e insinuaciones de

amigos y de sus propios familiares y aún eclesiásticos como el párroco de Marinilla que tanto le había ayudado recién venido a Antioquia, poco después de Boyacá y que en todos los tonos le hicieron ver como empresa alocada, injusta y de ingratitud manifiesta para con el Libertador, fué posible por ese temperamento impulsivo, aventurero, de decisiones rápidas y temerarias:

Cuando recibió el nombramiento de Ministro de la Marina, en las postrimerías de su vida, el deseo profundo de acción vigorosa que había sido siempre característica de su temperamento, motor de su existencia, se sintió en presidio interior y por eso se lanzó con arrojo y rapidez imprudente a realizar una empresa romántica de resentimiento. La inacción que representaba la aceptación de ese nombramiento, hijo de sospechas y desconfianzas claras, era un infierno para él. Dió muestras perfectas de ese temor a la inacción, cuando le tocó la campaña de la costa, en la plenitud vibrante de sus 22 años y por eso pidió traslado inmediato a otra parte donde pudiera estar en actividad permanente y dirigiendo operaciones.

Carente de penetración introspectiva era como un cañón cargado, que necesitaba ser apuntado a alguna parte y luego disparado.

Debido a este temperamento, que podríamos encastillar entre los que algunos llaman hoy emotivo primario y activo, era rencoroso, guardaba largo tiempo en la mente, sin poder olvidar, las ofensas recibidas y obraba con precipitación, sin dejar madurar mucho sus ideas.

Muchos opinan que los enemigos de Bolívar, con quienes tuvo amistad, entre ellos Carujo, que le dió clases de matemáticas; Vicente Azuero que trabajó la defensa del General, cuando estuvo juzgado como reo de muerte por los crímenes que se le imputaban en Popayán; Francisco de Paula Santander que fué

su amigo, Florentino González que escribió un bello artículo de elogio al "Héroe de Ayacucho", en "EL CONDUCTOR", cuando se le seguía el famoso juicio y otros, estuvieron interesados y esperanzados en que José Ma. Córdoba, (una vez separado Bolívar de la escena, como era inminente ya, debido al desmoronamiento de la Gran Colombia, que se colubraba de inmediato y al estado precario de su salud y su vejez prematura), sería el mandatario, el Presidente, capaz de poner en práctica sus ideas.

Un rasgo característico de Córdoba, en el que hacen hincapié todos los que le conocieron, es la honradez acrisolada, el desprecio al sórdido interés del dinero y el desprendimiento de las cosas materiales. Nuestro héroe tuvo errores y cometió crímenes, hijos del alborotamiento y ofuscación de un militar joven, en actividades guerreras, acostumbrado a ver cadáveres y correr a borbotones la sangre, lo que psicológicamente vuelve a los guerreros sanguinarios; pero el peculado, el interés por poseer y la malversación de fondos, jamás. Hasta comentan algunos historiadores que Bolívar, para ponderar ese rasgo extraordinario dijo de él alguna vez: "Córdoba es el único militar honrado". En "Diario de Bucaramanga", figura este concepto de Córdoba dado por Bolívar: "Córdoba es el único valiente y militar, pero tiene un carácter duro y absoluto, una soberbia ridícula, una vanidad excesiva y sólo es bueno en el campo de batalla; fuera de él es peligroso".

En ese diario, en el que se desnuda el sentir íntimo del Libertador, hay esta otra observación, que bien puede tenerse en cuenta sobre el temperamento de Córdoba: "En los primeros años de la independencia se buscaban hombres y el primer mérito era ser valiente; de todas clases eran buenos con tal de que peleasen con brío. A nadie se podía recompensar con dinero, porque no había; sólo se podían dar grados militares para estimular el entusiasmo y pre-

miar las hazañas. Así es que hombres de todas castas se hallan hoy entre nuestros Generales, jefes y oficiales, y la mayor parte de ellos no tienen otro mérito sino el valor brutal, que ha sido tan útil a la república, haber matado muchos españoles y haberse hecho temibles. Hombres de todas las clases que en el día, en medio de la paz son obstáculo para el orden y la tranquilidad.

Amor a sus familiares. Ese temperamento de Córdoba, tan extrovertido, colérico y brutal en veces, sin esperar a madurar sus propósitos y sin reservas ni tapujos, pues nada ocultaba en la trastienda de su alma, se caracterizó también por afecto especial a sus familiares y anhelo de darles alegría. Por sus cartas se da uno cuenta de su entrañable cariño a cuantos formaban el hogar.

De una fechada en Panamá el 21 de febrero de 1.822 a su padre, son estos párrafos elocuentes: "Mi respetado y amado padre: Hoy ha venido de Popayán, por Buenaventura, un edecán del Libertador con orden para que yo, con una división de mil hombres marche hacia Esmeralda o Guayaquil a cooperar a la completa libertad.

Padre mío: *emprendí la carrera del honor, la carrera de la gloria; la fortuna me ha favorecido en ella y apreciando su favor la seguiré hasta que ella misma me detenga. Sirvo a mi patria y conseguiré algún honor para toda mi familia; encomendarme al Todo Poderoso para que protegido, después de destruido el tirano de nuestra patria, vaya a descansar en el regazo de mi familia.* Adiós mis queridos padres: Salud, buena fortuna y larga conservación les desea su hijo que los ama tiernamente para su consuelo. Su amante hijo. J. M. Cordova".

De otra de Turbaco, en agosto 21 de 1.821 son estos párrafos: Mis queridas Mercedes y Ana María: Me alegro que estén perfectamente buenas; Mercedesitas, no seas injusta; Cuándo te he olvidado?

Siempre me acuerdo con mucho gusto de mis dos queridas bonitas hermanas y vivo con la gran confianza de que se aplican en extremo a leer bien correctamente. El mejor patrimonio de una señorita muy hermosa es saber bien lo que he dicho que aprendan. Su hermano que las quiere mucho J. Ma.”

De otra carta a Dña. Pascuala Muñoz, fechada en Turbaco en julio de 1.821 son estos párrafos:

“Venido de manos de Vmd lo mismo es una pastilla de chocolate que importantes cosas. La más pequeña cosa la aprecio en el grado que es correspondiente a regalos de los que más adoro. Aun no han llegado los cuatro caballeros que vienen de esa. Adiós mi querida madre. Su hijo que desespera por verla para servirla. J. Ma.”

De otra a Dña. Pascuala, fechada en febrero 20 en Turbaco. Mi querida Madre: Por qué Vmd no me escribe de su letra, cuatro letricas o cuando no de la de María Mercedes? Por Dios Madrecita mía, hágalo así, mire que me da mucho gusto recibir carta de Vmd. Pues en adelante escríbame de letra de Mercedes, más que sean dos renglones. Adiós Madrecita mía; cuente siempre con los brazos de su hijo que a Vmd es a quien más quiere, de quien más se acuerda y a quien más desea servir su hijo querido. J. Ma.”

En otra desde Popayán en 1.823 dice a sus queridos padres: Vine de Lima y en Quito me presenté al Libertador al tiempo que los pastusos se insurreccionaron; allí pasé un mes con S. E. y escribí a vmds; fue preciso que yo viniese con un batallón a reforzar la división del Gral. Sucre; hecho esto, *atacamos, vencimos y entramos en Pasto; el enemigo perdió como 300 hombres; nosotros diez. El Libertador que permanecía en Quito, así que supo el triunfo vino a arreglar aquel país. La ciudad de Pasto fue saqueada, menos las iglesias y conventos. Mil abrazos doy con mi espíritu a mi hermana, a Mercedes, Vicente*

y a *Marianita*. Cuánto deseo verlos; si cuando yo llegue a Bogotá ya la contienda con Morales está concluida, iré volando a besar sus manos y a abrazar a mis queridos hermanos. Soy su hijo que los ama con todo su corazón.

“Cuidese Vmd mi pensada mamá; viva Vmd para sus hijos porque su falta me sería insoportable y enturbiaría cuantos placeres se me proporcionaran en mi vida” le dice en otra carta a su madre.

FORMACION RELIGIOSA. Que recibió educación esmerada en lo religioso, no queda la menor duda, dado el caso de pertenecer como perteneció a un hogar antioqueño y mucho mejor en esa época sencilla. En todas sus cartas a sus familiares suele contar con Dios para todo. Ejemplos entresacados de sus cartas: “Cuanto siento no vivir cerca de Vmd para alegrarla. Pero espero en Dios tener este gusto alguna vez”, le escribe a su hermana casada. Cuando les anuncia algo importante, agrega “Dios lo quiera” En otras cartas a sus padres envía recados muy cariñosos a los sacerdotes, Vicarios como se les decía entonces.

Su formación intelectual como la de la generalidad de los militares no fue grande, pero muy suficiente y por su propia cuenta se instruyó en muchos departamentos del saber estudió en Rionegro, en Medellín, con Caldas y además con ayuda de Serviez, con quien aprendió francés. Es sumamente abundante su correspondencia, desde que llegó a Antioquia; a través de ella se da cuenta el lector de su adelanto, pues la corrección de la frase y la altura de muchos conceptos, dejan entrever claramente que había leído mucho. En Bogotá estudió idiomas y matemáticas y se aficionó a la lectura de los clásicos. Su lectura predilecta fue “Vida de los hombres ilustres de Grecia y Roma” de Plutarco. Todas las comunicaciones, cartas sobre todo las dirigidas a Páez, a Bolívar, a Manuel Antonio Jaramillo, a Salvador su hermano, son manifestación muy

clara de su erudición de autodidacto y de su notable adelanto en cuestiones de cultura general. La misma redacción es digna de elogio y a veces lanza frases de gran mérito.

Tanto discurrir con hombres de la talla de Serriez, Santander, Bolívar sobre todo, Caldas, Restrepo, Sucre Aranzazu; tanto viajar y observar, con su inteligencia que fue brillante y admirable, le dieron una formación muy superior a la del común de los militaíes de entonces. En las cuestiones tácticas y netamente militares, claramente se deduce de sus cartas, que fue muy buena.

Entre los generales de Colombia, Córdoba ocupa puesto de importancia y a la altura de los mejores de Venezuela. Desde la edad de 15 años, y durante otros tantos de existencia su caballo de guerra anduvo con él a todo lo largo y a todo lo ancho de las hoy 6 repúblicas Bolivarianas y en casi todas las grandes y épicas batallas, estuvo como uno de los principales guerreros.

Realmente tiene razón Eduardo Santos cuando afirma: "Entre los soldados de Colombia, ninguno más grande que Córdoba. Tuvo la rarísima suerte de estar presente en todas las horas decisivas, contribuyendo de modo intenso y decisivo a la emancipación de las repúblicas de Venezuela, Colombia, Panamá, Ecuador, Bolivia y Perú. Imposible encontrar otro hombre que así llevara a todas partes su esfuerzo guerrero y en todas dejara el sello, a veces sublime, de su heroísmo. Es Córdoba encarnación de amor a la patria, a la libertad y a la democracia; símbolo del valor sin fronteras, de la consagración apasionada a un alto ideal.

Córdoba Historiador. La obra "*Souvenirs de deux mondes, publiés par Maurice Viarz*" En París y en 1.832 contiene una parte que se titula "L'Aide de Camp ou L'Auteur Inconnu" y en la página 251 Mauricio de Viarz, el editor, dice: "lo que sigue es la

obra de su Ayudante de Campo el Coronel Córdoba, americano, iniciado en todos los secretos y en todos los sufrimientos del desgraciado francés Manuel Serviez que se vio obligado a buscar otra patria en el Nuevo Mundo.

El editor del libro, hijo legítimo del General Serviez, asesinado villanamente en Los Llanos, (crimen atribuido a Páez, por haberlo instigado), asegura que 106 páginas de ese libro son de José María Córdoba. Así dice en la página 251: "Ce que suit est loevre de son Aide de Camp, le Colonel Cordoba. Y este relato de Córdoba comenta los principales acontecimientos guerreros y políticos de la lucha libertadora, a partir de la fecha del asesinato de Serviez —30 de nov. de 1.816 hasta la Batalla de Ayacucho— 9 de diciembre de 1.824.

Yo creo que a esto se refiere el General Córdoba en la carta de 18 de diciembre de 1.824 a Don Sinforoso García, desde Huamanga, Sr. Sinforoso García: Mi querido amigo: tenía escrita parte de la campaña, es decir, lo ocurrido hasta poco antes de la batalla, para tener el gusto de mandar copia a mis amigos, pero casi todos los equipajes se perdieron, robados por la canalla que había sublevado el enemigo". (Eduardo Posada, Op Cit. página 177). El Dr. José Manuel Mora Vásquez, en un Discurso pronunciado en el Paraninfo de la U. de Antioquia en 1.955 y publicado en el Vol. XX del Repertorio Histórico, página 140 dice: "Por qué los historiadores de Córdoba han desdeñado esta obra, con afirmación tan rotunda de Muricio de Viarz y uno de cuyos ejemplares reside en la Biblioteca de la U. de A.? Y contesta; quizás por la afirmación de Vicente Restrepo quien le niega autenticidad, e imputa exageraciones y errores. "Todo esto lo analiza el Dr. Mora Vásquez y luego dice: también, Vicente Restrepo, al demeritar totalmente esta obra escrita en francés, incurre en varios errores históricos muy graves, lo que le hace decir que son

muchos los errores en que caen muchos historiadores, sin que eso obste para aceptarlos como tales y como autores de libros. La acusación de plagio de la "Historia de la Rep. de Colombia" escrita en francés por Lallement en 1.827, es considerada antes al revés, pues lo de Córdoba en esa obra escrita en francés, fue escrito antes de 1.824, luego más bien habría que decir que Lallement plagió a Córdoba. Y todavía es más grave la anotación de Vicente Restrepo, por cuanto niega a Córdoba capacidad para escribir cuando dice que nunca supo manejar la pluma", cuando basta leer su muy extensa correspondencia con Bolívar, Santander, J. M. Restrepo y otros, para concluir que sí tenía capacidad y mucha, a pesar de la incorrección en que a veces cae. Además: qué interés podría tener Alfredo Manuel Roergaz de Serviez, nombre auténtico del editor, hijo de Serviez, en atribuir falsamente a su padre y a José Ma. Córdoba el carácter de autores de las notas que unidas forman el célebre libro. (21)

(21) Abel Carbonell, venezolano, en un estudio de patografía relacionado con grandes hombres, dice que debido a los quince días en que Córdoba estuvo loco, después de la caída de un caballo en Rionegro a la edad de 21 años, se desató en él una "epilepsia síquica" y a ella atribuye muchas locuras. El mismo autor dice que Páez era epiléptico y debido a influencias de esa enfermedad, fue tan fiero y sanguinario. Sin embargo, el Dr. Luis Alfonso Ramírez Gómez, médico antioqueño ha hecho estudios sobre este asunto y dice que Córdoba no sufría ninguna "epilepsia síquica", enfermedad, por lo demás, muy vagamente analizada todavía por los síquiátras.

CAPITULO VIII

EDIFICIO DE CORDOBA EN EL SANTUARIO

La casa donde Córdoba fue asesinado, tal como aparece en uno de los óleos que se conservan en el pequeño Museo de EL Santuario, permaneció intacta por todo el final del siglo pasado y principios del actual. Poco después de iniciado este siglo y en tiempos de la Personería Municipal de Dn. Miguel Antonio Hoyos, se derribó y se construyó un edificio de dos plantas, que sirvió para oficinas municipales, salón del Concejo Municipal y Escuela de Niñas. En mi niñez allí estaban la Telegrafía, la Alcaldía, el Juzgado, la Gerencia de la empresa de Luz, el Salón del Concejo, y contiguo al Salón del Concejo Municipal, la pieza, con las mismas tapias primitivas y el piso de tierra, para darle mayor autenticidad al lugar en que murió a sablazos el General Córdoba. Este segundo edificio fue hecho de tapias y bahareque.

Una de las últimas propietarias de esa Casa fue Dña. Januaria Gómez, hermana del General Eusebio María Gómez, llamado "el león de Carolina", y que fue Prefecto de Oriente. Era esposa del Sr. J. Gómez padre del "Mudito", personaje típico de El Santuario.

Como el crecimiento demográfico de El Santuario ha sido grande, (el número de sus habitantes, actualmente está calculado en 23.000), las autoridades civiles y el Concejo se interesaron en conseguir fondos para derribar esta segunda casa y levantar un edificio de tres plantas para oficinas municipales. Es decir "LA CASA DE CORDOBA" en el

Santuario es al mismo tiempo, como lo fue desde inicios del siglo XX, lo que flamantemente se llama en tantas partes "Palacio Municipal". Los dineros necesarios se consiguieron en 1.960 y en 1.963 fue derribado el edificio de dos pisos, para construir el actual, ya terminado.

La Academia Antioqueña de Historia, consultada por la sección de Arquitectura de la Secretaría de Obras Departamentales de Antioquia, cuando se fue a proceder a la demolición del anterior edificio de dos plantas, pidió que se respetara, para dejar como Museo, la pequeña pieza en que se conservaba el sitio preciso en que fue asesinado Córdoba. Y en septiembre de 1.961, de acuerdo con los planos elaborados por ella, dejó expresamente esa pieza como un monumento. Pero el Alcalde de ese tiempo, cuando ya avanzaban los trabajos del edificio, que respetaban ese lugar, ordenó por sí y ante sí, cambiarlos totalmente y ya se procedió a hacer lo que hay hoy, enteramente destrozado el sitio primitivo. El oficial encargado de la dirección de los trabajos, atestigua que cuando se estaba preparando el piso de la actual pieza, enteramente a la moda moderna, encontró el primitivo de la casa auténtica de Córdoba y sobre él colocó el actual. Por manera que podría perfectamente reconstruirse parte de esa pieza, para mostrar al menos el piso primero.

Actualmente hay en esa "Pieza Museo", los siguientes objetos: en una vitrina: el sombrero de anchas alas, perforado por uno de los sablazos, una chaqueta de color rojo y adornos plateados, una anforita de cristal con cabellos del General Córdoba, un retrato de Dña. Pascuala Muñoz, su mamá; una cartuchera de su uso, una totuma grande y otra pequeña y bolsas con tierra del Campo de Ayacucho, donde Córdoba se hizo inmortal. También, recostadas al muro, se conservan dos puertas viejas y con perforaciones de balas, (las que tenía la casa primi-

tiva) y la tapa del granero sobre la cual cayó Córdoba agonizante tras el tercer sablazo de Hand.

En los muros se guardan: un óleo de Córdoba, grande y de hermoso colorido, copia de uno famoso, obra del artista santuariano Floro E. Zuluaga; otro de factura primitivista, que representa a Córdoba tendido y ya muerto, con sus arreos de general, el cráneo hendido y sangrante y cortados tres dedos de la mano derecha, uniforme azul y botas de caballería. Encima del cuadro un ángel con la trompeta en su boca y una corona de laurel en la mano izquierda. Debajo del cuadro esta leyenda: "El Héroe de Ayacucho en el campo de El Santuario".

Enmarcados se encuentran: un pergamino con la Proclama de Córdoba a los Antioqueños, y la descripción del asesinato del héroe, tomado del Edecán de Córdoba, Francisco Giraldo Arias, testigo presencial. Se encuentra también el Escudo primitivo de El Santuario, todavía sin atención a las reglas de la heráldica, pero buena pieza del Museo por la alegoría que muestra: en la parte alta, N. S. de Chiquinquirá Patrona de la Parroquia; cruz, espada y antorcha, símbolos de la religión, el saber y el patriotismo de los santuarianos durante la independencia, con esta leyenda o lema: "pro aris et focis certare" y abajo, la parte más notable del Escudo, la ocupa un león muerto, bañado en sangre, con heridas en la cabeza, envuelto en una bandera tricolor, que sostiene desde un montículo un cóndor de alas desplegadas; alrededor el campo, escenario del "Combate del Santuario" con la cinta plateada de la "Quebrada de Bodegas", que se disputaron durante tres horas los combatientes.

Es pintura de Francisco Claver Ramírez con ideas dadas a él por el Pbro. Joaquín Giraldo Ramírez.

Ultimamente han colocado retratos de tres personajes santuarianos.

Algunos Pensamientos del Libro de Autógrafos

En 1.929, con motivo del “Centenario de la Muerte de Córdoba”, se abrió un libro de autógrafos, donde estampan sus pensamientos o al menos sus firmas, los visitantes.

Entre esos pensamientos destacamos algunos, para curiosidad del lector:

“Córdoba es la cifra y compendio de la gloria militar posible. Antioquia que dio al héroe por antonomasia puede ufanarse de haber creado la categoría de lo sublime en la acción. Sus mismos pies borraron el camino que dejó a su espalda y sobre él está escrito: Imposibilidad”. (*Guillermo Valencia*). Este se encuentra enmarcado.

“Firmo en el calvario de la Democracia”. (*Carlos E. Restrepo*).

“Aquí no fue el calvario de la democracia sino su cuna”, (*Carlos Uribe Echeverri*).

El Coronel Francisco Duque, pintó a Córdoba tendido en el campo, con la cabeza hendida y chorreando sangre, vestido de uniforme azul y de alpargatas. Este óleo se encuentra colocado, en el sitio preciso donde se cree fue ultimado Córdoba. Pues bien; un visitante, Camilo Botero Guerra, al ver ese óleo estampó el siguiente pensamiento; “Oh Córdoba, cómo siento verte en ese cuadro de alpargatas, en lugar de tus botas militares de caballería”. El resultado fue que el Coronel Duque, sabedor de ésto, fue y corrigió el cuadro.

“Más admirable que al escalar el supremo pináculo de la gloria en Ayacucho se nos ofrece cuando auténtico fundador de la república civil, arroja como un ciudadano de la antigua Roma su carga de laureles en homenaje a la ley”. *Jorge E. Gaitán*.

“El contacto con los sitios sagrados que evocan la memoria de los varones de la emancipación, renueva el espíritu y agita el alma al igual que si nos convirtiéramos en el gigante de la mitología que se rejuvenecía

con la caricia de la tierra. La tierra, única salvación y riqueza que debemos vigilar". *José López Henao*.

"El mimado de la gloria se embriagó en ella, morir como Córdoba es el mayor de los martirios: pero eso es la democracia: crimen o corona".

"He visto la estela luminosa que dejó su paso desde las faldas del Pichincha hasta este sitio en donde no cabe tanta gandeza. Pero bien está aquí, custodiado por el pueblo antioqueño, sangre de su sangre y alma de su alma". *José Ignacio Vernaza*.

"Córdoba: fuiste como el águila que no se arrastra ni aun en la agonía; que recoge sus alas ambiciosas de infinito y sus pupilas no se tornan turbias sino rojas queriendo copiar los últimos tintes del sol en el ocaso. Las tuyas copiaron los fulgores de tu mortal batalla. ¡Libertador! ¡Y Córdoba! ¡y O'Leary! Con toda mi alma". *Jaime Holguín y Caro*.

"Como héroe de la juventud también era todo Antioqueño; o sea : ponía a los héroes por sobre las leyes". *Fernando González*.

"Por la grieta del cráneo de Córdoba todavía respira libertad un pueblo y puede vivir una nación que se cree emancipada". *José Mejía y Mejía*.

"General Córdoba: aquí en esta casa de tu holocausto, contemplando las manchas de tu sangre evaporada he oído de nuevo las dianas de Junín y el trueno fecundo de tu voz que desde el fondo de la historia nos grita todavía la orden inmortal para todas las grandes empresas de la patria". *Rafael Azula Barrera*.

"El que muere por la libertad cimienta con su sangre el monumento de su raza". *Constantino Carvajal*.

"Con las manos por cuyas venas corre generosa la sangre de los Córdobas, firmo en esta fecha memorable" (octubre 17 de 1.929). *Adelfa Arango*.

Córdoba debió morir en Ayacucho como el momento más propicio para su gloria; pero la liber-

tad necesitaba un mártir y llegó El Santuario. Como hacendado, como comerciante o capataz de mineros, es sencillamente inconcebible". *Ernesto Tobón*

"Como maestro aspiro a formar la juventud al calor de los recuerdos históricos para que al imitar las virtudes de los grandes hombres de la patria, puedan como el insigne Córdoba apreciar cuánto vale un puñado de tierra libre": *Juan Tabares*.

"Córdoba vencedor sobre Cunduncurca no es más grande que tendido agonizante sobre sucias tablas en este recinto donde escribió, iluminado con la sangre vertiente de su cráneo, la verdadera idea republicana. En Ayacucho fue el rayo contra la esclavitud; en El Santuario el mártir de la libertad. Oído antes de pronunciar su bella frase "Paso de vencedores". Dijo primero; no hay retirada. Como un astro partió de estas alturas en luminosas marchas al Perú y volvió a apagarse a su punto de partida dejando el continente". *Elio Fabio Echeverry*.

"El polvo de este santuario le dice más a los hijos de Colombia que todos los mármoles y bronces de la historia". *Pedro Claver Aguirre*.

"No es rebelde quien participa en la revolución sino quien la provoca". *Gustavo Peláez*.

Un español, Emilio Sollana, escribió: "Como español ofrezco no solo mi respeto sino mi amor a todo héroe americano. Gloria al gran Córdoba".

Un Ecuatoriano: "Con la gratitud y admiración de un hijo de la antigua Colombia, compatriota de Abdón Calderón, compañero de Córdoba en Pichincha", *Manuel Borrero*.

Una mujer escribió: "Oh Córdoba, mi corazón late al creer escuchar tu último suspiro. Te saludo y doblo la cabeza ante tu recuerdo. Mucho quisiera decir pero callo ante tu grandeza". *Graciela Escobar*.

Un militar: "Con el mayor respeto y veneración al visitar el lugar luctuoso donde el gran caudillo José Ma. Córdoba murió, no puede menos el cora,

zón del militar comprender que su carrera sólo es grande cuando cumple con su deber, prefiriendo la muerte a la pérdida del honor". *Gustavo Matamoros.*

Un oriental: "Oh Magno Córdoba. Eres el ejemplo más destacado de los antioqueños por cuyas venas corre la genuina sangre oriental. *Jesús Ma. Giraldo Ramírez.*

Un Rionegrero; Bolívar estaba gastado y envejecido cuando expiró calladamente en las costas del mar caribe. Tú Córdoba empezabas a dormir con tu gloria el continente. Por eso es más sensible y da mayor contribución patriótica tu inmerecida y odiosa muerte". *G. Palacio.*

Un exagerado. "Si mensualmente nacieran diez mil militares durante un siglo, no saldría uno como tú. Oh Córdoba. *Evelio Calderón.*

Un político conservador: "El famoso "Paso de vencedores" no tiene hoy la misma sonoridad épica de Ayacucho, pero estimula el setimiento patriótico de quienes estamos empeñados en la libertad cívica de la restauración de la patria con las banderas de la república en las manos gallardas de Ospina Pérez, Laureano Gómez y Guillermo León Valencia. Sombra iluminada de Córdoba ayúdanos. *Juan Roca Lemus, (Rubayata) febrero de 1.947.*

Un versificador:

"No supo cuanto robó
a la Colombia genuina
esa vil mano asesina
que tu existencia cortó,
cuando este lugar regó
con la sangre de tus venas.

B. Muñoz.

Un poeta:

Córdoba altivo, corazón de acero
músculo de la raza que palpita
en todo pecho cálido y sincero

Está presente como el sol de enero
con su orgullo titánico y habita
bajo tu cielo firme y altanero.

Jorge Montoya Toro.

Un amante de la historia antigua: "Córdoba, tú como Epaminondas no dejaste hijos que hicieran perdurar tu enérgica estirpe. Leuctres y Martuca hicieron perdurable el recuerdo del héroe griego. Chorrros Blancos, Tenerife, Pichincha, Junín Ayacucho, también hicieron perdurar tu nombre grávido en el cerebro y en el corazón de todo colombiano amante de la libertad".

Honor de la raza hispana, alma altiva de Antioquia, al morir le besó la gloria y la historia de la patria registra orgullosa en sus páginas la forma del Héroe enamorado de Colombia..." *Alberto Bustamante.*

Tú, Santuario, no eres la menor ciudad de Colombia pues el último suspiro del héroe de Ayacucho te dio vida y te hizo inmortal". *A. Rojas.*

"Córdoba: si tu patria y la humanidad toda te olvidaran, la orden: "Soldados: armas a discreción; de frente. Paso de vencedores"... te resucitaría a la gloria". *Policarpo Echeverry.*

"La devoción por la patria y la democracia adquiere en este recinto donde expiró el Héroe máximo de Colombia, sus mejores proporciones y el valor personal tiene aquí su mejor templo". *Francisco de la Espriella.*

"Córdoba estudió filosofía cristiana en Popayán con José Félix de Restrepo. De allí que haya muerto héroe, cristiano y caballero". *Mons. Félix Henao Botero.*

Un antioqueño: "Córdoba: tu valor será el símbolo de la altivez antioqueña y serás siempre el centinela de la tierra heroica y la gloria inmarcesible del pueblo". *José Luis López.*

“A esa ciudad que escuchó el último rugido del león moribundo vuela mi voz de dolor que no quiere resignarse. He pasado este día con ustedes”, Guillermo Valencia en telegrama enviado al Concejo el día del centenario de la muerte.

“El 9 de diciembre de 1.824 Córdoba con su triunfo y su voz de mando inmortal, selló en Ayacucho la independencia de América. El 17 de octubre 1.829, un lustro después, con su sacrificio aquí cubrió de luto y de lágrimas a Colombia. Juremos en este Santuario gratitud eterna a quienes nos dieron el don inapreciable de la libertad y hagamos votos fervientes porque se consolide para siempre el imperio del Orden por el respeto a la ley y a la Justicia social y política”, Antonio José Uribe.

“Hoy Antioquia se irgue altanera para reclamar sus derechos y para pregonar el Evangelio de la Justicia distributiva. Por eso me acerco con unción y respeto al Calvario del Héroe de Ayacucho para exclamar: “Antioquia: morir puedes luchando; vivir esclava no”; porque, “a luchar y vencer tus hijos aprendieron en las gloriosas lides y guardan de Córdoba la tumba y el laurel”. *Filemón de J. Gómez*

CONCEPCION

La cuna de los Córdobas, es un Municipio pequeño y de 6.000 habitantes en la actualidad, en sitio de gran hermosura en el paisaje, que conserva algunos recuerdos del General José Ma. Córdoba.

En la plaza principal un bello Parque con la Estatua de Córdoba, regalo a “la verdadera cuna de Córdoba”, del Presidente del Ecuador Eloy Alfaro obra de Jules de Chin y A. Durero. Córdoba está representado de pies, con uniforme de General, hermosa capa; en la mano derecha sostiene el sombrero de militar y con la izquierda la empuñadura de la es-

pada. El rostro es de juvenil hermosura y porte tranquilo. En el pedestal están los escudos, tallados en mármol del Perú, Ecuador, Bolivia y Colombia. La donación del Ecuador fue en 1.899 y la inauguración en 1.907.

Como Monumento Nacional se conserva la llamada "Casa de Córdoba de Concepción", donde nacieron tanto el General José Ma. Córdoba, como Salvador. En uno de los salones de la Casa, bastante amplia, con un otero o patio exterior piezas en galería y claustro interior, se conservan copias a lápiz del Sombrero que llevaba Córdoba en el Combate de El Santuario y del cráneo del General, tomado de una fotografía cuando en 1.899, centenario del nacimiento, fue exhumado y expuesto a la veneración patriótica de Rionegro, lugar donde está el espulcro. Tiene esta leyenda: "Patria, Gloria, Ayacucho" últimas palabras pronunciadas por Córdoba moribundo el 17 de octubre de 1.829. Al lado derecho de la Casa un sencillo y bien sostenido parquecito con un pedestal que sostiene un busto en mármol del Coronel Salvador Córdoba. Dn. Crisanto, el papá de los Córdobas fue Alcalde Pedáneo y Mayordomo de Fábrica de Concepción donde existía un real de minas de oro. En el Salón del Concejo se encuentran Fotografías ampliadas de los Córdobas y dos Proposiciones enmarcadas: una del Senado y otra de la Asamblea de Antioquia cuando el centenario del "Combate de El Santuario", donde murió asesinado el General. Una de ellas dice que el General José Ma. Córdoba fue no sólo exponente altísimo de valor y patriotismo sino defensor ejemplar de las instituciones democráticas que con su esfuerzo ayudó a fundar. Que las virtudes patrióticas del General Córdoba han sido exaltadas y reconocidas por todo el continente en donde hoy se venera y acata su memoria como uno de los fundadores y padres de la liberad americana.

APENDICE 1º

ESPIONAJE A CORDOBA

Sobre el espionaje que estableció Tomás Cipriano de Mosquera, transcribo algo de gran importancia, por venir de la pluma de D. Federico Jaramillo Córdoba sobrino del General Córdoba, hijo nada menos que de Manuel José Jaramillo y Mercedes Córdoba: “Se estableció contra él un siniestro sistema de espionaje, y todas sus palabras, sus visitas, sus relaciones eran comentadas y adulteradas en el cuartel, por Mosquera y Jiménez y luego dirigidas al General Bolívar y al Consejo de Ministros. Al amanecer del 3 de julio encontró, bajo la puerta, dos anónimos en caracteres diferentes, y se le prevenía: “Mi querido General, un antiguo compañero de armas que admira su gloria le advierte que su vida está en peligro, y que use de precauciones”. Otro le decía: “Sé que hay órdenes secretas de asesinarlo; salga usted armado de noche”. Varias noches tocaron y llamaron a su puerta voces supuestas y desconocidas”.

“Invitado un día a una comitiva en la posesión de un señor Caldas, por sus amigos, terminada la comida, lo llamó con disimulo un hombre de formas atléticas, de mirada hosca, de fuerzas hercúleas”; el azote de las comarcas del Timbi y Paispamba”, antiguo guerrillero realista” y el mismo que pocos meses más tarde, en la mañana del 4 de junio de 1830 se vió con el gran Mariscal Antonio J. de Sucre, por última vez. Mi General, le dijo: a mí me gustan los valientes, y aunque usted nos derrotó a Obando y a mí, no lo odio a usted; pero guárdese, porque he em-

peñado mi palabra de matarlo si sale usted de noche o lo veo sin testigos. Le advierto que tiene usted muchos espías y enemigos, Adiós”.

Una linda señorita, de alta prosapia, que creemos vive todavía y que lo amaba tiernamente, le dijo llorosa: “Sé que Tomás Mosquera y Jiménez están comprometidos a que usted no salga vivo de Popayán; pero como son tan cobardes aguardan la ocasión de asesinar al héroe de Ayacucho; guárdese usted por mí”.

Lo anterior lo trae Jaramillo Córdoba en la “Biografía del Benemérito General José María Córdoba” impresa en 1876 y que reproduce el Boletín de Historia de Antigüedades” órgano de la Academia Colombiana de Historia en el número de enero, febrero y marzo de 1972, página 78 y ss.

APENDICE IIº

Declaración del primer testigo, 2º Comandante Francisco Giraldo Arias.

Preguntado si sabe quién asesinó al benemérito señor General de División José Ma. Córdoba, qué día, a qué hora, y con qué instrumento y en este caso diga con claridad todo lo que sepa sobre el particular, dijo que el diecisiete de octubre del año mil ochocientos veintinueve se presentó en el combate de El Santuario, de la provincia de Antioquia, de 2º Comandante del Batallón Mejía, a órdenes de dicho señor Gral., para resistir la invasión del Gral. O’Leary; que recibió una herida, la cual lo puso fuera de combate muy al principio, por cuyo motivo fue transportado a una casa, a la que a poco rato entró dicho señor Gral. Córdoba con una herida en un hombro (que no tiene presente en cuál de ellos) y se dirigió al que declara y le dijo: “Hombre, hemos perdido la batalla, pero en regla, porque han peleado con mu-

cho valor los reclutas”, arrecostándose sobre el declarante que se hallaba acostado en una cama; que a poco rato, entró un señor oficial que no conocía por entonces, pero que después supe era el Coronel Tomás Murray, Jefe del Estado Mayor de la División vencedora. Que dicho señor, en el momento que conoció al General lo trató con consideración y decoro, por cuyo motivo le suplicó el General llamase al General O’Leary, que quería hablar con él; que entonces le preguntó el Coronel Murray si estaba rendido, a lo que contestó dicho General que sí; entonces el coronel Murray le protestó que iría a llamar al General O’Leary, marchándose al efecto; que en este momento se pasó el General a una cama que estaba al frente de la que estaba el declarante; que dos o tres minutos después oyó la voz del que lo asesinó, que preguntó entre varios que habían en dicha casa quién era el General Córdoba, contestándole inmediatamente el mismo General: “yo soy”; que entonces ha dicho: “Tome Usted” y ha oído el que declara los golpes de cinco o seis machetazos, a los que el General no hizo resistencia por estar herido y desarmado; que a esto sucedió un profundo silencio, por lo que se cree el declarante se había retirado el asesino; que a poco tiempo después, entraron otros oficiales de la División Vencedora con el objeto de sacar los varios derrotados que había en la referida casa, entre los cuales salió el que declara entre los últimos que salieron, pasando por encima del General que quedaba atravesado en la puerta, casi expirando a consecuencia de las heridas que había recibido de manos del asesino; que todo eso ha sucedido entre la una y dos de la tarde del referido diecisiete.

Preguntado si sabe o ha oído decir quién fue el asesino del señor General Córdoba, dijo que no lo conoce de vista, como queda dicho, por motivo de que la pierna más resentida a causa de las heridas que tenía el declarante era la izquierda, teniendo que es-

tar acostado sobre el costado derecho, quedándole la cara a la pared que servía de respaldo a la cama, privándole por consiguiente de ver quién era el que cometió el asesinato, pero que a los cinco días fue el declarante transportado a Rionegro para ser curado de sus heridas, donde oyó decir a los señores Pedro Sáenz, Juan A. Montoya, Doctor Antonio Mendoza y otros varios, que había sido el Comandante Hand. Preguntado si el señor General Córdoba ofendió de obra o palabra al que lo asesinó, dijo que el señor General Córdoba no ofendió de manera alguna al que lo asesinó, pues se hallaba desarmado y rendido, porque a varios soldados que entraron en la casa donde él se hallaba, de las tropas de su mando, les había hecho arrojar las armas y que sólo le oyó decir al General la contestación de: "yo soy", cuando preguntó por él el que lo asesinó.

Preguntado si sabe o ha oído decir que el asesino fue mandado por alguna persona a cometer semejante crimen y si tendría algún resentimiento particular con el señor General Córdoba, dijo que ha oído decir constantemente fue mandado por el General O'Leary, Jefe de la División Vencedora y que entre los que se acuerda o merecen más crédito de los que lo decían era el General Francisco Urdaneta, que iba de Coronel entre aquella División; que cree no había resentimiento particular, porque no se conocían".

Giraldo Arias declaró, cuando le fue tomada la indagatoria, que tenía 27 años.

En el careo hecho en Medellín al mismo Giraldo Arias, después, se ratificó y dijo: Es cierto que no he visto nada, pero he oído con toda la atención posible cuanto pasaba, como tan interesado y comprometido en ello; que por esta razón he tenido presente la conferencia del señor Coronel Murray con el General Córdoba por la cual me atrevo a asegurar que el general no ha hecho uso de arma alguna contra el acusado, pues le había dicho ya al señor Murray que esta-

ba. rendido y también porque ha presenciado que el General desarmó algunos individuos de tropa, tirando los fusiles debajo de las camas; en cuanto a lo segundo, digo que nunca aseguré de un modo decisivo el número de machetazos dados al señor General Córdoba, pues bien pueden haber sido más o menos; en lo que sí no me queda duda es en que **ol golpes de ellos**, en cuanto a lo tercero, digo que el General no trató de defenderse, por lo que dejo dicho en la primera razón pues no ha habido tiempo para que pudiese hacerlo, porque sólo precedió la pregunta del acusado (quién es el General Córdoba) y a la contestación de yo soy, comenzaron los machetazos; y porque si él hubiera tenido pistola en la mano, como dice el acusado, se la habría disparado, lo cual no sucedió. Con respecto a la cuarta objeción del acusado, digo que es cierto que el General estaba herido en uno de los hombros, porque si era en el pecho era muy alta y como tal la he reputado que era de balazo, casi podría asegurarlo, y que se desangraba más de lo regular por dicha herida también sin saber si respiraba por ella; en cuanto a lo último digo que me parece que en mi declaración no he atribuido de un modo positivo la muerte del General a los sablazos, pero que todo lo que haya asegurado sobre el particular, ha sido que cuando el General entró herido del balazo a la pieza donde yo estaba, me ha hablado con la entereza que dejo expuesta y en dicha declaración”.

(Enrique Ortega Ricaurte, “Proceso contra el Primer Comandante Ruperto Hand, Bogotá 1942, páginas 8 y 173).

APENDICE IIIº

HAND

Hand en una carta que envió, seguramente re-dactada por otro, al Alcalde de Cartagena en 1833, entre muchas otras afirmaciones, hace estas: “No

está legalmente probado ni el simple hecho de la muerte del General Córdoba. Entre los testigos hay varios que dicen haberlo visto, uno expirando, otro tendido en el suelo, exánime, otro en la cama en que lo condujeron al poblado y otro, en fin cuando llevaban el cadáver. Pero todos son testigos singulares de diversos actos, incapaces de inducir una prueba legal de la muerte de aquel jefe. A los ojos de la ley y de la práctica no consta que haya muerto y esta y no otra debe ser la conciencia del magistrado, que no puede juzgar por noticias extrajudiciales; debe ceñirse a lo que resulta de los autos. Tampoco consta, aunque resultase ser muerto aquel General que lo haya sido precisamente por las heridas que recibió de mi mano.

No consta que estuviese desarmado y casi todos los testigos dicen: que en la casa donde estaba el General se conservaba todavía la lanza con que había peleado y él se mantenía con el sable ceñido y dos pistolas en el bolsillo.

Que el General estuviese rendido no sé de dónde se deduce; consta solamente de muchas y uniformes disposiciones que, preguntando yo al entrar en la casa por el General Córdoba me dio lacónica respuesta: "yo soy". Prescindo del tono con que cualquiera conocería se pronunciaría este Jefe, imperioso por carácter y que por primera vez veía humillada su gloria militar".

Si es lícito quitarle la vida a los enemigos que huyen dispersos para evitar que se reúnan y vuelvan a hacer resistencia, y a los prisioneros que no se pueden guardar y a los que por su influjo no se pueden conservar, porque la primera obligación de un gobierno es procurar la seguridad y conservación, las leyes de la guerra, prescindiendo de otras circunstancias me autorizaban para quitarle la vida al General Córdoba, que ni se me rendía, ni antes se había rendido a otro".

“Un General en campaña debe obrar discrecionalmente conforme a lo que exige el interés público y si está autorizado para quitarle la vida a los prisioneros que no puede guardar y aquellos que la conveniencia pública exige quitar del medio, es claro que el General de la División mandada por la dictadura, aunque no tuviese orden expresa para dar muerte al General Córdoba, pudo disponerlo y encargármelo como a uno de tantos oficiales” (Proceso contra el Primer Comandante Ruperto Hand” Publicación dirigida por Enrique Ortega Ricaurte en 1942. Bogotá página 195).

En los careos hechos con muchos de los testigos, Hand, siempre alega que le tenían odio y quisieron vengarse, como consta por ejemplo en el careo a Juan Duque: “Preguntado el acusado (Hand) si conoce al testigo (Juan Duque) dijo el intérprete que habiendo hecho la pregunta responde el acusado que si es antioqueño o ha pertenecido a las tropas del General Córdoba en El Santuario, no lo tiene por testigo imparcial, pues lo considera agraviado y resentido a consecuencia de la derrota que sufrieron y de la muerte del General Córdoba de la cual se juraron vengar, según le informaron personas respetables de Medellín.

En el careo con Francisco Escalante, Hand, dijo que lo consideraba sospechoso no sólo por haber perdido a su hermano en la dicha acción de El Santuario sino porque él (Hand) es generalmente aborrecido por los numerosos partidarios de dicho general hasta el caso de jurar varios individuos eterna venganza al acusado”.

En el careo con Carlos Castelli afirma Hand que supo en el Castillo Sn. Felipe porque lo dijo Navarro, que fue él quien le mató el caballo desde la Casa Hospital de Sangre de El Santuario. Y Castelli aclara: quien me cercioró que el General Córdoba entre otras heridas, tenía una de bala que le entró por la

espalda y le salió por el pecho, por donde resollaba mientras lo estuvo asistiendo el Teniente Salom; le fue indicado por el mismo oficial cuando como a las cuatro de la tarde fué por ver al difunto General con la intención de persuadirle se dejara curar; que después lo supo igualmente por las personas principales de Marinilla, entre otras el Sr. Cura de la misma, en cuya operación se halló también presente el señor doctor Mendoza de Rionegro íntimo amigo de los señores Córdoba”.

APENDICE IV

**Ruperto Hand en carta al Cónsul Británico,
agosto 23 de 1831**

“He sido preso, vigilado, privado de toda comunicación con el mundo, sin que haya dado ninguna razón fundada en relación escrita del crimen, como está prevenido por las leyes del país. Los papeles del partido mencionado me han acusado del asesinato del General Córdoba. En septiembre de 1829 Colombia unida gozaba las bendiciones de la paz pues cada ciudad, cada parroquia y la total masa de la población, voluntaria y simultáneamente por sus actas públicas (en consecuencia de la repentina disolución de la Gran Convención) colocó a Bolívar a la cabeza de los negocios políticos con suficiente autoridad, no sólo para mantener el orden y la tranquilidad, sino también para dar firmeza y estabilidad al Gobierno. El General Córdoba que había sido uno de los más violentos partidarios de Bolívar en la capital al tiempo de hacer su acta, disgustado de la parcialidad manifestada al Gral. Flórez y otras circunstancias de una naturaleza privada se dirigió a Antioquia, plantó el estandarte de la rebelión, levantó tropas y revolucionó el departamento contra el legítimo Gobierno,

todo lo cual fue hecho sin ningún previo anhelo de demostración de parte del pueblo, cuyo único deseo era mantener el orden permanente y la tranquilidad. Al recibir estas noticias el Gobierno despachó inmediatamente una fuerza suficiente al mando del Sr. General O'Leary para sofocar la revolución y castigar a los criminales; yo recibí una carta oficial del Ministerio de Guerra para ponerme a las órdenes de este General y fui nombrado segundo en el mando de la Caballería. Para ser breve diré que pronto nos encontramos con el General rebelde, quien no quiso oír ninguna proposición y fue el primero en traspasar, principiando un vivo fuego de fusilería sobre nuestra columna. Por hora y media la acción fue viva y bien contestada; pero al fin viendo el enemigo que su flanco derecho estaba envuelto y atacado por el centro, replegó y la Caballería recibió orden de cargar y lo hizo. Cumpliendo con mi deber estuve por algún tiempo persiguiendo al enemigo para impedir una segunda reunión; pero oyendo algunas descargas a retaguardia volví al campo de la acción en donde me hicieron tiros, unos dispersos.

Parece que durante mi ausencia, viendo Córdoba que todo estaba perdido y que él no podía mantenerse en el campo abierto, se metió en una casa (en la cual se había mantenido su flanco derecho y de la cual quería hacer una especie de casa fuerte) con cerca de veinte o treinta soldados determinados sin duda a vender su vida lo más caro posible. El Gral. O'Leary había formado un número de tropas en frente de esta casa y deseaba que, cesando el fuego, se rindiese Córdoba; pero la respuesta fue una descarga de fusilería, la cual fue repetida dos o tres veces; por la prohibición de nuestro Gral. murieron aquí muchos de nuestros valientes soldados y en aquel momento, atravesando al galope aquel llano, fue herido mi caballo y murió; yo fui arrojado a cierta distancia y recibí una violenta contusión en la cabeza, la cual

casi me dejó sin sentidos; yo me levanté y corrí hacia el cuerpo de tropa más inmediato con mi sable desnudo sin conocer amigos de enemigos, determinado a buscar venganza, sin estar cierto de que no estaba herido. En este momento encontré a O'Leary quien me dijo "Vaya Ud. a esa casa, señor, y si Córdoba está allí mátelo usted. Obedecí como el relámpago y encontrando un oficial en la puerta que me hizo alguna resistencia, esta me enfureció más. Yo entré, había mucha confusión, se disparaban algunos tiros detrás; apenas me acuerdo de lo que pasó; alguna persona, como queriendo escaparse de mí, dijo: este es Córdoba, este es Córdoba, creo que él estaba detrás de una pila de morrales colocados como para protegerlo de las balas que pudiesen entrar por la ventana. Al descubrirlo con la vista claramente vi que sacaba una pistola del bolsillo de sus pantalones con intención de tirarme. Yo corrí encima y al momento lo sableé e inmediatamente me retiré.

Se ha dicho que yo maté a Córdoba estando herido, lo que es falso, y empeño mi honor del modo más solemne de que es falso. Yo no le vi marca o señal de tal cosa; sin embargo, he sido informado después, por el caballero que lo despojó, de que una bala le había entrado por el Sleeve y lastimado ligeramente el brazo".

Hand, relata después lo que le pasó en Chagres, (Panamá) el tratamiento que recibió en Portobelo, con grillos, en oscuro y hediendo calabozo; el despedazamiento de su sable en pedazos y luego haberle arrojado los pedazos al rostro, gritándole asesino etc. Termina, "Oh Dios, aún en este momento no puedo contener las lágrimas cuando reflexiono en tan amarga indignidad. El abuso de los papeles apenas puede soportarse; sin embargo, *conscia mens recti, fama mendacia ridet*. Yo he sido muy vilmente calumniado para poder sufrirlo todo con paciencia".

El Cónsul le contestó que sentía mucho su desgracia y le indicó que los compatriotas harían esfuerzos para aliviarlo. Luego le dice: "Allow me to offer you a few oranges: They are prove refreshing the opresing atmophere yau are brething (Permitame usted le ofrezca algunas naranjas que podrán refrescarlo en la atmósfera opresiva que respira).

En abril de 1833 El Tribunal de Apelaciones le ordenó expresar agravios a Hand y este insistió en que ningún crimen había cometido porque el haber descargado sablazos sobre Córdoba había sido en obediencia a órdenes de O'Leary. Termina: "Así pues S.E., la sentencia por mi reclamada es la más absurda, injusta y violenta y parece dictada en lo más vivo del ardor de la revolución y a V.E toca revocarla, no digo sólo por mi honor, sino por el crédito de los tribunales de Colombia. Que no se oiga en europa que un figurado asesinato de un militar que en acción de guerra obedeció a sus jefes se ha querido castigar con efectivo asesinato dictado por el espíritu de partido".

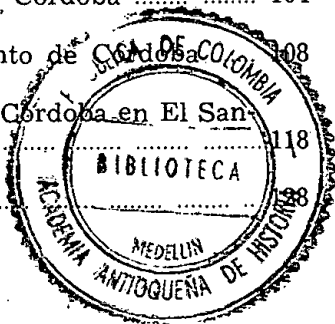
(Proceso contra el Comandante Ruperto Hand"
Dirigida por Enrique Ortega Ricaurte. Páginas 57, 58 y 216).

El Dr. Aquilino Alvarez, de Mompox, recibió los autos del Proceso y aconsejó:

Entre otras cosas, "es incuestionable que el ex-Comandante Hand ha cometido una infracción digna de un ejemplar escarmiento sin que pueda excusarse con el superior mandato de su Jefe, porque ni este pudo estar autorizado para comunicar una orden tan bárbara como contraria al derecho de gentes, ni aquél debió cumplirla atento a la naturaleza del mandato que se le confiaba. Es un hecho completamente comprobado que el procesado hirió con ventaja o alevosía al benemérito General Córdoba. Termina diciendo que es partidario que sea condenado Hand a diez años de presidio.

INDICE

| | Pág. |
|---|------|
| Introducción | 3 |
| Capítulo I - Córdoba prepara la Revolución | 7 |
| Capítulo II Resolución última de Córdoba — Batalla de El Santuario | 31 |
| Capítulo III Asesinato de Córdoba | 48 |
| Capítulo IV Cómo relata José Manuel Restrepo la revolución de Córdoba | 86 |
| Capítulo V Sepulcro y gloria del General José María Córdoba | 97 |
| Capítulo VI Amores de Córdoba | 104 |
| Capítulo VII Temperamento de Córdoba | 108 |
| Capítulo VIII Edificio de Córdoba en El Santuario | 118 |
| Apéndices | 128 |



IMPRESO EN LOS TALLERES DE
EDITORIAL GRANAMERICA

SEP
SEPTIEMBRE

1979
